

EL LENGUAJE DE LAS  
ESPINAS

RELATOS NOCTURNOS Y MAGIA OSCURA

se

AUTORA SUPERVENTAS NÚMERO 1 DEL *NEW YORK TIMES*

LEIGH BARD

Lectulandia

Dentro del mundo Grishaverso de esta autora se desarrollan los cuentos inspirados en mitos, folclore y cuentos de hadas.

Viaja a un mundo de oscuros pactos sellados bajo la luz de la luna, de pueblos encantados y bosques hambrientos, de bestias parlantes y gólems de pan de jengibre; un lugar donde la voz de una joven sirena puede provocar tormentas mortales y donde un río puede cumplir con la voluntad de un chico enamorado... a cambio de un terrible precio.

**Lectulandia**

Leigh Bardugo

# **El lenguaje de las espinas**

ePub r1.0

Titivillus 05.05.2019

Título original: *The Language of Thorns*  
Leigh Bardugo, 2017  
Traducción: Carlos Loscertales Martínez  
Ilustraciones: Sara Kipin  
Diseño: Natalie C. Sousa

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



Para Gaminne.  
La chica que tiene el poder

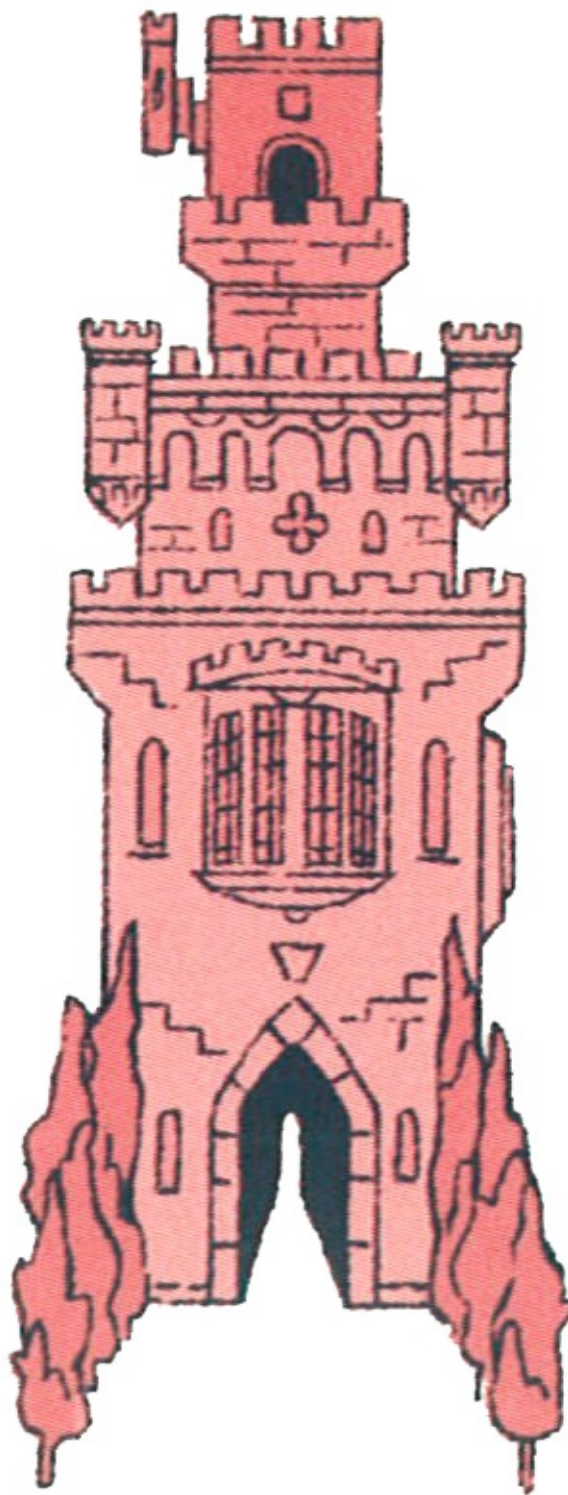
AYAMA  
y el  
BOSQUE DE LAS ESPINAS

EL AÑO EN QUE EL VERANO SE ALARGÓ MÁS DE lo habitual, el calor se abatió sobre la campiña con el peso de un cadáver. La hierba alta se marchitaba hasta quedar reducida a cenizas bajo el inclemente sol, y los animales se desplomaban sin vida en los campos secos y agrietados. Ese año, las moscas fueron los únicos seres felices, y la reina del valle occidental no tuvo más que disgustos.

Todos conocemos la historia de cómo la reina llegó a ser reina; de cómo, pese a su ropa harapienta y sus humildes orígenes, su belleza atrajo la atención del joven príncipe, que la hizo llevar a palacio, donde la cubrieron de oro y le trenzaron el cabello con joyas. Todos se vieron obligados a arrodillarse ante una muchacha que apenas unos días antes no era más que una criada.

Eso fue antes de que el príncipe se convirtiera en rey, cuando seguía siendo un joven impetuoso y temerario que salía de caza todas las tardes a lomos del poni alazán que había domado personalmente. Le agradaba suscitar la ira de su

padre al elegir como esposa a una campesina en lugar de casarse para forjar una alianza política, y puesto que su madre había muerto hacía mucho, no tenía quien le aconsejara sabiamente. Al pueblo le divertían sus



excentricidades y le fascinaba su encantadora esposa. Durante un tiempo, la nueva pareja fue feliz. Su esposa dio a luz un principito mofletudo que balbuceaba graciosamente en su cuna, al que amaban más a cada día que pasaba.

Pero entonces, en el año de aquel terrible verano, el viejo rey murió. El príncipe temerario fue coronado, y cuando su reina quedó embarazada de su segundo hijo, las lluvias cesaron. El río se evaporó y dejó en su lugar una árida veta de roca. Los pozos se llenaron de polvo. Día tras día, la reina encinta paseaba con el vientre hinchado por el adarve, en lo más alto del palacio, y rezaba por que su hijo fuera sabio, fuerte y apuesto, pero por encima de todo rezaba por una brisa agradable que le refrescara la piel y la aliviara un poco.

La noche en que nació su segundo hijo, la luna llena se asomó al cielo con el color pardo de las costras secas. Los coyotes rodearon el palacio, aullando y rasguñando los muros, y le desgarraron las entrañas al guardia que salió a ahuyentarlos. Sus frenéticos gañidos eclipsaron los gritos de la reina cuando miró a la criatura llorona que acaba de deslizarse de su seno. Aquel principito tenía más forma de lobo que de niño. Estaba cubierto de un pelaje negro y húmedo desde la coronilla hasta los pies garrudos, sus ojos eran rojos como la sangre y de la cabeza le sobresalían dos incipientes cuernecillos.

El rey no estaba dispuesto a sentar el precedente de matar a un príncipe, pero tal criatura no podía ser criada en el palacio. Así, convocó a sus consejeros más instruidos y a sus mejores ingenieros para que construyeran un vasto laberinto bajo el recinto real. Sus pasillos se extendían kilómetro tras kilómetro hasta la plaza del mercado, girando y replegándose una y otra vez. El rey tardó años en finalizar el laberinto, y la mitad de los obreros encargados de su construcción se perdieron entre sus muros y nunca volvió a saberse de ellos. Pero en cuanto estuvo terminado, el rey sacó a su monstruoso hijo de su jaula en la guardería real y lo hizo llevar al laberinto, para que no turbara nunca más ni a su madre ni al reino.

El mismo verano en que nació la bestia, otra criatura vino al mundo. Kima nació en una familia mucho más pobre, con apenas terreno suficiente para alimentarse de sus propias cosechas. Pero cuando esa niña tomó aire por vez primera, lo que hizo no fue llorar, sino cantar, y al hacerlo los cielos se abrieron y empezó a caer la lluvia, poniendo fin a aquella larga sequía.

El mundo se reverdecía ese día, y se cuenta que allá donde fuera Kima se podía oler el dulce aroma de la vida en desarrollo. Era alta y esbelta como un tilo joven, y se movía con una gracia casi preocupante, como si, de tan ligera que era, estuviera a punto de ser arrastrada por el viento. Tenía una piel tersa que resplandecía con un brillo cobrizo, como el de las montañas durante esa hora tan dulce, antes de que se ponga el sol, y llevaba el cabello suelto, en una espesa aureola de rizos negros que enmarcaban su rostro como los pétalos de una flor abierta.

Nadie en el valle podía negar que los padres de Kima habían sido bendecidos con su nacimiento, pues sin duda estaba destinada a casarse con un hombre muy rico, tal vez incluso un príncipe, y a traerles buena fortuna. Pero entonces, apenas un año después, vino al mundo su segunda hija, y los dioses se rieron. Pues a medida que crecía esa otra niña, iba quedando claro que carecía de todos los dones que Kima poseía en abundancia. Ayama era torpe y desmañada. Su cuerpo era robusto y pesado, chato y redondo como una jarra de cerveza. Mientras que la voz de Kima era gentil y apacible como la lluvia, la de Ayama era como la luz del mediodía, tan molesta que te obligaba a volver el rostro con una mueca. Avergonzados de su segunda hija, los padres de Ayama la obligaron a hablar menos. La mantenían dentro de casa, ocupada en sus quehaceres, y solamente le dejaban dar un paseo hasta el río cuando había que lavar la ropa.

Para que no perturbara el sueño de Kima, sus padres le prepararon a Ayama un camastro sobre las piedras tibias de la chimenea de la cocina. Sus trenzas se ensuciaban y deshacían y su piel se impregnaba de ceniza. Pronto su tez se volvió más grisácea que cobriza. Ayama se deslizaba tímidamente de sombra en sombra, temerosa de ofender a los demás: Con el tiempo, la gente fue olvidando que había dos hijas en aquella casa, y terminó considerando a Ayama una mera criada.

A menudo, Kima intentaba hablar con su hermana, pero se estaba preparando para ser la esposa de un hombre acaudalado, y cada vez que se encontraba con Ayama en la cocina, la llamaban para asistir a la escuela o a sus lecciones de danza. Durante el día, Ayama trabajaba en silencio, y por las noches se deslizaba a hurtadillas hasta la cama de su hermana, se cogían de la mano y escuchaban los cuentos que les contaba su abuela, arrulladas por la voz gastada y vetusta de Ma Zil. Cuando las velas estaban a punto de extinguirse, Ma Zil le daba unos golpecitos a Ayama con la punta de su bastón y le decía que volviera a la cocina antes de que sus padres la sorprendieran molestando a su hermana.

Las cosas siguieron así durante mucho tiempo. Ayama se afanaba en la cocina, Kima se volvía cada vez más bella, la reina criaba a su hijo humano en el palacio y le ponía tapones de lana en los oídos por las noches, cuando los aullidos de su hermano menor se oían desde el fondo del acantilado. Al este, el rey libraba una guerra desastrosa. El pueblo refunfuñaba cuando recaudaba nuevos impuestos o se llevaba a sus hijos como soldados. Se quejaban del clima. Tenían la esperanza de que llegara la lluvia.

Entonces, una mañana soleada y despejada, el valle se despertó con el rumor de los truenos. En el cielo no se veía ni una sola nube, pero el sonido hizo temblar las tejas de las casas y provocó que un anciano tropezara y cayera a una zanja, donde tuvo que esperar dos horas a que sus hijos lo sacaran. Para entonces, todos sabían ya que aquel estrépito no lo había provocado ninguna tormenta. La bestia había escapado del laberinto, y era su rugido el que reverberaba en las paredes rocosas del valle y estremecía las montañas.

Al pueblo dejaron de molestarle tanto los impuestos, las cosechas y la guerra, y la gente empezó a preocuparse más del peligro de ser arrancados de sus camas en plena noche y devorados. Atrancaron las puertas y afilaron los cuchillos. No dejaban salir de casa a sus hijos y mantenían las lámparas encendidas toda la noche.

Pero nadie puede vivir atemorizado eternamente, y a medida que pasaban los días sin incidentes, la gente empezó a preguntarse si tal vez la bestia habría tenido la deferencia de buscarse otro valle al que aterrorizar. Poco después, Bolan Bedi salió a atender su ganado y descubrió que las reses habían sido masacradas y que la hierba de los campos occidentales estaba empapada en sangre. Y no fue el único. Corrió la voz de aquella matanza, y el padre de Ayama marchó a los pastos más lejanos en busca de noticias. Regresó con historias horribles de terneros recién nacidos decapitados, de ovejas sajadas desde el cuello hasta la ingle, con la lana teñida del color del óxido. Solamente la bestia podía haber sido capaz de llevar a cabo tamaña destrucción en una sola noche.

El pueblo del valle occidental nunca había considerado a su rey un héroe, debido a sus derrotas militares, a su mujer campesina y a su gusto por las comodidades. Pero todos se hinchieron de orgullo cuando asumió el mando y juró proteger el valle y ocuparse de su monstruoso hijo de una vez por todas. El rey reunió una ingente partida de caza para que viajara hasta las tierras salvajes, donde sus consejeros sospechaban que se había refugiado la bestia, y ordenó a su propia guardia real que les sirviera de escolta. Un

centenar de soldados marcharon por la calzada principal, levantando polvo con sus botas; su capitán iba en cabeza, con sus resplandecientes guanteletes de bronce. Ayama los vio pasar desde la ventana de la cocina, fascinada por su valentía.

A la mañana siguiente, cuando los vecinos acudieron a la plaza del mercado para comerciar, contemplaron una imagen terrible en el centro de la plaza: una torre erigida con los huesos de un centenar de hombres, apilados como leña seca junto al pozo, y en lo más alto, los guanteletes de bronce del capitán, centelleando bajo el sol.

La gente lloraba y temblaba. Alguien debía encontrar el modo de protegerlos, a ellos y a sus rebaños. Si ningún soldado era capaz de dar muerte a la bestia, entonces el rey debía encontrar la forma de aplacar a su hijo menor. El rey le ordenó al más inteligente de sus consejeros que viajara a las tierras salvajes y llegase a una tregua con el monstruo. El consejero accedió, hizo el equipaje y escapó del valle lo más deprisa que pudo; nunca más se supo de él. El rey no encontraba a nadie lo bastante valiente como para viajar a las tierras salvajes y negociar en su nombre. Desesperado, ofreció tres cofres de oro y treinta rollos de seda a cualquiera lo bastante osado como para ir en calidad de emisario. Esa noche se conversó mucho en todas las casas del valle.

—Deberíamos irnos de este lugar —dijo el padre de Ayama, cuando la familia se reunió para la cena—. ¿Visteis esos huesos? Si el rey no es capaz de apaciguar al monstruo, sin duda vendrá a devorarnos a todos.

La madre de Ayama coincidía.

—Viajaremos hacia el este y nos instalaremos en la costa.

Pero la anciana Ma Zil, que estaba sentada en un taburete junto al fuego, mascando una hoja de *jurda*, no estaba dispuesta a emprender un viaje tan largo.

—Enviad a Ayama —dijo, y escupió en las llamas.

Se hizo un largo silencio; mientras, las llamas siseaban y crepitaban. Pese al calor del fogón donde estaba tostando mijo, Ayama se estremeció.

Y casi como si supiera que le correspondía a ella protestar, la madre de Ayama dijo:

—No, no. Ayama es una niña difícil, pero sigue siendo hija mía. Nos marcharemos al mar.

—Además —dijo su padre—, fijaos en ese mandil mugriento y en esas trenzas mal hechas. Nadie se creería que Ayama es una mensajera real. La bestia se reiría de ella en cuanto pusiera un pie en las tierras salvajes.

Ayama no sabía si los monstruos eran capaces de reír, pero no tuvo tiempo de pensarlo, porque Ma Zil volvió a escupir en las llamas.

—Es una bestia —dijo la anciana—. ¿Qué sabrá de ropas finas y rostros hermosos? Ayama será la mensajera del rey. Seremos ricos y Kima podrá atraer a un marido mejor, uno que nos mantenga a todos.

—Pero ¿y si la bestia la devora? —preguntó la gentil Kima, con sus hermosos ojos llenos de lágrimas. Ayama se sintió agradecida, pues, aunque quería oponerse al plan de su abuela desesperadamente, lo cierto era que sus padres le habían enseñado a morderse la lengua durante tanto tiempo que ya no le resultaba fácil hablar.

Ma Zil agitó la mano, desdeñando las palabras de Kima.

—Entonces cantaremos una canción de hueso por ella y seremos ricos de todas formas.

Los padres de Ayama no dijeron nada, pero tampoco la miraron a los ojos; sus mentes y sus miradas ya estaban absortas pensando en las montañas de oro del rey.

Esa noche, mientras Ayama yacía sobre las duras piedras de la chimenea, inquieta e incapaz de dormir por el miedo, Ma Zil fue a verla y le acarició la mejilla con su mano encallecida.

—No te preocupes —le dijo—. Sé que estás asustada, pero cuando te hayas ganado la recompensa del rey, tendrás sirvientes propios. Nunca volverás a fregar el suelo ni a raspar los restos de estofado de un caldero viejo. Llevarás vestidos veraniegos de seda azul, comerás nectarinas blancas y dormirás en una cama de verdad.

El ceño de Ayama seguía fruncido por la preocupación, así que su abuela siguió hablando:

—Vamos, Ayama. Ya sabes cómo son los cuentos: solamente les pasan cosas interesantes a las chicas guapas. Estarás de vuelta en casa con la puesta de sol.

Esa idea reconfortó a Ayama, que fue quedándose dormida mientras Ma Zille cantaba una nana. Roncaba ruidosamente, pues en sueños nadie podía acallar su voz.

El padre de Ayama envió un mensaje al rey, y aunque la idea de que una muchacha como ella se embarcara en tal empresa suscitó muchas burlas, la única condición que le pedía el rey a su mensajero era la valentía. Y así,

Ayama se convirtió en la emisaria del rey y recibió el encargo de viajar a las tierras salvajes, buscar a la bestia y escuchar sus demandas.

Ungieron y trenzaron los cabellos de Ayama. Le dieron uno de los vestidos de Kima, aunque le quedaba demasiado prieto y tuvieron que recogerle el dobladillo para que no lo arrastrara por el polvo. Ma Zil ató un delantal azul cielo a la cintura de su nieta y le cubrió la cabeza con un sombrero de ala ancha adornado con una banda de amapolas. Ayama se guardó en el bolsillo del delantal la hachuela con la que cortaba leña, y también un trozo de bizcocho seco y una taza de cobre para beber... si es que tenía la suerte de encontrar agua.

Los vecinos se lamentaron, se frotaron los ojos y les dijeron a los padres de Ayama lo valientes que eran. Se maravillaron al ver el buen aspecto que tenía Kima pese a las lágrimas que le surcaban las mejillas. Después regresaron a sus tareas, y Ayama emprendió el viaje hacia las tierras salvajes.

No sería una exageración decir que el ánimo de Ayama estaba un tanto decaído. ¿Cómo no iba a estarlo, si su familia la había enviado a una muerte segura a cambio de conseguir un puñado de oro y un buen casamiento para su hermana? Pero Ayama adoraba a Kima, que le daba azucarillos cuando sus padres no miraban y le enseñaba los últimos bailes que aprendía. Ayama deseaba que su hermana tuviera todo cuando quisiera en el mundo.

Y a decir verdad, no le entristecía tanto haber salido de su casa. Ahora tendría que ser otro quien se ocupara de acarrear la ropa hasta el río para lavarla, fregar los suelos, preparar la cena, alimentar a las gallinas, remendar la ropa y raspar los restos de estofados del caldero.

«Bueno», pensó, pues había aprendido a guardar silencio incluso cuando estaba sola, «al menos hoy no tendré que trabajar; y así podré ver algo distinto antes de morir». Aunque el inclemente sol caía a plomo sobre la espalda de Ayama, ese mero pensamiento bastó para que caminara a un paso más animado.

Su alegría no duró mucho. En las tierras salvajes no había más que llanuras cuarteadas y maleza estéril. No se oía el zumbido de los insectos, y ninguna sombra interrumpía el fulgor implacable del sol. El sudor empapaba ya la tela del prieto vestido de Ayama, y le parecía que sus pies eran más bien ladrillos recién horneados. Al principio se estremeció al ver el esqueleto blanqueado de un caballo muerto, pero una hora más tarde, la visión de un cráneo blanco y descarnado, o la de un costillar desparramado como un cesto a medio tejer, le suponía casi un alivio; quebraban la monotonía y era un indicio de que algo había sobrevivido allí, aunque fuera por poco tiempo.

«Tal vez me desplome sin vida antes de encontrar a la bestia; en ese caso no tengo nada que temer», pensó. Pero finalmente avistó una línea negra en el horizonte, y a medida que se acercaba se dio cuenta de que había llegado a un sombrío bosque. Los árboles de corteza gris eran muy altos, y entre ellos crecían unos arbustos espinosos tan frondosos que Ayama no veía nada más que oscuridad. Supo que era allí donde encontraría al hijo del rey.

Ayama titubeó. No quería ni pensar en lo que podría estar esperándola en el bosque de las espinas. Era muy posible que solo le quedaran unos minutos de vida. «Al menos morirás a la sombra», reflexionó. «Aunque, pensándolo bien, ¿de verdad este bosque es mucho peor que un jardín lleno de malas hierbas? Seguramente dentro no haya nada, y si muero será únicamente de aburrimiento». Se cubrió con la promesa de Ma Zil como si fuera una armadura, se recordó a sí misma que no estaba destinada a vivir aventuras y se coló por un hueco que encontró entre las zarzas de hierro, dejando escapar un siseo cada vez que las espinas le pinchaban los brazos y le arañaban las manos.

Con paso tembloroso, Ayama atravesó los arbustos y se internó en el bosque. Se encontró sumida en la oscuridad. Su corazón retumbaba a toda velocidad; tenía ganas de darse la vuelta y salir corriendo, pero había pasado gran parte de su vida entre las sombras, y las conocía bien. Se obligó a tranquilizarse, mientras el sudor se enfriaba sobre su piel. Unos minutos después, se dio cuenta de que el bosque solo parecía oscuro en comparación con la luminosidad de las tierras salvajes que acababa de dejar atrás.

Mientras sus ojos se acostumbraban, Ayama se preguntó si tal vez el calor le estaba nublando la mente. El bosque estaba iluminado por las estrellas, pero sabía perfectamente que seguía siendo de día. Las altas ramas de los árboles creaban formas negras recortadas contra el intenso azul del crepúsculo, y mirara donde mirara, Ayama veía flores blancas de membrillo en los mismos arbustos donde momentos antes solo había visto espinas. Oyó el dulce trino de las aves nocturnas, la estridente música de los grillos... y en algún lugar, aunque se repetía a sí misma que era imposible, el borboteo del agua. La luz de las estrellas se reflejaba en cada hoja, en cada piedra, iluminando el mundo con un brillo plateado. Sabía que debía permanecer alerta, pero no pudo resistirse a descalzarse para disfrutar del tacto fresco y musgoso del suelo bajo sus pies doloridos.

Se obligó a abandonar la seguridad de los arbustos y a seguir caminando. Finalmente llegó a la orilla de un arroyo; su superficie reflejaba la luz de las estrellas con tal intensidad que parecía que alguien hubiera pelado la corteza

de la luna como si fuera una fruta y la hubiera extendido sobre el suelo del bosque, formando una cinta resplandeciente. Ayama siguió su sinuoso curso, adentrándose cada vez más en el bosque hasta que, finalmente, llegó a un apacible claro. Allí, las centelleantes luciérnagas revoloteaban entre los árboles y el cielo tenía el color morado turbio de las ciruelas maduras. Había llegado al corazón del bosque.

El arroyo desembocaba en un gran estanque bordeado de helechos, cantos rodados, y cuando Ayama vio las aguas transparentes y dulces, se apresuró a arrodillarse en la orilla sin poder evitarlo. Las amapolas de su sombrero se habían marchitado hacía tiempo, y tenía la garganta tan seca como una cáscara vieja. Sacó su tacita de cobre del delantal y la hundió en el agua, pero al sacarla para beber, oyó un atronador rugido y notó que algo le tiraba la taza de la mano y la mandaba volando al otro lado del claro. Ayama estuvo a punto de caer al estanque.

—¡Niña estúpida! —dijo una voz que retumbaba como una avalancha en la montaña—. ¿Es que quieres convertirte en un monstruo?

Ayama se acurrucó sobre la hierba y se tapó la boca con las manos para reprimir el grito que luchaba por salir. Intuía, mas que veía, la silueta inmensa del monstruo que la acechaba en la oscuridad.

—Respóndeme —le ordenó este.

Ayama negó con la cabeza y, de algún modo, logró hablar, aunque su voz le pareció quebradiza como la tiza.

—Tenía sed —dijo.

Oyó un sonoro gruñido y notó que el suelo temblaba, mientras la bestia avanzaba lentamente hacia ella. Se alzó sobre las patas traseras, cerniéndose sobre ella y tapando las estrellas. Su cuerpo era el de un lobo negro, pero su porte era de hombre. En torno al espeso pelaje del cuello llevaba un collar de oro y rubíes, y los cuernos arqueados que le sobresalían de la cabeza estaban marcados con surcos que resplandecían como si un fuego secreto los iluminara desde dentro. Pero lo más terrorífico de todo eran sus brillantes ojos rojos y su hocico hambriento, repleto de dientes afilados.

La mente de Ayama se llenó de los rumores que rodeaban el nacimiento del monstruo. «¿Con qué clase de bestia había yacido la reina para engendrar a semejante monstruo? ¿Qué había hecho el rey para merecer tal maldición?». La bestia se alzaba sobre ella como un oso a punto de atacar.

«¡Un arma!», pensó, y sacó la hachuela del delantal.

Pero la bestia se limitó a sonreír... no había otra forma de describirlo: sus labios se retiraron hacia atrás, descubriendo las encías negras y las terribles

puntas de sus largos colmillos.

—Golpéame —la desafió—. Párteme en dos.

Antes de que Ayama pudiera siquiera pensar en hacerlo, él le arrebató el arma de las manos con una de sus garras y deslizó la hoja sobre su propio pecho. No dejó la menor marca.

—Ningún filo puede atravesarme la piel. ¿Crees que mi padre no lo intentó?

El monstruo agachó su inmensa cabeza y olisqueó profundamente el cuello de Ayama, antes de resoplar.

—Me envía a una campesina cubierta de ceniza y que apesta a humo de fogón. Ni siquiera vale la pena comerte. Tal vez te despelleje y te ofrezca a las demás criaturas del bosque de las espinas para provocarlas y ofenderlas.

Ayama estaba más que acostumbrada a que la insultaran, tanto que ya apenas se percataba de ello. Pero estaba tremendamente cansada y dolorida, y tan asustada que se estremecían hasta los huesos de su cuerpo. Tal vez fue por eso por lo que se levantó, abrió la boca y, con la voz lacerante que tanto irritaba a sus padres, dijo:

—Vaya con la bestia aterradora. Sus dientes son tan flojos que necesita damas de carnes tiernas.

Ayama quiso retirar sus palabras de inmediato, pero la bestia se echó a reír, y al oír un sonido tan humano saliendo de aquel cuerpo monstruoso, a Ayama se le erizó el vello de los brazos.

—Tienes una lengua tan afilada como las espinas del bosque —dijo el monstruo—. Dime, ¿por qué el rey le ha ordenado a una criada mediocre como tú que me perturbe?

—El rey me ha elegido para...

En un instante, el deleite de la bestia se desvaneció. Echó la cabeza hacia atrás y aulló; el sonido hizo temblar las hojas de los árboles y desprendió los pétalos blancos y rosados de las ramas. Ayama retrocedió a trompicones y se cubrió la cabeza con los brazos, como si pudiera ocultarse debajo de ellos. Pero la bestia se inclinó hacia ella, hasta estar tan cerca que Ayama pudo oler el extraño aroma animal de su pelaje y sintió su cálido aliento al hablar:

—Solamente hay una norma en mi bosque —gruñó—. Decir la verdad.

Ayama consideró explicarle lo de su familia y la oferta de cofres de oro y sedas, pero la verdad era muchísimo más sencilla.

—Nadie más quería venir.

—¿Ni los valientes soldados del rey?

Ella negó con la cabeza.

—¿Ni el perfecto príncipe humano?

—No.

La bestia volvió a reírse sonoramente, y en el eco de su risa Ayama oyó el crujido de los huesos.

Pero ahora que había recordado su voz, Ayama se dio cuenta de que estaba ansiosa por utilizarla de nuevo. No había soportado kilómetros de sed, tedio y rozaduras en los pies para que ahora se rieran de ella. De modo que apartó sus miedos a un lado, reunió coraje, clavó los pies en el suelo y dijo, con voz clara y potente como una trompeta:

—Me han enviado para pedirte que dejes de masacrar a nuestro ganado.

La bestia dejó de reír.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¡Porque tenemos hambre!

—¿Y qué me importa a mí vuestra hambre? —gruñó, caminando de un lado a otro por el claro—. ¿Os importó a vosotros mi estómago vacío cuando era un niño, abandonado a mi suerte en el laberinto? ¿Usaste entonces tu potente voz para pedirle clemencia al rey, pequeña mensajera?

Ayama retorció los cordones de su delantal. Por entonces ella no era más que una niña, pero, ciertamente, nunca había oído ni una sola palabra de compasión hacia la bestia ni de boca de sus padres ni de ningún otro habitante del valle.

—No —dijo el monstruo, respondiendo a su propia pregunta—. No lo hiciste. Que el buen rey os alimente con los rebaños reales, si tanto se preocupa por su pueblo.

Probablemente eso era lo que debería haber hecho el rey, pero no le correspondía a Ayama decidirlo.

Me han enviado para negociar contigo.

—El rey no tiene nada que yo quiera.

—Entonces, tal vez puedas mostrar clemencia sin pedir nada a cambio.

—Mi padre no me enseñó a ser clemente.

—¿Y no puedes aprender?

La bestia dejó de merodear y se volvió muy lentamente hacia Ayama, que hizo todo lo posible por no echarse a temblar cuando sus ojos rojos como la sangre se clavaron en ella. Sonreía con astucia.

—Te propongo un trato. A ti, pequeña mensajera, no al rey. Cuéntame un cuento que me haga sentir algo que no sea ira. Si lo consigues, tal vez te deje vivir.

Ayama no sabía qué pensar de semejante oferta. Quizá fuera un truco, o una tarea imposible de realizar. Puede que la bestia se sintiera generosa, o que estuviera empachada tras su última comida y necesitara entretenerse con algo. Pero bien mirado, Ayama había pasado gran parte de su vida sin hablar, y sin que nadie le hablara. ¿Era posible que, sencillamente, la bestia anhelara un poco de conversación?

Se aclaró la garganta.

—¿Y dejarás en paz a nuestro ganado?

La bestia resopló.

—Solo si no me aburres. Y ya estás empezando a hacerlo.

Ayama respiró hondo para tranquilizarse. No resultaba nada fácil pensar con semejante criatura cerniéndose sobre ella.

—¿Quieres sentarte? —dijo, señalando el suelo.

La bestia gruñó, pero accedió, acomodándose junto al estanque con un ruido sordo que ahuyentó a los pájaros, que salieron volando de los oscuros árboles.

Ayama se sentó en el suelo, a cierta distancia. Se alisó el delantal y volvió a calzarse. Cerró los ojos para dejar de ver a la bestia que estaba echada junto al arroyo y relamiéndose el hocico.

—Intentas demorarte —le dijo la bestia.

—Es que quiero asegurarme de contar bien el cuento.

Soltó una risotada ronca y desagradable.

—Di la verdad, pequeña mensajera.

Ayama se estremeció, porque no estaba segura de cuáles de los cuentos de Ma Zil eran verdad y cuáles eran mentira. Además, la perspectiva de morir hacía que fuera difícil pensar en otra cosa. Pero el hecho de que nadie quisiera escuchar a Ayama no significaba que ella no tuviera nada que decir. De hecho, tenía mucho que decir. Y si a la bestia le agradaba que alguien le hablara, a Ayama también le alegraba ser escuchada.

## EL PRIMER CUENTO

*Había una vez un chico que comía sin parar, pero no conseguía saciarse. Devoraba bandadas enteras de gansos sin desplumarlos siquiera. Bebía lagos enteros, tragando todos los peces que los habitaban, y escupía después las piedras. Engullía una docena de huevos de un solo bocado, después asaba*

*un millar de cabezas de ganado en un millar de espetos y se las comía una tras otra, deteniéndose solo para echarse una breve siesta. Y cuando despertaba, el estómago seguía rugiéndole de hambre. Devoraba campos enteros de maíz y cereales, pero cuando llegaba a la última hilera estaba tan famélico como al empezar.*

*Aquella hambre le hacía sentir muy mal, porque nunca lo abandonaba. Era un terrible vacío que a veces le parecía tan grande y amplio que habría jurado que el viento lo traspasaba de lado a lado. Su familia estaba desesperada, porque no podía permitirse alimentarlo, y el muchacho buscaba angustiosamente una cura, pero ningún medik ni curandero zowa era capaz de ayudarlo. Su historia se divulgó, como ocurre siempre con las historias, y finalmente llegó a oídos de una muchacha de un pueblo lejano. Inmediatamente acudió a su padre, que era doctor de muchas artes y el hombre más sabio que conocía. Había viajado por todo el mundo, reuniendo secretos allá por donde iba. La muchacha sabía que él sería capaz de encontrar una cura, así que hicieron el equipaje y emprendieron el viaje hacia la aldea del chico. Cuando avistaron campos de maíz devorados hasta la raíz y ríos totalmente vacíos de peces, supieron que estaban cerca.*

*Finalmente llegaron a la aldea y le anunciaron a la familia del muchacho que habían venido a ofrecer su ayuda. El chico no albergaba demasiadas esperanzas, pero permitió que el doctor le examinara los ojos y los oídos, y cuando el hombre quiso inspeccionarle la garganta, el chico inclinó la cabeza hacía atrás, obediente.*

*—¡Ajá! —dijo el sabio doctor, una vez que le hubo echado un vistazo al gaznate del muchacho—. Cuando tu madre te llevaba en su vientre, ¿dormía con la ventana abierta?*

*La madre del chico le dijo que sí, ya que aquel verano había sido muy caluroso.*

*—Pues ya está —dijo el doctor—. Es muy sencillo. Mientras dormía, tu madre se tragó un pedazo de cielo nocturno, y todo ese vacío continúa dentro de ti. No tienes más que comer un trocito de sol para llenar el cielo y dejarás de sentirte vacío.*

*El doctor afirmaba que era sencillo, pero el chico no estaba tan seguro. No había árbol ni escalera lo bastante altos como para llenar hasta el sol, y pronto se sumió en una desesperación aún más profunda. Pero la hija del doctor era tan inteligente como gentil, y sabía que todas las noches el sol se hundía hasta tocar el mar, tiñendo el agua de dorado. De modo que construyó una barquita y navegaron juntos hacia el oeste. Viajaron muchos*

*kilómetros, y el chico se comió dos ballenas por el camino. Finalmente llegaron al lugar dorado en el que el sol se encontraba con el mar. La chica sacó un cucharón de madera de fresno blanco de su bolsillo y recogió un poco de sol del agua. Y cuando el chico bebió...*

La bestia soltó un sonoro gruñido y Ayama dio un brinco, porque estaba tan absorta en el cuento y en el placer de ser escuchada que casi se le había olvidado dónde se encontraba.

—A ver si lo adivino —gruñó la bestia—. El desdichado chico se bebió un trago de mar y se convirtió en un tipo feliz y satisfecho que regresó a su aldea, se casó con la bella hija del doctor y tuvo muchos hijos que le ayudaron a cultivar sus tierras.

—¡Qué tontería! —dijo Ayama, esperando que el temblor de su voz no la delatara—. Desde luego que el cuento no termina así.

No era ninguna tontería. El cuento terminaba tal cual había dicho la bestia, al menos según se lo habían contado a Ayama. Aun así, tenía que admitir que ese final siempre la hacía sentirse un tanto melancólica e insatisfecha, como una nota desafinada. Pero ¿qué final sería capaz de contentar a la bestia? Como la habían hecho callar tantas veces, a Ayama se le daba muy bien escuchar, y recordó la única norma del bosque de las espinas. El cuento necesitaba un final que fuese verdadero.

Ayama puso en orden sus pensamientos, recuperó el hilo del cuento y lo fue desenrollando de nuevo.

—Es verdad que el muchacho bebió sol del cucharón de fresno blanco —dijo—. Y sí, es verdad que ya no tuvo necesidad de desayunar un rebaño de reses o de bajar la comida bebiendo un lago entero. Y es verdad que se casó con la bella hija del doctor y que trabajó todos los días para cultivar sus campos. Pero a pesar de todo ello, el chico descubrió que seguía siendo infeliz. Verás, hay personas que nacen con un pedazo de noche en su interior, y ese hueco no puede llenarse jamás, ni siquiera con toda la comida ni con toda la luz solar del mundo entero. Ese vacío nunca desaparece, y por eso algunos días despertamos con la sensación de que el viento nos traspasa de lado a lado, y no tenemos más remedio que soportarlo, tal y como hizo el muchacho.

Cuando terminó, Ayama comprendió que, mientras buscaba a tientas la verdad, había hablado de su propia tristeza, pero ya era demasiado tarde para retirar sus palabras.

El monstruo se quedó largo rato en silencio. Luego se levantó, barriendo el suelo con su tupida cola negra, le dio la espalda a Ayama y dijo:

—Dejaré en paz vuestros rebaños. Márchate ya y no regreses.

Como el bosque exigía la verdad, Ayama supo que la promesa de la bestia era sincera. Ayama apenas podía creerse su suerte. Se puso en pie de un salto y se apresuró a marcharse del claro, pero cuando se agachó para recoger su hachuela y su taza de cobre, la bestia dijo:

—Espera.

Ahora la bestia era poco más que una silueta en la oscuridad, y Ayama solo la distinguía por el brillo rojo de sus ojos y el resplandor de los surcos de sus cuernos.

—Llévate una rama de flores de membrillo y procura no perderla al pasar por las tierras salvajes.

Ayama no se paró a cuestionar aquella orden, sino que arrancó una rama delgada y echó a correr, siguiendo el cauce del arroyo. Solo aminoró el paso cuando atravesó las crueles espinas de los arbustos y sintió el sol en el rostro una vez más.

Ayama emprendió la marcha por las tierras salvajes, con las flores bien guardadas en su delantal, pero las arenas abrasadoras no parecían tocarle los pies, y el sol no le quemaba los hombros. No tuvo que entornar los ojos al mirar el cielo brillante. Cuando finalmente llegó a su valle, soltó un grito de júbilo.

Al verla entrar en el pueblo, la gente recorrió los cerrojos de las puertas, abrió las contraventanas y echó a correr calle abajo. Ayama veía en sus ojos que ninguno de ellos esperaba que sobreviviera.

Inmediatamente la atosigaron con preguntas, pero cada vez que intentaba responder, los vecinos le pellizcaban los brazos y la llamaban mentirosa a gritos.

—¿Un bosque encantado en las tierras salvajes? —se burló un hombre—. ¡Menuda majadería!

—Ni siquiera habrá ido a buscar a la bestia —la acusó otro—. Se habrá pasado la tarde dormitando a la sombra de algún árbol.

Pero Ayama se acordó del membrillo y sacó la rama del bolsillo de su delantal. Las flores estaban frescas y lozanas; sus pétalos blancos seguían húmedos de rocío y teñidos de rosa. Las flores resplandecían como una constelación en su mano. Cuando los vecinos las miraron, pudieron paladear el sabor ácido del membrillo en la lengua y notaron el alivio de una sombra sobre la piel. Aquellas no eran flores corrientes. Esta vez la gente escuchó mientras Ayama, empuñando el tallo, les contaba lo que le había prometido la bestia, y cuando hubo terminado, la acompañaron hasta el palacio entre

murmullos de fascinación, olvidando que la chica a la que ahora observaban con admiración todavía tenía las señales de sus pellizcos en los brazos.

El rey la miró con ojos fríos desde su alto trono mientras Ayama le hablaba del juramento de la bestia, pero no podía negar la magia del membrillo que florecía, dulce y extraño, en manos de Ayama. Sus pétalos empezaban a volverse rojos.

—¡Qué maravilla! —dijo el apuesto hijo humano del rey, con una amplia sonrisa—. Y qué muchacha tan valiente, por atreverse a realizar semejante tarea. Sus bolsillos cederán bajo el peso de las joyas y todos cantarán canciones sobre su arrojo.

Ayama le devolvió la sonrisa, pues era imposible no contagiarse de la mirada radiante del príncipe, pero lo que de verdad le apetecía era un vaso de agua.

La reina tomó las flores de manos de Ayama, que habría jurado que sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

—Debes cumplir lo prometido —le dijo la reina a su marido.

Y así, el rey ordenó que le llevaran a la familia de Ayama tres cofres de oro y treinta rollos de seda.

Esa noche, los padres de Ayama se regocijaron, y Kima besó a su hermana en las mejillas mientras Ma Zil los miraba a todos, mascando sus hojas de *jurda* con aire jactancioso.

Ayama comprobó que nadie había limpiado la rejilla del fogón, que la ropa seguía sucia y que la vajilla ni siquiera estaba apilada en el fregadero, sino que seguía en el fogón, cubierta de restos de comida resacos. Pensó en la agradable quietud del bosque de las espinas y suspiró mientras se tendía en el hueco de la chimenea. A la mañana siguiente, cuando despertó, empezó a temer que todo aquello no hubiera sido nada más que un sueño. Pero cuando se miró los brazos y vio los cortes y arañazos que le habían dejado las espinas en la piel, supo que todo lo que había visto en el bosque, allende las tierras salvajes, era real.

El monstruo cumplió su palabra, y desde entonces el clima fue lo único que molestó al ganado. El rey retomó su desastrosa guerra, el pueblo trabajó la tierra y comerció en el mercado, y pronto todos recordaron sus viejas quejas, a medida que los impuestos subían y que sus hijos y hermanos eran enterrados en el frente. Pero entonces, una terrible mañana, Nemila Eed encontró sus campos de *jurda* destruidos: todos los cultivos estaban arrancados de raíz y

abandonados allí mismo, marchitándose al sol. Lo mismo les había ocurrido a los terrenos de sus vecinos, al norte y al sur de los suyos. Unas extrañas huellas conducían hasta las polvorientas tierras salvajes.

La gente clamó por que el rey solucionara la situación, y algunos osaron decir, entre susurros, que la reina debería ser ejecutada por haber engendrado al monstruo que tanto les atormentaba. Una vez más, el rey solicitó un mensajero, y en esta ocasión ofreció como recompensa varias fincas de terreno, de las mejores que tenía.

—Ahora somos ricos —dijo aquella noche Ma Zil, sentada junto al fuego—, pero sería estupendo vivir en una lujosa casa, para que Kima pudiera recibir en ella a sus pretendientes. Entonces sin duda encontraría un buen partido. Ayama, ¿no te gustaría vestir pieles blancas en invierno, comer persimones dulces y dormir en una cama de verdad?

Ayama no estaba en absoluto segura de poder sobrevivir a un segundo encuentro con la bestia, y en caso de ser devorada, de de poco le servirían los caquis y los almohadones mullidos. Pero su abuela le acarició la mejilla con su rugosa mano y le juró que no le sucedería nada malo. Además, en el fondo, una pequeña parte de Ayama quería regresar al bosque. Su familia ahora era rica y tenía muchos sirvientes, pero estaban tan acostumbrados a dar órdenes a Ayama que habían olvidado cómo tratarla como a una hija. Seguía durmiendo en la cocina y encargándose de los quehaceres. Veía cómo cortaban los rollos de seda para coser vestidos para Kima, y cómo a su madre la peinaba primorosamente una doncella con un delantal de flores. La gente se levantaba el sombrero al cruzarse con Ayama por la calle, pero nunca se paraban a hablar con ella ni a preguntarle qué tal estaba. La bestia aullaba y gruñía, y era muy posible que la devorara, pero al menos ella mostraba interés al escucharla hablar.

Y así, al amanecer, Ayama cogió su tacita de cobre y la hachuela con la que cortaba leña, se las guardó en el del mandil, se puso su sombrero de ala ancha y, una vez más, marchó hacia las tierras salvajes.

El viaje por el polvo y la maleza fue igual de largo y agotador que la primera vez. Cuando Ayama llegó por fin a los árboles de color hierro del bosque de las espinas, tenía la garganta tan seca como una rebanada de pan quemado, y le dolían los pies de tanto caminar. Se abrió paso con ansia entre los arbustos, y en cuanto sintió la luz argéntea de las estrellas sobre sus hombros, dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Solo entonces se acordó de tener miedo. Después de todo, era posible que la bestia estuviera hambrienta. O furiosa. Tal vez hubiera olvidado la

clemencia que le había mostrado a Ayama al dejarla escapar indemne del bosque la vez anterior. Pero Ayama ya estaba allí, ya no había remedio. Ayama siguió el cauce plateado, dejando que las hojas blandas y la tierra húmeda le refrescaran los pies y procuró no pensar en que la bestia podía comérsela de un solo bocado... o peor aún, de dos bocados.

Finalmente llegó al claro. Esta vez la bestia no acechaba entre las sombras, sino que caminaba de un lado a otro, como si estuviera esperándola.

—Vaya —dijo con su atronadora voz al verla—. No deben de tenerte en gran estima si esperan que escapes por segunda vez.

Como el bosque exigía decir la verdad, Ayama supuso que la bestia tenía razón, pero esta vez le resultó mucho más fácil responder:

—Debes dejar de destruir nuestras cosechas.

—¿Por qué?

—Porque cuando llegue el invierno no tendremos ni algodón ni lino con los que tejer.

—¿Y qué me importa a mí el invierno? Las estaciones no entran en este bosque. ¿Alguien pensó en el invierno mientras yo temblaba de frío en el laberinto de mi padre? Que el rey os alimente y os vista con todo lo que guarda en sus almacenes.

En esta ocasión, Ayama reconoció que no era tan mala idea. Así que habló en consecuencia.

—No puedes comportarte como un tirano y luego pretender que le pida a un tirano que se comporte. Muestra clemencia y puede que te la muestren a ti.

—Mi padre no me enseñó a ser clemente.

—¿Y no puedes aprender?

No lo distinguió bien, pero le pareció que la bestia sonreía.

—Ya conoces el único trato al que accederé, pequeña mensajera. —La bestia se acomodó junto al arroyo, como un ovillo de pelaje negro y garras doradas—. Cuéntame un cuento que me haga sentir algo que no sea ira. Si me complaces, tal vez te deje vivir.

Aquella era la invitación que había estado esperando Ayama. En aquel momento comprendió que, a lo largo de los días y noches que habían pasado desde que abandonó el bosque, había estado guardando palabras para ofrecérselas al hijo del rey. Ayama se sentó junto a la orilla del arroyo y empezó a hablar.

## EL SEGUNDO CUENTO

*Había una vez una mujer de semblante taciturno que llegó a una aldea. Allí conoció a un hombre que anhelaba tener una esposa, y se casaron. Tuvieron dos lindos hijos, un niño y una niña, pero a medida que crecían, se volvieron revoltosos y desobedientes. Solían ponerse enfermos a menudo, y como la enfermedad los dejaba malhumorados y cansados, eran una gran carga para su madre, Mama Tani. Todas las mujeres de la aldea sentían lástima por Mama Tani, cuyo semblante se había vuelto aún más taciturno que antes, pero esta soportaba las quejas y dolencias de sus hijos con gran dignidad.*

*Todo eso cambió cuando un espíritu maligno entró en casa de Mama Tani y empezó a causar problemas a toda la familia. El espíritu hizo añicos los preciados frascos de crema de Mama Tani y las botellitas de tintura con las que mantenía tersa su piel. Partió el arado de su marido para que este tuviera que permanecer en casa, estorbando. Pero era a los niños a quienes el espíritu prefería atormentar, como si le atrajera su mala conducta. Cuando intentaban dormir, el espíritu golpeaba las ventanas y sacudía la cama para que no descansaran. Cuando intentaban comer, el espíritu rompía las escudillas y derramaba su cena por el suelo.*

La bestia rugió, y al mirarla, Ayama se dio cuenta de que se había acercado mucho a ella. Aunque su corazón empezó a latir a un ritmo desbocado, se quedó sentada, tan inmóvil como fue capaz.

—A ver si lo adivino —dijo la bestia—. Los niños lloraron, rezaron y prometieron no portarse mal nunca más, el espíritu se marchó y desde entonces Mama Tani fue la envidia de todas las mujeres de la aldea, y la moraleja dice que los niños no deben ser ingratos.

En efecto, así le habían contado el cuento a Ayama, pero había estado pensando mucho en cómo contarle cuando le perteneciera a ella.

Se alisó el mandil y dijo, con toda la autoridad que pudo reunir su potente voz:

—¡Qué tontería! Desde luego que el cuento no termina así.

«Di la verdad», se recordó a sí misma. Enrolló bien el ovillo del cuento y empezó a desenrollarlo de forma distinta.

—No. Un día, cuando sus padres no estaban en casa, en vez de llorar cuando el espíritu daba golpes y rugía alrededor de la casa como un viento furioso, los niños se sentaron en silencio y se dieron la mano. Luego cantaron una nana, como las que les cantaba su madre cuando eran pequeños. En efecto, un rato después el espíritu se calló. Y otro rato después, les habló. Pero resultó que no era un solo espíritu, sino dos.

—¿Dos espíritus? —repitió la bestia, inclinándose hacia delante con los cuartos traseros.

—Sí, ¿qué te parece? Eran los espíritus de los dos primeros hijos de Mama Tani, un niño y una niña a los que ella había hecho enfermar y morir, solo para granjearse la compasión de las mujeres de su antigua aldea. Se había marchado muy lejos de aquel lugar, y los fantasmas de los niños habían tardado mucho tiempo en encontrarla, pero cuando lo hicieron se esforzaron por proteger a la nueva familia de Mama Tani. Habían roto los frascos donde Mama Tani ocultaba sus venenos. Habían derramado las gachas emponzoñadas e impedido que los niños durmieran cuando sabían que Mama Tani se disponía a colarse a hurtadillas en su habitación para quemar unas hierbas que les inflamarían los pulmones. Incluso habían partido el arado para que su padre tuviera que quedarse en casa más a menudo y no los dejara a solas con su madre. Los hijos vivos de Mama Tani se lo contaron todo a su padre, y aunque este se mostró escéptico, accedió a enviar un mensajero a la aldea que habían mencionado los fantasmas. Para cuando el mensajero regresó y les confirmó que todo lo que habían dicho los fantasmas era cierto, hacía mucho que Mama Tani se había marchado. Este cuento nos recuerda que, a veces, no debe temerse lo que no se ve, y que aquellos que más deberían querernos... no siempre lo hacen.

Una vez más, sin pretenderlo, Ayama había hablado de su propia tristeza. Y una vez más, la bestia se quedó en silencio.

—¿Y qué le ocurrió a Mama Tani? —preguntó finalmente la bestia.

Ayama no tenía ni idea. No lo había pensado.

—¿Quién sabe? El infortunio no siempre acompaña a quienes lo merecen. —A pesar de la escasa luz, vio que la bestia fruncía el ceño. Ayama se aclaró la garganta y se alisó el ala del sombrero—. Pero creo que se la comieron los coyotes.

La bestia asintió, satisfecha, y Ayama soltó un leve suspiro de alivio.

—Dejaré en paz vuestros campos —dijo la bestia—. Coge una rama de flores de membrillo del bosque de las espinas y llévala contigo a través de las tierras salvajes. Márchate ya y no regreses. —Ayama creyó percibir algo de melancolía en su voz, o quizás solo fuera su forma de gruñir.

Ayama arrancó una fina rama de flores de los arbustos y dejó atrás el claro. Al volver la vista atrás, se dio cuenta de que la bestia seguía sentada sobre las patas traseras, observándola con sus ojos rojos. «¿Por qué no me quedo un poco más? ¿Por qué no descanso un rato aquí? ¿Y si le contara otro cuento?», pensó Ayama durante un instante.

Pero en vez de eso, salió del bosque y regresó por las calurosas llanuras. Se prendió la rama de flores de membrillo en las trenzas; así le parecía llevar consigo las hojas frescas y la sombra del bosque.

En esta ocasión, cuando llegó al valle, la gente vio las flores blancas de su cabello y no la pellizcaron ni le gritaron. En vez de eso, le dieron agua dulce y la acompañaron en silencio hasta el palacio, mostrándole mayor respeto, pues ya no era una simple criada, sino la muchacha que se había enfrentado dos veces a un monstruo y había vivido para contarlo.

Cuando la llevaron ante el rey, Ayama le explicó la promesa de la bestia, y el príncipe dijo:

—¡Extraordinario! Erigiremos una estatua en honor de esta muchacha y el día de su nacimiento será festivo.

Ayama pensó que aquella proclama estaba muy bien, pero que lo que de verdad le apetecía era sentarse y descalzarse. Si el príncipe se hubiera molestado en preguntarle, se habría enterado. Pero a él no le gustaban tanto las preguntas como a su hermano.

La reina tomó entre sus manos las flores de membrillo, que se iban enrojeciendo, y le dijo una vez más a su marido:

—Debes cumplir lo prometido.

Y así, el rey ordenó que varias de sus mejores fincas fueran otorgadas a la familia de Ayama, y que sus sirvientes trasladaran allí todas sus pertenencias.

Pero cuando Ayama estaba a punto de hacer una reverencia y retirarse, el rey le preguntó:

—¿El monstruo confía en ti, niña?

Para entonces, Ayama ya se había acostumbrado a decir lo que pensaba en voz alta, tal vez incluso demasiado alta.

—Hay una gran diferencia entre no comerse a una persona y confiar en ella.

Además, pensaba que sería mejor para todos que la bestia permaneciera en el bosque de las espinas.

Pero, como había ocurrido durante la mayor parte de la vida de Ayama, a pesar de la fuerza de su voz, el rey no la escuchó, o no la oyó.

—Llévate un cuchillo al bosque de las espinas —le ordenó—. Mata a esa bestia para que todos podamos vivir a salvo y en paz. Si lo haces, te casarás con mi hijo, el príncipe, y concederé títulos a tu familia para que nadie, salvo quienes lleven mi propio nombre, te supere en alcurnia.

El príncipe parecía un poco sorprendido, pero aun así no protestó.

—Ningún filo puede atravesar la piel de vuestro segundo hijo —replicó Ayama—. Lo he comprobado yo misma.

Mientras la reina estrujaba su falda de seda entre las manos, el rey hizo venir a un sirviente, que traía una caja de color hierro.

El rey levantó la tapa y sacó de su interior un extraño cuchillo. La empuñadura era de hueso, pero la hoja era del mismo color gris turbio que la caja... y que el bosque de las espinas.

Esta hoja ha sido forjada por un poderoso *zowa*, con las mismas espinas del membrillo. Solo puede matarse a la bestia con este cuchillo.

La reina volvió el rostro.

Ayama esperaba que su familia interviniera y dijera que no hacía falta que volviera al bosque de las espinas, pues ya tenían una casa lujosa y una excelente dote para Kima. Pero nadie dijo nada, ni siquiera Ma Zil, que le había prometido que solo las chicas guapas vivían aventuras.

Ayama no quería coger el cuchillo, pero lo hizo. Era ligero como una vaina seca. Le pareció extraño que la muerte no le pesara nada en las manos.

—Si regresas con el corazón de la bestia, todos te rendirán homenaje y no volverás a necesitar nada en esta vida —dijo el rey.

Ayama no sentía deseos de ser princesa. No sentía deseos de matar a la bestia. Pero para una chica que había pasado toda su vida ignorada y desdeñada, aquella no era una oferta baladí.

—Acepto —dijo finalmente—. Pero, si no regreso, Kima se casará con el príncipe y mi familia recibirá la recompensa.

Ayama se dio cuenta de que al rey no le agradaban los términos de su propuesta. Quería ver muerta a la bestia, aunque no había calculado pagar tan alto precio por poner en riesgo la vida de Ayama. Pero en el fondo, ¿que otra opción tenía? Accedió a las demandas de Ayama y esta se guardó el cuchillo en el mandil.

Todas las pertenencias de su familia fueron llevadas a su nuevo y espléndido hogar. Su padre gritaba de alegría y su madre daba vueltas por el jardín, admirando los campos que se extendían a lo lejos, como si apenas pudiera creer que todo aquello ahora fuera suyo. Solamente Kima cogió de la mano a Ayama y le dijo:

—Hermana, no hace falta que vayas. Ahora somos ricos gracias a tu valentía. Tenemos tierras y sirvientes. Ningún príncipe vale tanto como tu vida.

Ayama pensó que eso dependía en gran medida de quién fuera el príncipe. Ma Zil no dijo nada.

Esa noche, Ayama durmió muy mal. Su nueva cama se le antojaba demasiado blanda en comparación con las duras piedras de la vieja chimenea. Se levantó antes del alba, cuando todos seguían durmiendo. Se puso su mandil de color azul cielo, se caló el sombrero en la cabeza y se guardó en el bolsillo la hachuela y la tacita de cobre. Luego, Ayama rozó una única vez el filo dentado del cuchillo con los dedos, lo guardó en su mandil y emprendió la marcha hacia las tierras salvajes una última vez.

En esa ocasión, la caminata por las llanuras áridas se le hizo mucho más breve, quizás por el gran miedo que sentía. Poco después estaba abriéndose paso por los arbustos de color hierro y adentrándose en las sombras del bosque. La luz de las estrellas se vertía sobre su piel, una luz tan dulce, fresca y agradable que casi le entraban ganas de llorar. Se dijo a sí misma que, una vez que la bestia estuviera muerta, podría regresar al bosque, que podría traerse a Kima o, sencillamente, ir ella sola cuando le apeteciera. Pero no estaba segura de que eso fuera a suceder. ¿El bosque de las espinas seguiría en pie sin la bestia? ¿Había estado siempre allí o había aparecido únicamente para servirle de refugio? ¿Y qué podría hacer ella allí, rodeada de silencio, sin nadie a quien contarle cuentos?

La bestia esperaba en el claro.

—¿Tantas ganas tienes de ser devorada? —le preguntó.

Ayama procuró elegir únicamente palabras que fueran ciertas.

—He pensado que tendrías más ganas de oír otro cuento que de devorar otro bocado.

Y así la bestia y ella se sentaron junto al arroyo, y bajo la luz plateada del claro, Ayama empezó a contarle el último cuento.

## EL TERCER CUENTO

*Había una vez una chica buena que se quedaba en casa trabajando mientras sus dos hermanas mayores salían todas las noches a beber y bailar en la ciudad.*

*Un día cuando las tres hermanas estaban en la cocina, un extraño pájaro entró por la ventana y se posó en el alféizar. Era grande, feo y desaliñado, con el pico largo y siniestramente ganchudo. Las dos hermanas mayores se pusieron a chillar, y una de ellas agarró una escoba y ahuyentó a la criatura. Pero cuando se marcharon para engalanarse con cuentas y satén para sus*

*juergas nocturnas, el pájaro regresó. En vez de espantarlo, la hermana menor le habló con dulzura y le ofreció un platito de maíz. Después cogió un paño húmedo y le frotó las plumas mientras tarareaba en voz baja. Cuando el pájaro estuvo finalmente limpio, se dio cuenta de que su plumaje era de oro irisado y que su pico brillaba como un topacio. Batió sus grandes alas y se alejó volando, pero durante esa semana volvió todas las noches, cuando las hermanas mayores ya se habían marchado a sus fiestas, y cantó hermosas canciones mientras la menor hacía sus tareas.*

*Al séptimo día, el pájaro esperó a que las hermanas mayores se marcharan a prepararse y entró volando por la ventana de la cocina. Se oyó al mismo tiempo un fuerte aleteo y el sonido de unas trompetas. En la cocina, donde hacía escasos instantes había un pájaro, la chica veía ahora a un apuesto príncipe ataviado con una túnica de oro.*

*—Ven conmigo a mi palacio junto al mar —dijo el príncipe—. Todos te rendirán homenaje y no volverás a necesitar nada en esta vida.*

*Como ya sabrás, cuando apenas has tenido nada y te has visto obligada a trabajar muy duro, una oferta como esa no es baladí. Así pues, la chica le dio la mano al príncipe y se marcharon volando a su palacio junto al mar. Pero cuando llegaron, la chica descubrió que al rey y a la reina no les complacía demasiado que el príncipe hubiera escogido a una plebeya por esposa. Así que la reina le planteó tres pruebas...*

*La bestia rugió y Ayama dio un brinco, porque no se había percatado de lo cerca que estaba la bestia de ella, tan cerca que su hocico casi le rozaba la rodilla. La bestia sonreía burlonamente.*

*—Qué cuento tan bobo me has traído esta vez protestó. La chica supera las tres pruebas y se casa con el apuesto príncipe. Qué emoción.*

*—¡Tonterías! —dijo Ayama de inmediato, pues había estado dándole muchas vueltas a ese cuento durante el trayecto por las tierras salvajes y, entre otras cosas, había concluido que el final que le habían contado de niña le gustaba mucho más antes de conocer a la realeza—. Desde luego que el cuento no termina así. No. ¿Recuerdas a las hermanas mayores de la chica?*

*La bestia asintió a regañadientes y recostó su enorme cabeza sobre las patas delanteras.*

*—Es verdad que en muchos sentidos eran egoístas y tontas —dijo Ayama—. Pero también querían muchísimo a su hermana pequeña. En cuanto descubrieron que había desaparecido y vieron una pluma dorada sobre la silla, adivinaron lo que había sucedido, pues habían visto mucho mundo.*

Ensillearon sus caballos y cabalgaron todo el día y toda la noche hasta llegar al palacio junto al mar, y aporrearon las puertas hasta que los guardias las dejaron pasar.

»Cuando las hermanas entraron al salón del trono, montando escándalo y exigiendo que les devolvieran a su hermana, el príncipe arguyó no eran más que dos envidiosas que también querían ser princesas, y que eran unas pícaras a las que solo les gustaba beber, bailar y ofrecer sus favores despreocupadamente. En realidad, era cierto que a las hermanas les gustaba hacer todo eso, y precisamente porque habían visto y hecho tantas cosas, sabían que no conviene confiar en los rostros apuestos ni en los títulos grandilocuentes. Señalaron con el dedo, levantaron la voz y exigieron saber, si tanto amaba el príncipe a su hermana, por qué permitía que la obligaran a superar pruebas para demostrar su valía. Y cuando él no les respondió, estamparon sus zapatos contra el suelo y exigieron saber, si el príncipe era merecedor de su hermana, por qué se doblegaba con tanta facilidad a la voluntad de sus padres. El príncipe no supo qué responder y se quedó allí plantado, balbuceando; seguía siendo apuesto, pero tal vez un poco menos, ahora que no tenía nada que decir.

»Las hermanas pidieron perdón por no colaborar en las tareas domésticas y prometieron llevar a la muchacha a sus fiestas para que no tuviera que conformarse con el primer chico que entrara volando por la ventana. La hermana menor se dio cuenta de lo sensato que era aquel acuerdo, y volvieron a casa las tres juntas. Sus días estuvieron llenos de trabajo, que compartido se les hizo más ameno, y sus noches estuvieron llenas de risas y jarana.

—¿Y qué lección debo sacar de este cuento? —preguntó la bestia cuando Ayama terminó.

—Que hay cosas mejores que un príncipe.

Ayama se puso de pie y la bestia se arrodilló ante ella, inclinando su enorme y greñuda cabeza; sus terribles cuernos resplandecían.

—¿Ya no tienes más cuentos para mí, pequeña?

—Solamente uno —dijo Ayama, con el cuchillo dentado en la mano—: el cuento de una niña a la que enviaron al bosque para matar a un terrible monstruo.

—¿Y lo hizo?

—Has cometido crímenes horribles, bestia.

—¿Ah, sí?

—Di la verdad.

—Maté a los soldados del rey, puesto que pretendían matarme a mí —reconoció—. Intenté razonar con ellos, pero la gente no siempre escucha las palabras de una bestia.

Ayama sabían lo que significaba no ser escuchada, y también que la bestia no mentía. Tal vez pudiera ser cruel en ocasiones, y no cabía duda de que era peligrosa, pero también era sincera... igual que el bosque de las espinas. Pues cuando Ayama había despertado tras sus aventuras, habían sido las heridas de los arbustos las que le habían demostrado que las dulces flores y la luz de las estrellas eran reales.

—Me han ordenado que regrese con tu corazón —dijo.

La bestia la observó con sus ojos rojos como la sangre.

—Entonces quizás deberías hacerlo.

Ayama pensó en el rey que había encarcelado a un monstruo en lugar de criar a un hijo, un rey que culpaba a ese monstruo del sufrimiento de su pueblo y no hacía nada por aliviarlo. También pensó en la primera pregunta que le había formulado la bestia, cuando se había arrodillado junto al estanque y él le había tirado la taza de la mano.

«¿Es que quieres convertirme en un monstruo?».

Ayama guardó de nuevo el cuchillo en su bolsillo y sacó su tacita de cobre.

—Bestia —dijo—, tengo sed.

La bestia permitió que Ayama le atara las patas delanteras con las ramas de hierro del bosque de las espinas, y emprendieron la marcha por las tierras salvajes; la inmensa figura de su acompañante protegía a Ayama del sol.

Entraron en el valle y llegaron al pueblo sin apenas demora. Al verlos, muchos vecinos huyeron a toda prisa de las calles, escabulléndose hacia sus casas y cerrando las contraventanas a cal y canto. Pero otros los siguieron desde lejos, observando fijamente a Ayama, con su sombrero de ala ancha y su mandil, y a la bestia maniatada con espinas.

Ayama y la bestia ascendieron por la colina hasta el palacio y cruzaron las grandes puertas, seguidos por la multitud. Cuando los guardias vieron a Ayama se pusieron firmes, pues caminaba con la cabeza bien alta. Seguía siendo la misma joven rechoncha y desmañada, pero también era la chica que había sobrevivido a tres encuentros con un monstruo y que ahora conducía a ese mismo monstruo por las calles mientras este resollaba y fulminaba con la

mirada a cualquiera que osara acercársele; sus cuernos resplandecían con una misteriosa luz.

El rey no les esperó en el salón del trono; salió a la escalinata de palacio con sus mejores galas y, acompañado por la reina y el hermoso y joven príncipe, miró a Ayama y al monstruo desde el escalón más alto.

—¿Por qué has traído a esta bestia hasta mis puertas? —exigió saber el rey—. Te había dicho que volvieras con su corazón.

—Y eso he hecho —dijo Ayama con su voz potente y clara, que retumbaba como un cuerno de guerra sobre la muchedumbre expectante—. Su corazón me pertenece, y el mío le pertenece a él.

—¿Pretendes amar a un monstruo? —preguntó el rey, mientras se oían murmullos y risas alrededor de Ayama—. Incluso una infeliz como tú podría aspirar a algo mejor.

Pero Ayama estaba acostumbrada a los insultos, y no prestó la menor atención a las palabras del rey.

—Prefiero amar a un monstruo sincero antes que jurar lealtad a un rey felón. —Alzó el cuchillo de espinas y señaló con él al rey—. Cuando vuestras guerras fracasaban y en el valle reinaba la inquietud, fuisteis vos quien masacró a nuestro ganado y arrasó nuestros campos, solo para que temiéramos a un falso villano en lugar de fijarnos en el necio que estaba sentado en el trono.

—¡Eso es traición! —rugió el rey.

—Digo la verdad.

—¿Acaso esta bestia espantosa no es capaz de hablar por sí misma?

La bestia miró a su padre y dijo:

—Un hombre como tú no merece palabras. Confío en Ayama para que cuente mi historia.

—Esa criatura asesinó a mis soldados y cazadores —bramó el rey—. ¡Erigió una torre con sus huesos!

—Así es —dijo Ayama—. Porque vos los enviasteis a matarlo, cuando en realidad vos mismo liberasteis a vuestro hijo del laberinto. Lo soltasteis para poder haceros pasar por un héroe, y para que olvidáramos a nuestros hijos y hermanos muertos en vuestras guerras, y los impuestos con los que revestisteis de oro el tejado de vuestro palacio.

—¿Vais a consentir que esta muchacha diga semejantes mentiras? —exclamó el rey, y aunque sus guardias no querían obedecer las órdenes del rey, desenvainaron sus dagas y cayeron sobre Ayama.

Pero por muchos golpes que le asestaron los soldados, Ayama resultó ilesa.

Entonces se quitó el sombrero de la cabeza, y todo el pueblo pudo ver que ya no era una muchacha. Su lengua estaba bifurcada, sus ojos brillaban como dos ópalos y sus cabellos se enroscaban como serpientes de fuego que lamían el aire a su alrededor, con reflejos naranjas y dorados. Era un monstruo, y ningún filo podía atravesar su piel. Con el cuchillo de espinas, cortó las ramas que sujetaban las muñecas de la bestia.

Los vecinos gritaron y patalearon, y algunos huyeron aterrorizados. Pero Ayama permaneció allí, sin moverse ni un ápice, y su voz de trompeta retumbó, tan potente como un trueno.

—Di la verdad —le ordenó al rey.

El rey carecía de honor, y de haber abierto la boca, las mentiras habrían brotado de ella como una plaga de langostas, pero la reina habló en su lugar.

—Sí —exclamó—. Fue él quien hizo todo eso; fue él quien encerró a mi hijo bajo tierra, sin nadie que le consolara; fue él quien lo liberó para parecer un héroe a ojos de su pueblo y convertir a su hijo en un monstruo una vez más.

La gente contempló el rostro surcado de lágrimas de la reina, y todos supieron que sus palabras eran ciertas. Alzaron la voz de nuevo, esta vez para exigir la cabeza del rey, e incluso el apuesto príncipe humano miró a su padre con repugnancia.

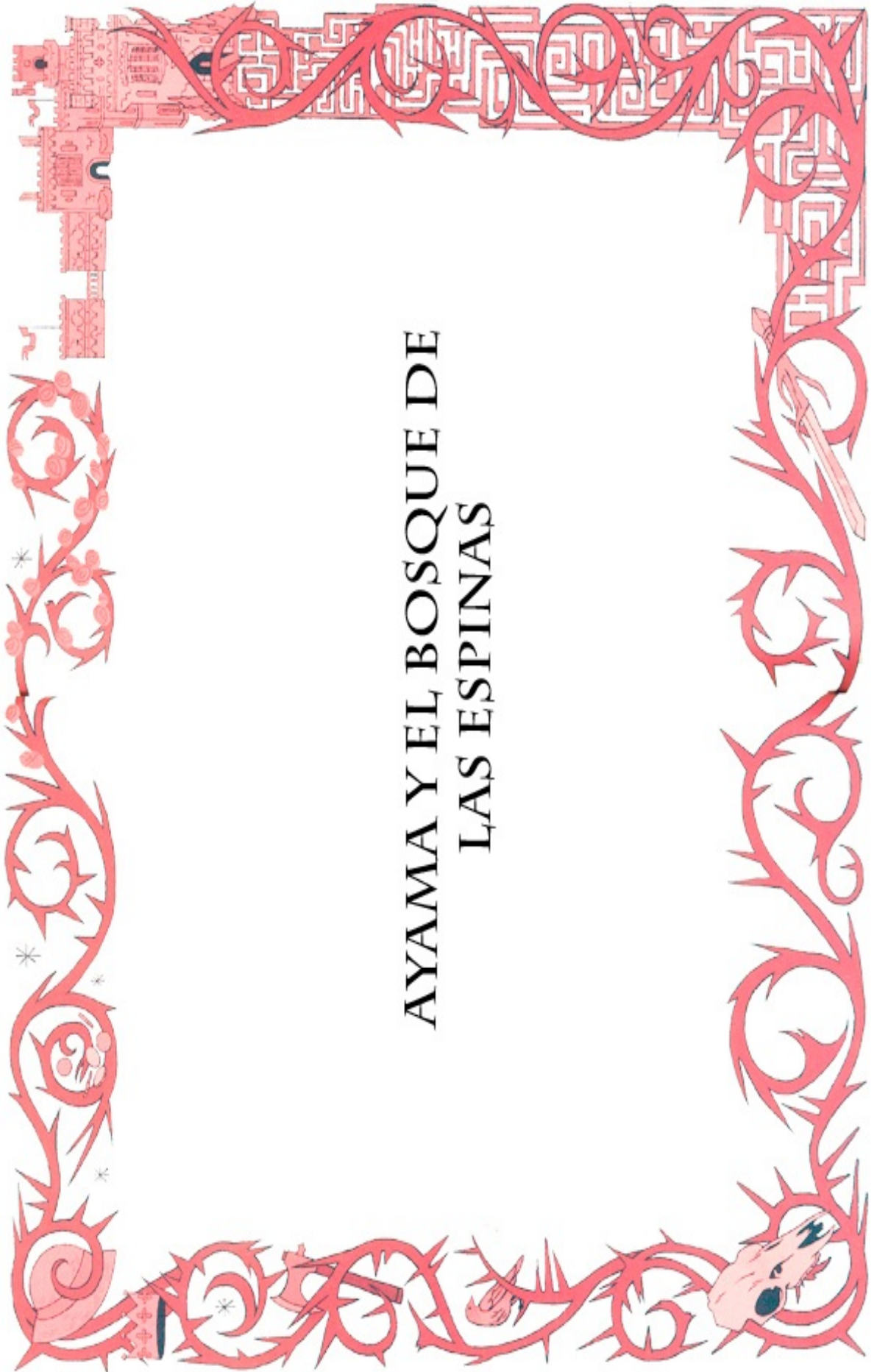
Pero Ayama conocía la clemencia, y se la enseñó también al pueblo. No permitió que el rey sufriera ningún daño. En vez de eso, lo hizo encerrar en el laberinto. Hasta el día de hoy, cualquiera que pase por ese valle en particular, por ese pueblo en particular, en una noche particularmente tranquila, todavía puede oírlo gritando de rabia, con unos aullidos que rebotan entre las piedras, mientras avanza a trompicones por la cárcel que él mismo ordenó construir, jurando venganza contra la chica que lo confinó y buscando el recodo que lo libere al fin.

Con el rey ausente, le correspondía a la bestia perdonar a su madre por no protegerlo ni al nacer ni en los largos años posteriores. Con el tiempo, como Ayama le había enseñado sentimientos distintos al de la ira, llegó a perdonarla, y la reina pasó sus días cuidando de los membrillos de su jardín.

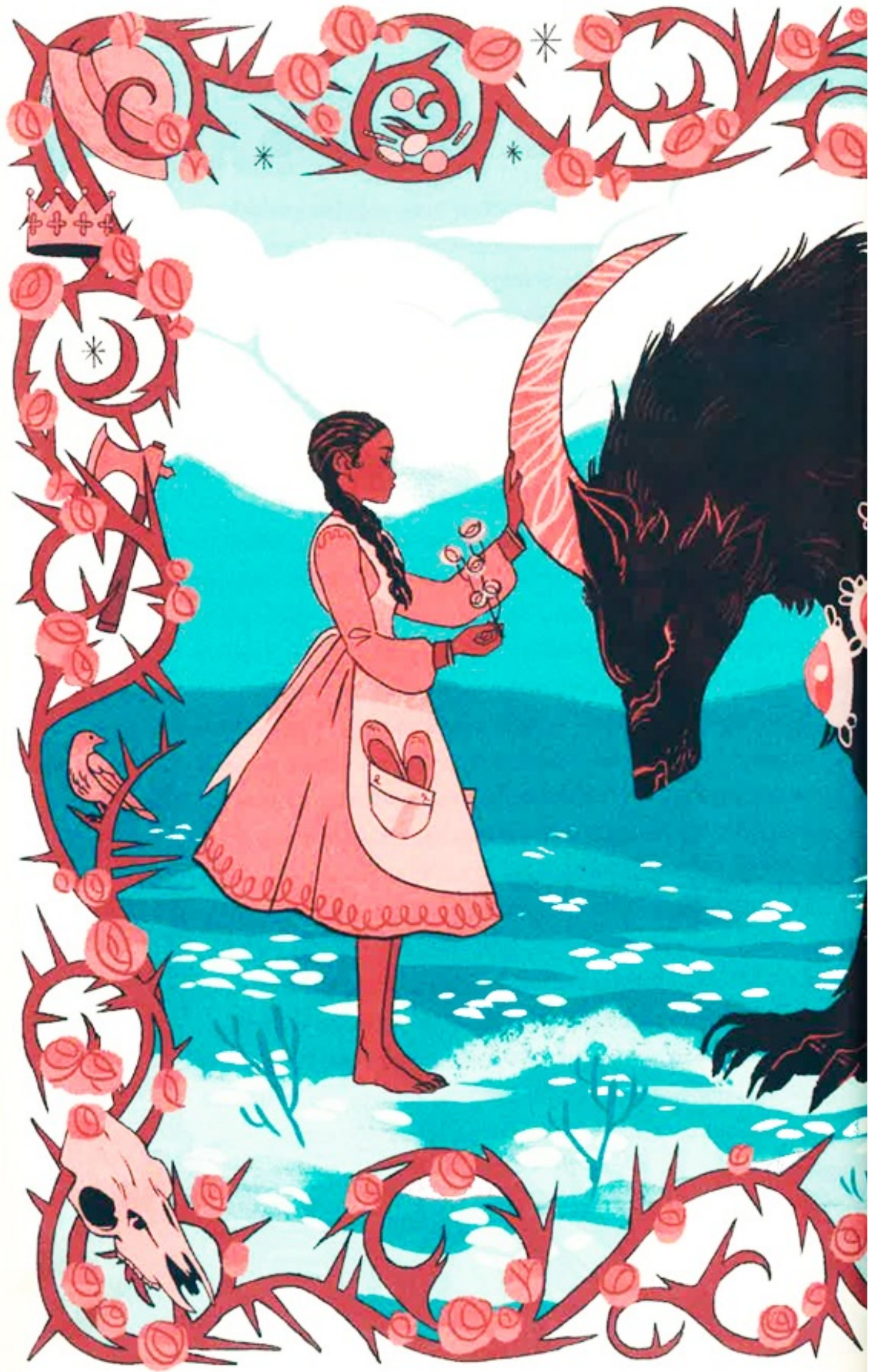
Tras un cortejo que duró varios cuentos, Ayama y la bestia se desposaron bajo una luna de sangre, y el lugar de honor lo ocupó Ma Zil, que había enviado a Ayama una y otra vez al bosque de las espinas. Ella tampoco había sido muy agraciada en su juventud, y sabía bien que lo único necesario para

vivir una aventura es el coraje. En cuanto a Kima, se casó con el apuesto príncipe humano, y como ninguno de los dos sentía especial inclinación por la política, dejaron el trono y todos sus quebraderos de cabeza en manos de Ayama y de la bestia. Y así fue como el valle del oeste terminó siendo gobernado por un rey monstruoso y su monstruosa reina, amados por sus súbditos y temidos por sus enemigos.

Hoy día, en ese valle a la gente no le importan tanto las caras bonitas. Las embarazadas se acarician el vientre abultado y rezan plegarias por el futuro. Rezan por tener lluvia durante el largo verano. Rezan para que sus hijos sean valientes, listos y fuertes, para que cuenten las historias veraces, no las fáciles. Y rezan por tener hijos de ojos rojos e hijas con cuernos.



AYAMA Y EL BOSQUE DE  
LAS ESPINAS





EL ZORRO  
DEMASIADO ASTUTO

LA PRIMERA TRAMPA DE LA QUE ESCAPÓ EL ZORRO Fue de las fauces de su madre.

Cuando se recuperó del esfuerzo de parir a su camada, la raposa contempló a sus pequeños zorrillos y suspiró. Iba a ser muy difícil alimentar a tantas crías y, a decir verdad, después del duro parto le había entrado hambre. De modo que agarró a dos de los más pequeños y los devoró rápidamente. Pero entonces, bajo esos cachorros, descubrió a otro, canijo y tembloroso, de pelaje raro y ojos amarillos.

—Debería haberte comido a ti el primero dijo la madre. Estás condenado a vivir una vida miserable.

Para su sorpresa, el zorrillo le respondió:



—No me comas, madre. Más vale pasar hambre ahora que arrepentirse más tarde.

—Y más vale devorarte ahora que tener que contemplar tu aspecto. ¿Qué dirán todos cuando vean semejante faz?

Una criatura inferior habría perdido la esperanza al oír tamaña crueldad, pero el zorrillo percibió la vanidad de su madre al observar su pelaje aseado y sus zarpas nías.

—Yo te lo diré —replicó el zorrillo—. Cuando paseemos por el bosque, los animales dirán: «¡Mirad qué cachorro tan feo! ¡Y que madre tan bella tiene!». E incluso cuando te vuelvas vieja y gris, nadie hablará nunca de tu vejez, sino de cómo una madre tan hermosa pudo engendrar a un hijo tan escuálido y feo.

La madre reflexionó un momento y, finalmente decidió que no tenía tanta hambre como creía.

Como la raposa creía que su cachorro moriría antes de cumplir un año, no se molestó en ponerle nombre. Pero cuando su hijito sobrevivió a su primer invierno, y luego al siguiente, los animales tuvieron que referirse a él de alguna forma. A modo de broma, decidieron llamarlo Kojá, «lindo», y no tardó mucho en labrarse una reputación.

En una ocasión, cuando apenas había alcanzado la madurez, un grupo de sabuesos lo acorralaron junto a un montón de maleza, cerca de su cubil.

Agazapada sobre la tierra húmeda, escuchando sus terribles gruñidos, una criatura inferior se habría dejado llevar por el pánico y habría empezado a correr en círculos hasta que el amo de los perros acudiera a cobrarse su pellejo.

Pero en vez de eso, Koja exclamó:

—¡Soy un zorro mágico!

El mayor de los sabuesos se rio con un ladrido:

—Puede que durmamos junto al fuego de nuestro amo y que nos alimentemos de sus sobras, pero nos juzgas demasiado ingenuos. ¿Crees que te vamos a dejar vivir por semejante estupidez?

—No —dijo Koja con su voz más sumisa y compungida—. Me habéis vencido, eso está claro. Pero una maldición me obliga a conceder un deseo antes de morir. No tenéis más que formularlo.

—¡Riquezas! —ladró uno.

—¡Salud! —aulló otro.

—¡Comer carne de la mesa! —dijo el tercero.

—Solo puedo conceder uno —dijo el zorro—. Decidíos pronto, o cuando llegue vuestro amo me veré obligado a concederle el deseo a él.

Los sabuesos empezaron a discutir, gruñendo y encarándose los unos con los otros, y mientras desnudaban los colmillos, saltaban y luchaban, Koja se escabulló.

Esa noche, a salvo en el bosque, Koja y los demás animales bebieron y brindaron por la astucia del zorro. A lo lejos oían los aullidos de los sabuesos frente a la puerta de su amo, helados, humillados y con las barrigas vacías.

Aunque Koja era astuto, no siempre tenía suerte. Un día, mientras se alejaba corriendo de la granja de Tupolev con el cuerpo de una rolliza gallina entre los dientes, pisó una trampa.

Cuando los dientes de metal se cerraron de golpe, una criatura inferior se habría dejado vencer por el miedo. Se habría puesto a gemir y a aullar, atrayendo al ufano granjero, o habría intentado arrancarse su propia pata a mordiscos.

Pero en vez de eso, Koja se quedó quieto, jadeando, hasta que oyó a Ivan Gostov, el oso negro, paseando ruidosamente por el bosque. Gostov era un animal sanguinario, escandaloso y grosero, cuya presencia nunca era bien recibida en los banquetes. Tenía el pelaje enmarañado y sucio, y no era raro que se comiera a sus anfitriones, en lugar de la comida que estos le servían. Pero con un asesino aún se podía razonar; con una trampa metálica no había razonamiento posible.

Koja lo llamó:

—Hermano, ¿te importaría liberarme?

Cuando Ivan Gostov vio que Koja estaba sangrando, echó a reír estrepitosamente.

—¡Lo haré gustoso! —rugió—. Te liberaré de esa trampa y esta noche cenaré de balde... ¡estofado de zorro!



El oso partió la cadena y se echó a Koja a la espalda. Colgada de los dientes de acero de la trampa por la pata herida, una criatura inferior habría cerrado los ojos y habría rezado por tener una muerte rápida. Pero si Koja podía hablar, todavía había esperanza.

Habló entre susurros a las pulgas que campaban a sus anchas por el inmundo pelaje del oso:

—Si mordéis a Ivan Gostov, os dejaré vivir en mi pellejo durante un año entero. Podréis alimentaros de mí cuanto os plazca, y prometo no bañarme ni rascarme ni empaparme en queroseno. Lo pasaréis bien, os lo garantizo.

Las pulgas cuchichearon entre sí. Ivan Gostov era un oso de sabor muy desagradable, y siempre estaba metiéndose en ríos y rodando por el suelo para intentar librarse de ellas.

—Te ayudaremos dijeron finalmente, a coro.

A la señal de Koja, las pulgas atacaron al pobre Ivan Gostov, mordiéndole en un punto concreto entre los omoplatos donde sus grandes zarpas no alcanzaban.

El oso se rascó, se sacudió y bramó, atormentado. Arrojó al suelo la cadena de la trampa de Koja y empezó a retorcerse y a rozarse por el suelo.

—¡Ahora, hermanitas! —exclamó Koja. Las pulgas subieron de un salto al pelaje del zorro y, a pesar del dolor de la pata, Koja volvió corriendo a su madriguera, arrastrando tras de sí la cadena ensangrentada.

Fue un año muy desagradable para el zorro, pero mantuvo su promesa. A pesar de que el picor lo enloquecía, no se rascó, y hasta se vendó las zarpas para evitar la tentación. Debido a su terrible olor, nadie quería estar en su compañía, pero aun así no se bañó. Cuando Koja sentía el impulso de meterse corriendo en el río, observaba la cadena que guardaba, enrollada, en un rincón de su madriguera. Con la ayuda de Tejón Rojo se había conseguido liberar de la trampa, pero había conservado la cadena como recuerdo de que les debía su libertad a las pulgas y a su propia astucia.

Solamente Lula, el ruiseñor hembra, venía a verlo. Posada en las ramas del abedul, se reía de él con sus trinos.

—No eres tan astuto, ¿eh, Koja? Nadie quiere verte y estás cubierto de costras. Eres incluso más feo que antes.

A Koja no le molestó.

—Puedo soportar la fealdad —dijo—. La única cosa que no me dejaría vivir sería la muerte.

Cumplido el año, Koja cruzó cautelosamente el bosque, rumbo a la granja de Tupolev, procurando evitar los dientes de cualquier trampa que pudiera acechar bajo la maleza. Se coló a hurtadillas por el corral de las gallinas, y cuando uno de los sirvientes abrió la puerta de la cocina para echarles las sobras, Koja entró en casa de Tupolev.

Apartó con los dientes la colcha de la cama del granjero y dejó que las pulgas se metieran dentro.

—Que lo paséis bien, amigas —les dijo—. Espero que sepáis perdonarme por no pedirlos que vengáis a visitarme de nuevo.

Las pulgas se despidieron y se perdieron bajo las sábanas, soñando ya con el banquete que se iban a dar a costa del granjero y su mujer.

Mientras salía, Koja se apoderó de una botella de *kvas* de la despensa y de un pollo del corral, y los dejó a la entrada de la cueva de Ivan Gostov. Cuando el oso apareció, olisqueó las ofrendas de Koja.

—Muéstrate, zorro —rugió—. ¿Pretendes burlarte de nuevo de mí?

—Tú me liberaste, Ivan Gostov. Si así lo quieres, te serviré como cena. Pero te advierto que soy duro y fibroso. Solamente mi lengua tiene enjundia. Como alimento soy amargo, pero mi compañía es excelente.

El oso se rio tan fuerte que lejos de allí, en el valle, Lula se cayó de su rama. Koja y el oso compartieron el pollo y el *kvas*, intercambiando historias durante toda la noche. Desde entonces se hicieron amigos, y era bien sabido que quien contrariara al zorro incurriría en la ira de Ivan Gostov.

Pero llegó el invierno y el oso negro desapareció.

Los animales se habían dado cuenta de que su número menguaba desde hacía tiempo. Los ciervos eran más escasos, y también los animales pequeños: conejos y ardillas, urogallos y topillos. Eso no tenía mayor importancia. Los tiempos duros iban y venían. Pero Ivan Gostov no era ni un ciervo tímido ni un topillo escurridizo. Cuando Koja se dio cuenta de que llevaba semanas sin ver al oso ni oír sus rugidos, empezó a preocuparse.

—Lula —dijo—, ve volando al pueblo y averigua lo que puedas.

El ruiseñor hembra levantó su pequeño pico.

—Pídemelo con educación, Koja, o me marcharé volando presta a algún sitio más cálido y te dejaré solo con tus preocupaciones.

Koja hizo una reverencia y elogió el lustre de las plumas de Lula, la pureza de su canto, la pulcritud de su nido y muchas otras cosas hasta que, finalmente, el ruiseñor lo interrumpió con un agudo gorjeo.

—La próxima vez, bastará con que lo pidas por favor. Con tal de que dejes de hablar, iré.

Lula batió las alas y desapareció en el cielo azul, pero regresó una hora más tarde; sus ojillos de azabache brillaban de miedo. No paraba de brincar y aletear, y tardó largos minutos en posarse en una rama.

—La muerte ha llegado —anunció—. Lev Jurek ha venido a Polvost.

Los animales se quedaron mudos. Lev Jurek no era un cazador corriente. Se decía que no dejaba huellas y que su rifle no emitía el menor sonido. Viajaba de aldea en aldea por toda Ravka, y allá por donde iba, desangraba los bosques hasta dejarlos secos.

—Acaba de llegar desde Balakirev. —La hermosa voz del ruiseñor temblaba—. Ha dejado los almacenes del pueblo rebosantes de carne de ciervo y pieles. Los gorriones me han dicho que ha dejado el bosque totalmente vacío.

—¿Lo has visto con tus propios ojos? —preguntó Tejón Rojo.

Lula asintió.

—Es el hombre más alto que he visto nunca, ancho de hombros y apuesto como un príncipe.

—¿Y qué hay de la chica?

Se decía que Jurek viajaba con su hermanastra Sofiya. Jurek la obligaba a añadir las pieles que no lograba vender a un horrendo abrigo que arrastraba por el suelo, tras ella.

—La he visto —dijo Lula—. Y también el abrigo. Koja... el cuello está hecho con siete colas de zorro blancas.

Koja frunció el ceño. Su hermana vivía cerca de Balakirev. Había tenido siete zorritos, todos con la cola blanca.

—Lo investigaré —decidió, y los animales respiraron un poco más tranquilos, pues Koja era el más astuto de todos ellos.

Koja esperó a la puesta de sol y se introdujo a hurtadillas en Polvost, con Lula posada en el hombro. Se mantuvieron ocultos en las sombras, deslizándose por los callejones, rumbo al centro del pueblo.

Jurek y su hermana habían alquilado una gran casa cerca de las tabernas que bordeaban la *prospekt* Barshai. Koja se elevó sobre sus patas traseras y

apretó el hocico contra el cristal de la ventana.

El cazador estaba sentado con sus amigos en una mesa abarrotada de ricos manjares: repollo al vino y ternera rellena con huevos de codorniz, salchichas grasientas y salvia en escabeche. Todas las lámparas de aceite ardían intensamente. Sin duda, el cazador había prosperado económicamente.

Jurek era un hombre corpulento, más joven de lo que Koja esperaba, pero tan apuesto como había dicho Lula. Vestía una rica camisa de lino y un chaleco con forro de pelo, y llevaba un reloj de oro guardado en el bolsillo. Sus ojos azul oscuro se desviaban a menudo hacia su hermana, que estaba sentada junto al fuego, leyendo. Koja no distinguía su rostro, pero Sofiya tenía una figura bonita, y sus delicados pies calzados con escaarpines descansaban sobre la piel de un gran oso negro.

La sangre de Koja se heló al ver el pelaje de su desdichado amigo extendido como si tal cosa sobre las piedras pulimentadas del suelo. El pelo de Ivan Gostov tenía un brillo y un lustre que jamás había tenido en vida, y por algún motivo eso a Koja le entristeció mucho. Una criatura inferior habría dejado que la pena se apoderara de ella. Habría huido hacia las colinas y otros lugares elevados, pensando que sería más inteligente huir de la muerte que intentar engañarla. Pero Koja sentía que había una pregunta en el aire, una pregunta a la que su astuta mente no podía resistirse: pese a sus excesos, Ivan Gostov era lo más parecido a un rey que habían tenido en el bosque, un rival mortífero para cualquier hombre o bestia. ¿Cómo había logrado derrotarlo Jurek sin que nadie se enterara de nada?

Durante las tres noches siguientes, Koja vigiló al cazador, pero no averiguó nada.

Todas las noches, Jurek cenaba copiosamente, se iba a alguna taberna del pueblo y no regresaba hasta la madrugada.

Le gustaba beber y alardear, y solía mancharse la ropa de vino. Dormía hasta bien entrada la mañana, se levantaba y se marchaba a la curtiduría o al bosque. Jurek colocaba trampas, nadaba en el río y lubricaba su rifle, pero Koja nunca lo veía atrapar ni cazar nada.

Sin embargo, el cuarto día, Jurek salió de la curtiduría con algo inmenso entre sus musculosos brazos. Se acercó a uno de los armazones de madera y extendió en ellos el pellejo del gran lobo gris. Ningún animal conocía el nombre del lobo gris, y tampoco nadie se había atrevido a preguntárselo. Llevaba una vida totalmente solitaria en un risco escarpado; se decía que lo habían expulsado de su manada por cometer un terrible crimen. Solamente

descendía al valle para cazar, y cuando lo hacía se movía tan silenciosamente como el humo entre los árboles. Y aun así, Jurek se había hecho con su piel.

Esa noche, el cazador trajo músicos a su casa. Los vecinos acudieron para contemplar con fascinación la piel del lobo. Jurek le dijo a su hermana que se levantara de su asiento junto al fuego y le puso sobre los hombros el horrendo abrigo de retales de piel. Los aldeanos señalaban una piel tras otra, y Jurek les deleitaba con la historia de cómo había abatido a Illarion, el oso blanco del norte, y también a los dos linceos dorados con los que habían hecho las mangas. Describió incluso cómo había atrapado a los siete zorrillos cuyas colas formaban el espléndido cuello del abrigo. Con cada una de las palabras de Jurek, su hermana bajaba la cabeza más y más, hasta que se quedó mirando fijamente al suelo.

Koja observó al cazador mientras este salía al exterior y cortaba la cabeza del pellejo del lobo. Mientras los aldeanos bailaban y bebían, la hermana de Jurek se sentó y se puso a coser, añadiendo una capucha a su horrible abrigo. Cuando uno de los músicos tañó su tambor, a Sofiya se le resbaló la aguja y, con una mueca, se llevó el dedo a los labios.

«¿Qué importa un poco más de sangre?», se dijo Koja. En el fondo, el abrigo estaba totalmente teñido de rojo.

—Sofiya es la respuesta —les dijo Koja a los animales al día siguiente—. Jurek debe de estar empleando algún tipo de magia o de truco, y su hermana sin duda lo sabrá.

—Pero ¿por qué iba a contarnos sus secretos? —preguntó Tejón Rojo.

—Porque ella le teme. Apenas hablan, y siempre procura mantener las distancias con él.

—Y todas las noches cierra a cal y canto su dormitorio —gorjeó el ruiseñor—. Le impide la entrada a su propio hermano. Ahí pasa algo.

Sofiya solamente tenía permiso para abandonar la casa cada tanto, para visitar el hogar de las viejas viudas, al otro lado del valle. Llevaba una cesta, o a veces arrastraba un trineo cargado hasta arriba de pieles y comida, todo ello envuelto en mantas de lana. Siempre viajaba con aquel horrible abrigo. Cuando Koja la veía avanzar con dificultad, le recordaba a un peregrino durante su penitencia.

Durante el primer kilómetro, Sofiya caminó sin detenerse, dentro de los límites del sendero. Pero al llegar a un pequeño claro, lejos del pueblo e inmersa en la quietud de la nieve, se detuvo. Se sentó sobre un tronco de árbol caído, se tapó el rostro con las manos y se puso a llorar.

De repente, al zorro le dio vergüenza estar espiándola, pero también sabía que era su oportunidad. Avanzó en silencio hasta el otro extremo del tronco y la saludó:

—¿Por qué lloras, niña?

Sofiya se quedó sin aliento. Tenía los ojos enrojecidos y la blanca piel del rostro irritada, pero a pesar de ello y de su macabra capucha de lobo, seguía siendo preciosa. Miró a su alrededor, mordiéndose el labio de preocupación; tenía los dientes rectos y uniformes.

—Deberías marcharte de este lugar, zorro —le dijo—. Aquí no estás a salvo.

—Llevo sin estar a salvo desde que salí gimoteando del seno de mi madre. Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Mi hermano...

—¿Para qué me iba a querer? Estoy demasiado flaco para que me coma y soy demasiado feo para que me vista.

Sofiya sonrió levemente.

—Tienes el pelaje un poco ralo, pero tampoco estás tan mal.

—¿No? —dijo el zorro—. ¿Crees que debería ir a Os Alta para que me pinten un retrato?

—¿Cómo es que un zorro conoce la capital?

—Estuve allí de visita una vez —dijo Koja, porque intuía que a Sofiya le gustaría oír una historia—. Fui el huésped personal de la reina. Me ató una cinta azul al cuello y dormí sobre un cojín de terciopelo durante toda mi estancia.

La muchacha se rio, olvidando sus lágrimas.

—¿Ah, sí?

—Causé sensación. Toda la corte se teñía el pelo de rojo y se rasgaba la ropa, intentando emular mi pelaje ralo.

—Ya veo —dijo la niña—. ¿Y por qué abandonaste las comodidades del Gran Palacio y viniste a estos fríos bosques?

—Porque me labré enemigos.

—¿El caniche de la reina tenía celos de ti?

—Al rey le ofendía el tamaño exagerado de mis orejas.

—Es que tienen su peligro —dijo ella—. Con unas orejas tan grandes, quién sabe qué rumores se pueden oír. En esa ocasión fue Koja el que se rio, contento al ver que la chica mostraba algo de ingenio cuando no estaba encerrada con un bruto.

La sonrisa de Sofiya flaqueó. Se puso de pie precipitadamente, recogió su cesta y echó a andar de nuevo por el camino a toda prisa. Pero antes de perderse de vista, se detuvo y dijo:

—Gracias por hacerme reír, zorro. Espero no volver a encontrarte aquí.

Más tarde, por la noche, Lula aleteaba de frustración.

—¡No has averiguado nada! Lo único que has hecho ha sido coquetear.

—Por algo se empieza, pajarita —dijo Koja—. Es mejor avanzar despacio. —Se lanzó hacia ella, chasqueando las mandíbulas.

El ruiseñor soltó un chillido y ascendió volando hacia las ramas más altas, mientras Tejón Rojo se echaba a reír.

—¿Lo ves? —dijo el zorro—. Hay que tener cuidado con las criaturas tímidas.

La siguiente vez que Sofiya emprendió el viaje hacia el hogar de las viudas, el zorro volvió a seguirla. En esa ocasión también se sentó en el claro y se echó a llorar.

Koja subió de un brinco al árbol caído.

—Dime, Sofiya, ¿por qué lloras?

—¿Sigues aquí, zorro? ¿Es que no sabes que mi hermano anda cerca? Terminará por atraparte.

—¿Para qué querría tu hermano a un saco de huesos y pulgas de ojos amarillos?

Sofiya sonrió ligeramente.

—El amarillo es un color desagradable —reconoció—. Con unos ojos tan grandes, creo que ves demasiado.

—¿Es que no vas a contarme por qué estás aquí?

Ella no le respondió, sino que rebuscó en su cesta y sacó una cuña de queso.

—¿Tienes hambre?

El zorro se relamió el hocico. Llevaba toda la mañana esperando a que la muchacha abandonara la casa de su hermano, y por eso no había desayunado. Pero sabía que no era conveniente aceptar comida de manos de un humano, aunque esas manos fueran finas y suaves. Al ver que no reaccionaba, la niña se encogió de hombros y le dio un mordisco al queso.

—¿Y qué pasa con las viudas hambrientas? —preguntó Koja.

—Que pasen hambre —dijo ella con cierto enojo, engullendo otro bocado.

—¿Por qué vives con él? —preguntó Koja—. Estás bastante bien, podrías pescar un buen marido.

—¿Bastante bien? —dijo la chica—. ¿Estaría mejor si tuviera los ojos amarillos y unas orejas enormes?

—Entonces sí que te pasarías el día ahuyentando a los pretendientes.

Koja esperaba que se riera de nuevo, pero Sofiya se limitó a suspirar, un sonido melancólico que fue recogido por el viento, elevándolo hacia el cielo gris plomizo.

—Siempre viajamos de aldea en aldea —dijo—. En Balakirev estuve a punto de echarme novio. A mi hermano no le hizo ninguna gracia. Aún tengo la esperanza de que encuentre esposa o que me permita casarme a mí, pero no creo que lo haga.

Sus ojos volvieron a inundarse de lágrimas.

—Vamos, vamos —dijo el zorro—. No llores más. Yo me he pasado la vida escapando de trampas. Seguro que puedo ayudarte a escapar de tu hermano.

—Que hayas escapado de una trampa no significa que vayas a escapar de la siguiente.

Entonces, Koja le contó cómo había burlado a su madre, a los sabuesos e incluso a Ivan Gostov.

—Eres un zorro astuto —reconoció ella, cuando Koja terminó la historia.

—No —dijo Koja—. Soy el zorro más astuto de todos. Y eso marcará la diferencia. Ahora, háblame de tu hermano.

Sofiya miró de reojo hacia el sol. Era más de mediodía.

—Mañana —respondió—. Cuando vuelva.

Dejó la cuña de queso sobre el árbol caído y, cuando se hubo marchado, Koja lo husmeó con precaución. Miró a izquierda y derecha antes de engullirlo de un solo bocado, sin pensar ni por un instante en las pobres viudas hambrientas.

Koja sabía que ahora debía ser especialmente cuidadoso si quería soltarle la lengua a Sofiya. El zorro sabía qué se sentía al estar dentro de una trampa. Sofiya llevaba mucho tiempo viviendo así, y una criatura inferior habría preferido vivir con miedo a intentar alcanzar la libertad. Al día siguiente, Koja esperó en el claro a que ella volviera del hogar de las viudas, pero se mantuvo oculto. Finalmente, Sofiya apareció en lo alto de la colina y descendió con dificultad, arrastrando el trineo a sus espaldas. Las mantas de lana iban atadas con bramante y los pesados patines del trineo se hundían profundamente en la nieve. Cuando llegó al claro, titubeó.

—¿Zorro? —le llamó en voz baja—. ¿Koja?

Solo entonces, cuando Sofiya lo llamó, se dejó ver.

Sofiya sonrió tímidamente. Se reclinó en el tronco y le habló al zorro acerca de su hermano.

Jurek se levantaba tarde, pero siempre rezaba sus oraciones. Se bañaba en agua helada y desayunaba seis huevos todas las mañanas. Algunos días iba a la taberna y otros limpiaba pieles. Y en ocasiones, sencillamente desaparecía.

—Piensa bien —dijo Koja—. ¿Tu hermano tiene algún objeto valioso? ¿Algo que lleve siempre consigo? ¿Un amuleto o incluso una prenda con la que viaje siempre?

Sofiya reflexionó.

—Tiene un saquito que lleva atado a la correa de su reloj. Se lo regaló una anciana hace años, después de que él la salvara cuando se estaba ahogando. No éramos más que unos chiquillos, pero ya entonces Jurek era más corpulento que los demás niños. Cuando la anciana cayó al Sokol, él se zambulló en el agua y la sacó a rastras hasta la orilla.

—¿Y ese saquito es muy preciado para él?

—Siempre lo lleva encima, y hasta cuando duerme lo guarda en la palma de la mano.

—Esa mujer debía de ser bruja —dijo Koja—. Ese amuleto es lo que le permite entrar en el bosque con tanto sigilo, sin dejar huellas ni hacer ruido. Se lo tienes que robar.

Sofiya palideció.

—No —dijo—. No, no puedo. Aunque ronca mucho, mi hermano tiene el sueño ligero, y si me sorprendiera en su dormitorio... —Se estremeció.

—Nos volveremos a ver aquí en tres días —dijo Koja—. Para entonces tendré la respuesta.

Sofiya se levantó y se sacudió la nieve de su horrible abrigo. Miró al zorro con el semblante serio.

—No me pidas demasiado —dijo en voz baja.

Koja avanzó un paso hacia ella.

—Voy a liberarte de esta trampa —le dijo—. Sin su amuleto, tu hermano tendrá que ganarse la vida como cualquier otro hombre. Tendrá que permanecer en un mismo sitio, y así tú podrás encontrar un pretendiente.

Sofiya agarró los cables del trineo y se los envolvió alrededor de la mano.

—Tal vez. Pero primero tendré que encontrar el valor necesario.

Koja tardó un día y medio en llegar a las marismas donde crecía una planta de acibuta. Desenterró las plantitas con mucho cuidado, pues sus raíces eran mortales. Las hojas bastarían para ocuparse de Jurek.

Cuando regresó a su bosque, había un gran tumulto entre los animales. Tatya, la jabalina, había desaparecido junto con sus tres jabatos. Al día siguiente, al caer la tarde, sus cuerpos espetados se asaban en una alegre hoguera, en mitad de la plaza del pueblo. Tejón Rojo y su familia estaban haciendo el equipaje para marcharse de allí, y no eran los únicos.

—¡No deja ninguna huella! —exclamó el tejón-. ¡Su rifle no hace el menor ruido! No es natural, zorro. Tu astuta mente no es rival para algo así.

—Quedaos —dijo Koja—. Es un hombre, no un monstruo. Cuando le haya robado su magia, lo veremos venir desde lejos. El bosque volverá a ser seguro.

A Tejón Rojo no le hacía gracia la idea. Prometió esperar un poco más, pero no permitía que sus hijos salieran de la madriguera.

—Hiérvelas —le dijo Koja a Sofiya cuando se encontraron en el claro, mientras le daba las hojas de acibuta—. Luego añade esa agua a su vino y dormirá como un tronco. Podrás quitarle el amuleto sin peligro, pero debes cambiarlo por otra cosa.

—¿Estás seguro de esto?

—No tienes más que hacerme caso, y serás libre.

—¿Y qué será de mí?

—Te traeré pollos de la granja de Tupolev y leña para que no pases frío. Quemaremos juntos ese horrible abrigo.

—Me parece casi imposible.

Koja se acercó a ella, le acarició la mano temblorosa con su hocico y corrió de nuevo hacia el bosque.

—La libertad es una carga, pero aprenderás a soportarla. Reúnete conmigo mañana y todo saldrá bien.

Pese a sus valientes palabras, Koja se pasó toda la noche caminando de un lado a otro por su cubil. Jurek era un hombre corpulento. ¿Y si la acibuta no era suficiente? ¿Y si se despertaba justo cuando Sofiya intentara arrebatarle su preciado talismán? ¿Y qué pasaría si tenían éxito? Cuando Jurek perdiera la protección de la bruja, el bosque volvería a ser seguro y Sofiya sería libre. ¿Se marcharía entonces? ¿Volvería a Balakirev en busca de su amado? ¿O podría convencer Koja a su amiga de que se quedara?

Al día siguiente, Koja se presentó en el claro más temprano de lo acordado. Caminó lentamente sobre el frío suelo. El viento cortaba como un cuchillo y las ramas de los árboles estaban desnudas. Si el cazador seguía acosando a los animales, no sobrevivirían al invierno. Los bosques de Polvost quedarían vacíos.

En ese momento, la silueta de Sofiya apareció a lo lejos. Koja tuvo la tentación de echar a correr hacia ella, pero se obligó a esperar. Al ver sus mejillas rosadas y su amplia sonrisa bajo la capucha de su horrible abrigo, el corazón de Koja dio un brinco.

—¿Y bien? —preguntó el zorro mientras ella entraba en el claro, tan silenciosa como siempre. Al caminar, el bajo del abrigo barría la nieve; casi parecía que Sofiya no dejara huellas.

—Ven —dijo ella, con ojos resplandecientes—. Siéntate a mi lado.

Sofiya extendió una manta de lana sobre el tronco del árbol y abrió su cesta. Sacó otra cuña de aquel delicioso queso, una hogaza de pan de centeno, un frasco de setas y una tarta de grosellas y miel. Después le tendió la mano, cerrada en un puño. Koja le dio un golpecito con el hocico y ella abrió los dedos.

En la palma de su mano había un diminuto bulto de tela, atado con bramante azul y una esquirra de hueso. Olía a podredumbre.

Koja suspiró de alivio.

—Temía que pudiera despertarse —dijo finalmente.

Ella negó con la cabeza.

—Seguía dormido cuando me marché esta mañana.

Abrieron el amuleto y lo examinaron: un botoncito de oro, hierbas secas y cenizas. La magia que pudiera contener era invisible a sus ojos.

—Zorro, ¿de verdad crees que esta era la fuente de su poder?

Koja esparció por la nieve los restos del talismán.

—Bueno, desde luego no era la de su ingenio.

Sofiya sonrió y sacó un jarro de vino de la cesta. Se sirvió un poco y llenó un platillo de hojalata para que Koja lo lamiera. Se comieron el queso, el pan y la tarta de grosellas entera.

—Pronto empezará a nevar —dijo Sofiya mientras escudriñaba el cielo gris.

—¿Ahora volverás a Balakirev?

—Allí no hay nada para mí —dijo Sofiya.

—Entonces te quedarás para ver la nieve.

—Sí, lo justo para verla. —Sofiya vertió más vino en el platillo—. Zorro, cuéntame de nuevo cómo burlaste a esos sabuesos.

Koja volvió a contarle la historia de los sabuesos necios y le preguntó a Sofiya qué deseos habría pedido ella en su lugar, mientras notaba cómo se le iban cerrando los ojos. El zorro se quedó dormido con la cabeza recostada en

el regazo de la chica. Era la primera vez que se sentía feliz desde que había contemplado el mundo con sus ojos demasiado astutos.

Despertó al notar que el cuchillo de Sofiya se clavaba en su vientre, que su filo avanzaba serpenteante bajo su piel. Al intentar escabullirse, se dio cuenta de que le había atado las patas.

—¿Por qué? —preguntó sin aliento, mientras Sofiya hundía el cuchillo todavía más.

—Porque soy cazadora —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Koja gimió.

—Quería ayudarte.

—Siempre es así —murmuró Sofiya—. Muy pocos pueden resistirse al llanto de una chica guapa.

Una criatura inferior habría suplicado por su vida, se habría rendido al ver que su sangre manaba sin cesar, tiñendo la nieve, pero Koja se esforzó por pensar. No era fácil. Su astuta mente estaba embotada por la acibuta.

—Tu hermano...

—Mi hermano es un necio que apenas soporta estar en la misma habitación que yo. Pero su codicia puede más que su miedo. Por eso se queda conmigo y bebe para alejar sus temores. Y mientras todos os preocupáis por él y por su rifle, mientras especuláis sobre brujas, yo me abro paso por el bosque.

¿Era posible? ¿Era Jurek el que se mantenía apartado, el que ahogaba su miedo en botellas de vino, el que se mantenía tan alejado de su hermana como podía? ¿Había sido Sofiya la que había traído al lobo gris a casa, y Jurek el que la había llenado de gente para no tener que quedarse a solas con ella? Los aldeanos, al igual que Koja, habían dado por supuesto que la pieza se la había cobrado Jurek. Lo habían elogiado, habían querido oír historias que en realidad no le pertenecían. ¿Acaso Jurek le había ofrecido la cabeza del lobo a su hermana como una especie de consuelo para su orgullo?

El silencioso cuchillo de Sofiya se hundió todavía más. Ella no necesitaba arcos aparatosos ni ruidosos rifles. Koja gimoteó de dolor.

—Con lo astuto que eres —dijo ella, pensativa, mientras empezaba a arrancarle la piel del lomo—, ¿nunca reparaste en el trineo?

Koja arañaba sus pensamientos, intentando comprender. A veces, Sofiya arrastraba un trineo para transportar comida hasta la casa de las viudas. Ahora recordaba que, en el viaje de vuelta, el trineo seguía siendo igual de pesado que antes. ¿Qué clase de horrores había ocultado bajo aquellas mantas de lana?

Koja luchó contra sus ataduras. Intentó que su mente drogada saliera de su estupor.

—La trampa es siempre la misma —dijo ella en voz baja—. Tú querías conversación. El oso quería oír chistes. El lobo gris echaba de menos la música. La jabalina solo quería contarle sus problemas a alguien. La trampa es la soledad, y nadie puede escapar de ella. Ni siquiera yo.

—Soy un zorro mágico... —dijo Koja con un hilo de voz.

—Tu pelaje es triste y ralo. Lo usaré para el forro, lo tendré cerca del corazón.

Koja buscó las palabras que siempre habían estado a su servicio, el ingenio que siempre había sido su guía y su norte. Pero su astuta lengua no le obedecía. Gimoteó mientras su vida se iba derramando sobre la nieve, regando el árbol caído. Entonces desesperado y moribundo, Koya hizo lo que nunca había hecho antes. Pidió auxilio, y el ruiseñor le oyó desde las altas ramas de su árbol.

Lula llegó volando, y al ver lo que había hecho Sofiya se lanzó sobre ella, picotéandole los ojos. Sofiya gritó y blandió su cuchillo contra la pajarita. Pero el pico de Lula era afilado, y no cejó en su empeño. En el bosque, incluso las aves canoras han de ser unas supervivientes.

Sofiya tardó dos días en salir del bosque a tientas, ciega y famélica. Con el tiempo, su hermano encontró una casa más modesta y se estableció como leñador, oficio para el que estaba muy dotado. A su nueva esposa le irritaban los constantes desvaríos de su hermana, que no paraba de hablar sobre zorros y lobos.

Sin apenas remordimientos, Lev Jurek mandó a Sofiya a la casa de las viudas, para que viviera allí. La aceptaron, recordando la caridad que les había mostrado en el pasado. Pero, aunque les había llevado alimentos, nunca les había ofrecido palabras amables ni compañía. No se había preocupado por ganarse su amistad, y su gratitud no tardó mucho en agotarse. Las ancianas se quejaban de los cuidados que requería Sofiya y la dejaban acurrucada junto al fuego, envuelta en su horrible abrigo.

En cuanto a Koja, su pelaje nunca llegó a curarse del todo. Empezó a ser más cuidadoso a la hora de tratar con los humanos, incluso con el necio granjero Tupolev. Los demás animales también trataban a Koja con mayor consideración. Se burlaban menos de él y, cuando visitaban al zorro y a Lula,

nunca hacían comentarios malintencionados sobre el abultado pliegue de piel que ahora tenía en el cuello.



**EL ZORRO  
DEMASIADO ASTUTO**





LA BRUJA  
DE DUVA



HUBO UN TIEMPO EN QUE LOS BOSQUES DE DUVA devoraban muchachas.

Han pasado muchos años desde que desapareció la última, pero aun así, en noches como esta, cuando el viento helado sopla desde Tsibeya, las madres abrazan con fuerza a sus hijas y les advierten que no se alejen demasiado de casa.

—Vuelve antes de que anochezca —les dicen entre susurros—. Los árboles están hambrientos esta noche.

En aquellos días negros, en la linde de estos mismos bosques, vivían una chica llamada Nadya y su hermano Havel. Eran hijos de Maxim Grushov, carpintero y leñador. Maxim era un buen hombre, muy querido en el pueblo. Construía tejados que no se combaban ni tenían goteras, sillas robustas, y también juguetes cuando se los pedían. Sus hábiles manos canteaban y ensamblaban los muebles con tal exactitud que resultaba casi imposible detectar las juntas. Viajaba por toda la campiña en busca de trabajo, hasta lugares tan lejanos como Ryevest. Cuando hacía buen tiempo iba a pie o en carreta, y en invierno ataba a sus dos caballos negros un trineo, se despedía de sus hijos con un beso y emprendía el viaje bajo la nieve. Siempre regresaba a casa con sacos de grano o un rollo de lana nuevo, y con los bolsillos llenos de dulces para Nadya y su hermano.

Pero cuando llegó la hambruna, la gente dejó de pagar dinero o intercambiar objetos a cambio de una mesa finamente tallada o un pato de madera. Aprovechaban los muebles para leña y rezaban por sobrevivir hasta la primavera. Maxim se vio obligado a vender sus caballos y, más tarde, el trineo que tantas veces estos habían arrastrado por los caminos alfombrados de nieve.

Al mismo tiempo que la suerte de Maxim desfallecía, también lo hacía su esposa. Pronto fue más un fantasma que una mujer, caminando sin rumbo y en silencio de habitación en habitación. Nadya procuraba que su madre comiera la poca comida que tenían: le daba trozos de patata y de berza, envolvía el frágil cuerpo de su madre en un chal y la acomodaba en el porche,

con la esperanza de que el aire fresco le devolviera el apetito. Lo único que su madre parecía desear eran los bizcochos que horneaba la viuda Karina Stoyanova, aromatizados con flor de azahar y cubiertos de una gruesa capa de glaseado. Nadie sabía de dónde sacaba Karina el azúcar, aunque las ancianas tenían varias teorías, y todas ellas giraban en torno a algún rico y solitario mercader de las ciudades fluviales. Llegó el deshielo y luego el verano, y con él una nueva cosecha malograda. Con el tiempo, incluso las provisiones de Karina menguaron, y cuando dejó de haber bizcochos, la madre de Nadya ya no probaba bocado, ni siquiera un sorbo de té.

La madre de Nadya murió el primer día de invierno, cuando el viento arrastraba el último resto del otoño y, con él, las esperanzas de un año mínimamente cálido. Pero la muerte de la pobre mujer pasó casi desapercibida, porque dos días antes de su último y fantasmagórico aliento, había desaparecido otra chica.

Se llamaba Lara Deniken, una muchacha tímida, de risa nerviosa, que prefería observar desde lejos cómo se divertía la gente en los bailes populares. Lo único que se encontró de ella fue un zapato de cuero, con el tacón manchado de sangre seca. Era la segunda chica que desaparecía en dos meses, después de que Shura Yeshevsky saliera a tender la colada y ya no volviera, dejando tras de sí nada más que un montoncito de pinzas y unas sábanas empapadas en el barro.

El miedo se abatió sobre el pueblo. En el pasado, desaparecían chicas cada tantos años. Ciertamente, de vez en cuando se oían rumores sobre chicas desaparecidas en otros pueblos, pero esas muchachas apenas les parecían reales. Sin embargo, ahora que la hambruna se agravaba y que el pueblo de Duva sufría, era como si lo que habitara en los bosques también se hubiera vuelto más ávido y desesperado.

Lara. Shura. Todas las anteriores: Betya. Ludmilla. Raiza. Nikolena. Otros nombres ya olvidados. En aquellos días, los susurraban como si fueran un ensalmo. Los padres rezaban plegarias a sus Santos, las chicas caminaban por parejas y la gente vigilaba a sus vecinos con suspicacia. En la linde de los bosques se erigían rústicos altares: pilas de iconos pintados, velas votivas gastadas y montoncitos de flores y cuentas.

Los hombres culpaban a los osos y a los lobos. Organizaron partidas de caza y consideraron quemar partes del bosque. Al pobre idiota de Uri Pankin casi lo lapidaron al descubrir que tenía guardada la muñeca de una de las niñas desaparecidas, y solo se salvó gracias a las lágrimas de su madre y a que

esta insistió en que había encontrado aquel triste juguete en la carretera de Vestopol.

Algunos se preguntaban si, sencillamente, las chicas se habrían adentrado en el bosque, movidas por el hambre. Cuando el viento soplaba en cierta dirección, llegaban olores procedentes de los árboles, aromas imposibles a empanada de cordero o a *babka* de cereza. Nadya había estado a punto de rendirse a ellos, mientras estaba sentada en el porche junto a su madre, intentando que tomara otra cucharada de caldo. Percibía el olor a calabaza asada, a nueces y a azúcar moreno, y sus pies descendían involuntariamente los escalones, rumbo a las sombras expectantes; los árboles se agitaban y suspiraban, como si estuvieran ansiosos por hacerse a un lado y dejarla pasar.

«Estúpida Nadya», estarás pensando. «Qué muchachas más estúpidas. A mí no me habría pasado lo mismo». Pero es que tú no has conocido la verdadera hambre. Hace varios años que las cosechas son buenas y la gente se olvida de cómo son los tiempos difíciles. Olvidan a las madres que asfixian a sus bebés en la cuna para que dejen de aullar de hambre, y al trampero Leonid Gemka, que fue encontrado devorando la pantorrilla de su hermano después de matarlo, cuando el hielo los dejó atrapados en su cabaña durante dos largos meses.

Sentadas en el porche de la casa de Baba Olya, las ancianas escudriñaban el bosque y murmuraban:

—*Khitka*.

Esa palabra le ponía los pelos de punta a Nadya, pero ya no era una niña, así que se reía con su hermano de esas necias habladurías. Las *khitkii* eran espíritus malignos del bosque, sedientas de sangre y vengativas. Pero en los cuentos siempre iban a por los recién nacidos, no a por muchachas prácticamente en edad de casarse.

—¿Quién sabe a que obedecen sus apetitos? —dijo Baba Olya, sacudiendo su mano nudosa con gesto displicente—. Puede que esta sienta envidia. O ira.

—O puede que le guste el sabor de nuestras chicas —dijo Anton Kozar mientras pasaba cojeando y meneando la lengua obscenamente. Las ancianas graznaron como gansos y Baba Olya le arrojó una piedra. Por muy veterano de guerra que fuera, era un hombre repulsivo.

Cuando el padre de Nadya oyó que las ancianas murmuraban que Duva estaba maldita y exigían que el sacerdote pronunciara unas bendiciones en la plaza del pueblo, se limitó a negar con la cabeza.

—No es más que un animal —insistió—. Un lobo desquiciado por el hambre.

Maxim conocía todos los caminos y rincones del bosque de modo que él y sus amigos cogieron sus rifles y se adentraron en el bosque, decididos y ceñudos. Pero, una vez más, no encontraron nada, y las ancianas refunfuñaron aún más que antes. ¿Qué clase de animal no dejaba huellas, ni rastros, ni restos de su presa?

La sospecha se extendió por el pueblo. El libidinoso de Anton Kozar había vuelto muy cambiado del frente, ¿verdad? Y Peli Yerokin siempre había sido un chico violento. Y Bela Pankin era una mujer muy extravagante, viviendo en esa granja de las afueras con el raro de su hijo Uri. Una *khitka* podía adoptar cualquier forma. Tal vez Uri no hubiera «encontrado» la muñeca de la chica desaparecida.

Nadya, de pie junto a la tumba abierta de su madre, se fijó en el muñón supurante y en la sonrisa lasciva de Anton, en el pelo enredado y los puños apretados del nervudo Peli Yerokin, en el ceño fruncido de Bela Pankin y en la sonrisa compasiva de Karina Stoyanova, que miraba fijamente al padre de Nadya con sus hermosos ojos negros, mientras el ataúd que él mismo había tallado con gran cuidado era depositado sobre el duro suelo.

La *khitka* podía adoptar cualquier forma, pero prefería la figura de una mujer hermosa.

Poco tiempo después, Karina parecía estar en todas partes: le regalaba al padre de Nadya alimentos y *kvas*, y le susurraba al oído que necesitaba a alguien que cuidase de él y de sus hijos. Havel sería llamado a filas dentro de poco, y se marcharía a Poliznaya para iniciar el servicio militar, pero Nadya seguiría necesitando una madre.

—Al fin y al cabo —dijo Karina con su cálida y melosa voz—, no querrás que tu hija te deshonre.

Esa misma noche, Nadya fue a hablar con su padre, que estaba bebiendo *kvas* junto al fuego. Maxim estaba tallando. Cuando no tenía otra cosa que hacer, a veces fabricaba muñecas para Nadya, aunque hacía mucho que su hija ya era demasiado mayor para eso. Su afilado cuchillo se movía sin descanso, dejando rizos de madera blanda en el suelo. Llevaba demasiado tiempo en casa. Se había pasado el verano y el otoño cuidando de su mujer, en lugar de salir a buscar trabajo, y las nieves invernales pronto bloquearían los caminos. Mientras su familia pasaba hambre, sus muñecas de madera se iban acumulando sobre la repisa de la chimenea, como un coro mudo e inútil.

Maldijo entre dientes al hacerse un corte en el pulgar, y solo entonces se dio cuenta de que Nadya estaba de pie junto a su asiento, nerviosa.

—Papá —dijo Nadya—. No te cases con Karina, por favor.

Nadya tenía la esperanza de que su padre le asegurara que ni se le había pasado por la cabeza tal cosa. Pero en vez de eso, Maxim se chupó el pulgar y dijo:

—¿Por qué no? ¿Es que no te gusta Karina?

—No —dijo Nadya con sinceridad—. Y yo tampoco le gusto a ella.

Maxim se echó a reír y le acarició la mejilla con sus ásperos nudillos.

—Dulce Nadya, ¿quién sería capaz de no quererte?

—Papá...

—Karina es una buena mujer —dijo Maxim, pasándole de nuevo los nudillos por la mejilla—. Sería mejor que... —Súbitamente, Maxim bajó la mano y volvió el rostro hacia el fuego. Sus ojos estaban distantes y, al hablar, Nadya notó que su voz era fría y extraña, como si brotara desde el fondo de un pozo—. Karina es una buena mujer —repitió, aferrando los reposabrazos de su silla—. Y ahora déjame tranquilo.

«Ya le tiene», pensó Nadya. «Está bajo su embrujo».

La víspera de la marcha de Havel rumbo al sur, se organizó un baile en el granero de la granja Pankin. En años mejores habría sido una noche de jolgorio, con mesas abarrotadas de nueces y manzanas, cántaros de miel y frascos de *kvas* a la pimienta. Los hombres bebían y los violines sonaban, pero ni la decoración de ramas de pino ni el fulgor del preciado samovar de Baba Olya bastaban para disimular que esta vez las mesas estaban vacías. Y aunque la gente zapateaba y daba palmas, no lograban espantar la tristeza que parecía flotar por la estancia.

Genetchka Lukin fue elegida Dros Koroleva, Reina del Deshielo, y tuvo que bailar con todos cuantos se lo pidieron, con la esperanza de que así el invierno fuera breve, pero solamente Havel parecía verdaderamente contento. Se marchaba al ejército, llevaría un rifle y comería caliente a costa del bolsillo del rey. Tal vez muriera o regresara herido, como tantos otros antes que él, pero esa noche su rostro resplandecía de alivio ante la idea de abandonar Duva.

Nadya bailó una vez con su hermano y otra con Victor Yeronoff antes de sentarse con las viudas, las esposas y los niños. Sus ojos se posaron sobre Karina, de pie junto a su padre. Sus miembros eran ramas de abedul blanco; sus ojos, hielo sobre aguas negras. Maxim parecía tambalearse.

*Khitka*. La palabra se abatió sobre Nadya desde el sombrío alero del granero, mientras observaba cómo Karina entrelazaba su brazo con el de Maxim, igual que el pálido tallo de una planta trepadora. Nadya apartó sus necios pensamientos y se volvió para admirar cómo bailaba Genetchka Lukin, que llevaba su cabello dorado trenzado con cintas rojas. A Nadya le avergonzó reconocer que sentía un ramalazo de envidia. Era una tontería, se dijo a sí misma, mientras veía cómo Genetchka bailaba dificultosamente con Anton Kozar. Este permanecía en el sitio, bamboleándose hacia los lados, con un brazo apoyado en la muleta y el otro apretando la cintura de la pobre Genetchka. Era una tontería, pero le molestaba.

—Márchate con Havel —dijo una voz junto a ella.

Nadya estuvo a punto de dar un brinco. No se había percatado de que Karina se había puesto a su lado. Miró a la esbelta mujer, cuyos rizos oscuros envolvían su cuello blanco.

Nadya volvió a contemplar el baile.

—No puedo, y lo sabes. Aún no tengo edad. —No la llamarían a filas hasta dentro de dos años.

—Pues miente.

—Este es mi hogar —susurró Nadya, furiosa y avergonzada de las lágrimas que le inundaban los ojos—. No puedes echarme sin más. —«Mi padre no lo consentirá», añadió para sus adentros. Pero por algún motivo, no logró reunir el valor para decirlo en voz alta.

Karina se inclinó hacia Nadya. Sonrió, abriendo sus labios rojos y húmedos y mostrando unos dientes que a Nadya se le antojaron demasiado numerosos.

—Al menos Havel trabajaba y cazaba —susurró—. Tú solo eres una boca más que alimentar. —Alargó el brazo y le dio un fuerte tirón a los rizos de Nadya. Si su padre las miraba en ese momento, solo vería a una mujer hermosa y sonriente hablando con su hija, probablemente para animarla a bailar—. No te lo volveré a advertir —siseó Karina Stoyanova—. Vete.

Al día siguiente, la madre de Genetchka Lukin descubrió que la cama de su hija estaba sin deshacer. La Reina del Deshielo no había vuelto a su casa después del baile. En la linde del bosque, en las ramas de un abedul joven, ondeaba una cinta roja con unos cuantos cabellos dorados enganchados al nudo, como si se la hubieran arrancado de la cabeza a la muchacha.

Nadya se quedó en silencio mientras la madre de Genetchka caía de rodillas y empezaba a plañir, invocando a sus Santos y llevándose la cinta roja a los labios mientras lloraba. Nadya vio a Karina, que la observaba desde el

otro lado del camino; vio sus ojos negros y sus labios abiertos como la corteza suelta de un árbol; vio sus dedos largos y finos como ramas desnudas, despojadas de hojas por un viento fuerte.

Cuando Havel se despidió de su familia, abrazó a Nadya.

—Cuídate —le susurró al oído.

—¿Cómo? —replicó Nadya, pero Havel no respondió.

Una semana después, Maxim Grushov y Karina Stoyanova se casaron en la pequeña capilla encalada del centro del pueblo. No había comida para celebrar un banquete nupcial, ni tampoco flores para adornar el cabello de la novia, pero llevaba puesto el *kokoshnik* de perlas de su abuela, y todos reconocieron que, aunque seguramente las perlas fueran falsas, estaba preciosa.

Esa noche, Nadya durmió en el cuarto de invitados de Baba Olya, para que los recién casados pudieran estar a solas. Por la mañana, cuando regresó, la casa estaba en silencio: la pareja no se había levantado todavía. En la mesa de la cocina había una botella de vino volcada y los restos de lo que parecía ser un bizcocho; las migajas todavía olían a flor de azahar. Por lo visto, Karina sí que conservaba algo de azúcar.

Nadya no pudo contenerse. Lamió el plato.

Pese a la ausencia de Havel, en la casa había mucho ajetreo. Maxim merodeaba por las habitaciones, incapaz de quedarse sentado más de unos minutos seguidos. Después de la boda había estado un tiempo tranquilo, casi feliz, pero a medida que pasaban los días se volvía más y más inquieto. Bebía y maldecía la falta de trabajo, su trineo perdido y su estómago vacío. Increpaba a Nadya y le daba la espalda en cuanto se acercaba demasiado, como si apenas pudiera soportar su presencia.

Las pocas veces que Maxim le mostraba a Nadya algo de afecto, aparecía Karina, acechando desde el umbral, con un brillo codicioso en sus ojos negros. Le ordenaba a Nadya que fuera a la cocina, le encargaba tareas ridículas y le prohibía importunar a su padre.

Durante las comidas, Karina vigilaba a Nadya como si cada bocado de caldo aguado fuera una ofensa, como si cada una de las cucharadas de Nadya vaciara el estómago de Karina, agrandando el agujero de su interior.

No habían pasado ni dos semanas desde la boda cuando, una tarde, Karina agarró a Nadya por el brazo y señaló los bosques con la frente.

—Acércate a ver si hay algo en las trampas —dijo.

—Es casi de noche —protestó Nadya.

—No seas tonta. Todavía hay luz de sobra. Haz algo útil para variar, y no vuelvas sin un conejo para la cena.

—¿Dónde está mi padre? —quiso saber Nadya.

—Está con Anton Kozar, jugando a las cartas, bebiendo e intentando olvidar la maldición que supone una hija tan inútil. —Karina empujó bruscamente a Nadya al exterior—. Vete, o le diré que te he pillado con Victor Yeronoff.

Nadya se sintió tentada de entrar en la destartalada habitación de Anton Kozar, tirarle el vaso de la mano a su padre y decirle que quería recuperar el hogar que le había arrebatado aquella peligrosa desconocida de ojos oscuros. Y de haber estado segura de que su padre se pondría de su lado, lo habría hecho.

Pero en vez de eso, Nadya se adentró en el bosque.

Tras comprobar que los dos primeros cepos estaban vacíos, ignoró a su corazón acelerado y se obligó a seguir caminando, siguiendo las piedrecillas blancas con las que Havel había señalado el camino. En la tercera trampa encontró una liebre parda, temblando de miedo. Ignoró el silbido de pánico que brotó de los pulmones del animal mientras le retorció el pescuezo de un único y decidido movimiento, y sintió cómo su cálido cuerpo se quedaba inerte. Mientras volvía a casa con su trofeo, imaginó el deleite de su padre durante la cena. Maxim le diría lo valiente e imprudente que había sido al adentrarse en el bosque ella sola, y cuando ella le contara que lo había hecho por insistencia de su nueva esposa, su padre expulsaría a Karina de su hogar para siempre.

Pero cuando entró en la casa, Karina la estaba esperando, con el rostro lívido de furia. Agarró a Nadya le arrebató la liebre de las manos y la metió a empellones en su habitación. Nadya oyó cómo se cerraba el pestillo. Aporreó la puerta durante largo rato, exigiendo a gritos que la dejaran salir. Pero ¿quién iba a oírla?

Finalmente, debilitada por el hambre y la frustración, no pudo seguir conteniendo el llanto. Se acurrucó sobre la cama, sollozando temblorosamente, incapaz de dormir por culpa de los sonoros rugidos de su estómago. Lo único que había comido ese día era un trozo de berza en el desayuno, y si Karina no le hubiera quitado la liebre, a Nadya no le cabía duda de que habría sido capaz de rasgarla con los dientes y comérsela cruda.

Más tarde, oyó que la puerta de la casa se abría de golpe, oyó los pasos inestables de su padre por el pasillo, el arañazo vacilante de sus dedos en la

puerta de su hija. Antes de que Nadya pudiera responder, oyó la voz de Karina, zalamera y seductora. Silencio, el roce de la ropa, un ruido sordo seguido de un gemido, y después el rítmico choque de los cuerpos contra la pared. Nadya se tapó los oídos con la almohada, intentando acallar los jadeos y los gemidos; estaba segura de que Karina sabía que Nadya podía oírlos, y que se trataba de algún tipo de castigo. Enterró la cabeza bajo la colcha, pero no lograba escapar de aquel ruido frenético y vergonzoso, que acompañaba al eco de las palabras que le había dicho Karina aquella noche, en el baile: «No te lo volveré a advertir. Vete. Vete. Vete».

Al día siguiente, el padre de Nadya no se levantó hasta después del mediodía. Cuando entró en la cocina y Nadya le tendió su taza de té, él se apartó de ella con temor, clavando los ojos en el suelo. Karina estaba junto al fregadero, con el rostro contraído, preparando sosa.

—Me voy a casa de Anton —dijo Maxim.

Nadya quiso suplicarle que no la dejara allí, pero incluso a ella le parecía un ruego ridículo. Un instante después, su padre se había marchado.

Esta vez, cuando Karina la agarró y le dijo que fuera a comprobar las trampas, Nadya no discutió.

Ya se había aventurado en los bosques una vez, y podía volver a hacerlo. En esta ocasión limpiaría y cocinaría a la liebre por su cuenta, y así volvería a casa con la tripa llena y con fuerzas suficientes para enfrentarse a Karina, con la ayuda de su padre o sin ella.

La esperanza le infundía tenacidad. Nadya avanzó mientras empezaban a caer los primeros copos de nieve, yendo de una trampa vacía a la siguiente. Pero cuando la luz empezó a desvanecerse, se dio cuenta de que ya no distinguía las piedrecitas blancas de Havel.

Nadya se quedó plantada en mitad de la nieve, girando sobre sí misma lentamente, buscando alguna señal familiar que le indicara cómo regresar al camino. Los árboles eran tajos negros de sombra. El suelo subía y bajaba en suaves pendientes onduladas. La luz se había vuelto tenue y difusa. No había forma de distinguir el camino de vuelta. A su alrededor no había nada más que silencio, interrumpido únicamente por el aullido del viento y por su propia respiración agitada, mientras los bosques se iban sumiendo en la oscuridad.

Y entonces la olió, una nube aromática, cálida y dulce, que le quemaba las fosas nasales: azúcar tostado.

Nadya empezó a respirar entrecortadamente, y aunque su terror iba en aumento, se le estaba haciendo la boca agua. Pensó en la liebre arrancada del

cepo, en el latido acelerado de su corazón, en sus ojos frenéticos. Algo la rozó en la oscuridad, y Nadya no se detuvo a pensar: echó a correr.

Avanzó a ciegas por el bosque, abriéndose camino. Las ramas le azotaban las mejillas y los pies se le enredaban en las zarzas cubiertas de nieve. No sabía si lo que oía eran sus propios pasos torpes o algo que la perseguía: un ser babeante, repleto de dientes y cuyos dedos largos y blanquecinos se aferraban al borde de su abrigo.

Al entrever el resplandor de una luz que se filtraba entre los árboles, un poco más adelante, durante un único y delirante momento creyó que había encontrado el camino de vuelta a su casa. Pero cuando llegó al claro se dio cuenta de que había algo raro en la silueta de la cabaña que tenía ante ella. Era una casa estrecha y torcida, y en todas las ventanas se veía luz. Nadie de su aldea habría derrochado tantas velas de esa manera.

La cabaña pareció moverse, casi como si se girara para darle la bienvenida. Nadya titubeó y retrocedió un paso. Una rama se quebró a sus espaldas, y Nadya echó a correr hacia la puerta pintada de la cabaña.

Nadya sacudió el picaporte, haciendo que la lámpara del techo se bambolease.

—¡Socorro! —gritó. Y la puerta se abrió. Entró rápidamente, cerrando de un portazo. ¿Acababa de oír un golpe sordo contra la puerta? ¿Los arañazos de frustración de unas garras? Era difícil saberlo, por culpa de los roncossollozos que le brotaban del pecho. Se quedó inmóvil, con la frente apoyada en la puerta, esperando a que su corazón desbocado se tranquilizara, y solo entonces, cuando logró volver a respirar con normalidad, se dio la vuelta.

La estancia era cálida y dorada, como el interior de un panecillo con pasas, con un denso olor a carne asada y a pan recién horneado. Todas las superficies relucían como si fueran nuevas, y estaban decoradas con alegres motivos de hojas, flores, animales y personas diminutas; la pintura estaba tan fresca y brillante que le dolían los ojos solo con mirarla, en comparación con las superficies grises y apagadas de Duva.

En la pared del fondo vio a una mujer trabajando en una inmensa cocina negra, tan larga como la propia pared. Veinte cazuelas distintas bullían a la vez; algunas eran pequeñas y estaban tapadas, mientras que otras eran mayores y casi rebosaban.

El horno que había debajo tenía dos puertas de hierro que se abrían desde el centro. Era tan grande que daba la impresión de que dentro cabría un hombre tumbado a lo largo. O como mínimo un niño.

La mujer levantó la tapadera de una de las ollas, y una nube de vapor oloroso fue flotando hasta Nadya. Cebolla. Acedera. Caldo de pollo. El hambre se apoderó de ella, más penetrante e incontenible que el miedo. Un gruñido grave se le escapó de los labios, y Nadya se tapó la boca con la mano.

La mujer se dio la vuelta y la miró.

Era vieja, pero no fea; llevaba su larga trenza gris sujeta con una cinta roja. Nadya miró fijamente la cinta y titubeó, pensando en Genetchka Lukin. Los aromas del azúcar, el cordero, el ajo y la mantequilla, amontonados unos sobre otros, hicieron que se estremeciera de ansia.

En una cesta había un perro acurrucado y royendo un hueso. Sin embargo, cuando Nadya lo miró más de cerca, se dio cuenta de que no era un perro, sino un pequeño oso con un collar dorado.

—¿Te gusta Vladchek?

Nadya asintió.

La mujer depositó un plato de estofado en la mesa.

—Siéntate —dijo la mujer, y volvió a los fogones—. Come.

Nadya se quitó el abrigo y lo colgó junto a la puerta. Se quitó las manoplas húmedas y se sentó a la mesa con cautela. Levantó la cuchara, pero seguía dudando. Los cuentos le habían enseñado que no convenía comer en la mesa de una bruja.

Pero al final no pudo resistirse. Se comió el estofado, hasta la última, cálida y sabrosa cucharada, y después rollitos de hojaldre, ciruelas en almíbar, flan de huevo y un bizcocho al ron repleto de pasas y azúcar moreno. Nadya comió y comió mientras la mujer se ocupaba de las cazuelas de la cocina, tarareando de vez en cuando mientras trabajaba.

«Me está engordando», pensó Nadya, notando los párpados cada vez más pesados. «Esperaré a que me quede dormida, me meteré en el horno y me cocinaré para hacer otro estofado». Pero Nadya se dio cuenta de que le daba igual. La mujer colocó una manta junto al fogón, al lado de la cesta de Vladchek, y Nadya se echó a dormir, feliz por saber que al menos moriría con el estómago lleno.

Pero cuando despertó a la mañana siguiente, seguía de una pieza. En la mesa la esperaban un cuenco de gachas calientes, abundantes tostadas bien untadas de mantequilla y unos platos llenos de diminutos arenques bañados en aceite.

La anciana le dijo que se llamaba Magda y se sentó en silencio, mientras comía una ciruela confitada y contemplaba cómo Nadya daba buena cuenta del desayuno.

Nadya comió hasta que le dolió el estómago, mientras en el exterior seguía nevando. Cuando terminó, dejó el cuenco vacío en el suelo para que Vladchek lo lamiera. Solo entonces Magda escupió el hueso de la ciruela en la palma de su mano y dijo:

—¿Qué quieres?

—Quiero irme a casa —contestó Nadya.

—Pues vete.

Nadya miró al exterior; la nieve continuaba cayendo.

—No puedo.

—Pues entonces —dijo Magda—, ven y ayúdame a remover el caldero.

Durante el resto del día, Nadya zurció calcetines, fregó sartenes, picó hierbas y coló siropes. Pasó largas horas frente a los fogones, removiendo cacerolas, con el pelo rizado por el calor y el vapor, sin dejar de preguntarse qué iba a ser de ella. Esa noche comieron hojas de col rellenas, ganso asado y crujiente y natillas de albaricoque.

Al día siguiente, Nadya desayunó blinis rellenos de cereza y nata bien empapados en mantequilla. Al terminar, la bruja le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quiero irme a casa —dijo Nadya contemplando de reojo la nieve que seguía cayendo fuera—. Pero no puedo.

—Pues entonces —dijo Magda—, ven y ayúdame a remover el caldero.

Y así fueron pasando un día tras otro, mientras la nieve caía y llenaba el claro, alzándose alrededor de la cabaña en grandes olas blancas.

Una mañana, cuando finalmente dejó de nevar, la bruja le dio de comer a Nadya pastel de patata y salchichas, y le preguntó:

—¿Qué quieres?

—Quiero irme a casa —dijo Nadya.

—Pues entonces —dijo Magda—, más vale que cojas la pala.

Nadya cogió la pala y despejó un camino alrededor de la cabaña, acompañada por Vladchek, que husmeaba entre la nieve, y por un cuervo sin ojos al que Magda alimentaba con migajas de pan de centeno, y que a veces se posaba en el hombro de la bruja. Por la tarde, Nadya se comió una gruesa rebanada de pan bien untada de queso crema y un plato de manzanas asadas. Después de que Magda le diera una taza de té caliente con azúcar, Nadya volvió a salir.

Cuando finalmente alcanzó el borde del claro, empezó a preguntarse adónde podía ir exactamente. Había llegado la helada. Los bosques eran una masa congelada de nieve y ramas. ¿Qué podía estar esperándola allí fuera? Y

aunque consiguiera abrirse paso por la profunda capa de nieve y encontrar el camino de vuelta a Duva, ¿qué recibiría? ¿Un abrazo vacilante del pusilánime de su padre? ¿Algo mucho peor por parte de su esposa de mirada hambrienta? Ningún camino la devolvería al hogar que había conocido antaño. Ese pensamiento abría una desoladora grieta en su interior, una fisura por la que se colaba el frío. Durante un aterrador instante, se convirtió en una simple chica perdida, sin nombre ni seres queridos. Podría quedarse allí plantada eternamente, pala en mano, y nadie la habría llamado para que volviera a casa. Nadya dio la vuelta y se apresuró a regresar al calor de la cabaña, susurrando su propio nombre entre dientes, como si tuviera miedo de que se le olvidara.

Nadya trabajaba todos los días. Fregaba los suelos, desempolvaba los estantes, remendaba la ropa, retiraba la nieve y raspaba el hielo de las ventanas. Pero sobre todo ayudaba a Magda en la cocina. No todo era comida. También había tónicos y ungüentos, pastas de olor amargo, polvos de colores brillantes en cajitas esmaltadas y tinturas en botellas de cristal marrón. Siempre había algo extraño cocinándose en aquellos fogones.

Y pronto averiguó por qué.

Llegaron tarde, una noche de luna creciente, tras un duro viaje de varios kilómetros de hielo y nieve. Eran hombres y mujeres que venían en trineos, a lomos de ponis peludos e incluso a pie. Traían huevos, botes de conservas, sacos de harina, pacas de trigo. Traían pescado ahumado, bloques de sal, ruedas de queso, botellas de vino, latas de té y bolsa tras bolsa de azúcar, pues no se podía negar que Magda era golosa. Le pedían filtros amorosos y venenos indetectables. Le suplicaban que les otorgara belleza, salud, riqueza.

Nadya siempre permanecía oculta. Siguiendo órdenes de Magda, se subía al estante más alto de la alacena.

—Quédate ahí y no hagas ruido —dijo Magda—. No quiero que corra el rumor de que raptó niñas.

Así que Nadya se sentaba con Vladchek, mordisqueando alguna galleta con especias o chupando un pedazo de regaliz negro, mientras veía cómo trabajaba Magda. En cualquier momento pudo haber revelado su presencia a los desconocidos, haberles suplicado que la llevaran a su casa o que le dieran refugio, haber gritado que una bruja la tenía encerrada. Pero en vez de eso permaneció en silencio, mientras el azúcar se derretía sobre su lengua, observando a quienes recurrían a aquella anciana, desesperados, resentidos, pero siempre con respeto.

Magda les daba gotas para los ojos, tónicos para el cuero cabelludo. Les pasaba las manos por las arrugas; a un hombre le dio unos golpes en el pecho hasta que escupió bilis negra. Nadya no estaba segura de qué era real y que era teatro, pero eso cambió la noche en que llegó la mujer con la piel de cera.

Estaba demacrada, como todos los demás; su rostro era una calavera macilenta. Magda formuló la misma pregunta que hacía a todos los que llamaban a su puerta:

—¿Qué quieres?

La mujer se desplomó en sus brazos, llorando, mientras Magda murmuraba palabras reconfortantes, le daba palmadas en la mano y le secaba las lágrimas. Hablaron en voz baja, demasiado como para que Nadya descifrara sus palabras, y antes de que la mujer se marchara, sacó una bolsita diminuta de su bolsillo y echó su contenido en la palma de la mano de Magda. Nadya estiró el cuello para ver mejor, pero la mano de Magda se cerró demasiado deprisa.

Al día siguiente, Magda envió a Nadya fuera de la casa, a retirar la nieve. Cuando regresó, a la hora de comer, le dio una taza de guiso de bacalao y la mandó de nuevo al exterior. Anocheció, y mientras Nadya terminaba de espolvorear sal por los bordes del camino, el olor intenso y especiado del pan de jengibre le llegó flotando desde la casa, en el otro extremo del claro, llenándole la nariz hasta que se sintió embriagada.

Durante la cena, esperó a que Magda abriera el horno, pero cuando terminaron de comer, la anciana le tendió un trozo del pastel de limón del día anterior. Nadya se encogió de hombros. Mientras se inclinaba para coger la nata, escuchó un leve sonido, un gorgoteo. Miró a Vladchek, pero el oso estaba profundamente dormido, roncando ligeramente.

Y entonces lo oyó de nuevo, un gorgoteo seguido de un murmullo quejumbroso. Venía del interior del horno.

Nadya se apartó de la mesa y estuvo a punto de tirar la silla al suelo. Miró fijamente a Magda, horrorizada, pero la bruja ni se inmutó.

Alguien llamó a la puerta.

—Vete a la alacena, Nadya.

Durante un momento, Nadya se debatió entre la mesa la puerta, como una mosca atrapada en una telaraña que todavía tuviera posibilidades de liberarse. Luego retrocedió hasta la alacena, deteniéndose únicamente para agarrar a Vladchek por el collar y arrastrarlo consigo hasta el estante superior. Sus olisqueos somnolientos y la intensa calidez de su pelaje la reconfortaban.

Magda abrió la puerta. La mujer con la piel de cera esperaba en el umbral; casi parecía que le diera miedo moverse. Magda se envolvió las manos con unos trapos y abrió las puertas del horno. Un llanto inundó la estancia. La mujer se agarró a las jambas de la puerta mientras las rodillas le fallaban, y se llevó las manos a la boca. Jadeaba y le corrían lágrimas por las mejillas cetrinas. Magda envolvió en un paño rojo al bebé de jengibre, que se retorció y gimoteaba, y lo depositó en los brazos temblorosos y extendidos de la mujer.

—*Milaya* —dijo cariñosamente la mujer. «Dulce niña». Le dio la espalda a Magda y desapareció en la noche, sin molestarse siquiera en cerrar la puerta tras de sí.

Al día siguiente, Nadya no probó su desayuno. Dejó el cuenco de gachas frías en el suelo, para Vladchek. El oso lo miró con mala cara hasta que Magda lo dejó sobre el fogón para recalentarlo.

Antes de que Magda pudiera hacer la pregunta de costumbre, Nadya se le adelantó:

—Eso no era un bebé real. ¿Por qué se lo llevó?

—Era lo bastante real para ella.

—¿Qué le pasará? ¿Y a la mujer? —preguntó Nadya, con voz alterada.

—Con el tiempo se convertirá en migajas —dijo Magda.

—¿Y entonces? ¿Le cocinarás otro bebé?

—La madre habrá muerto mucho antes. Sufre las mismas fiebres que se llevaron a su hijo.

—¡Pues cúrala! —exclamó Nadya, estampando la cuchara en la mesa.

—No me ha pedido que la cure. Me ha pedido un hijo.

Nadya se puso las manoplas y salió de la casa a grandes zancadas. No entró a la hora de comer. También pretendía saltarse la cena, para dejar claro lo que opinaba de Magda y de su terrible magia. Pero al anochecer ya le rugía el estómago, y cuando Magda dejó sobre la mesa un plato de pato en rodajas con salsa cazadora, Nadya cogió el cuchillo y el tenedor.

—Quiero irme a casa —murmuró, mirando su plato.

—Pues vete —dijo Magda.

El invierno se prolongó, con su frío y su escarcha, pero las lámparas siempre brillaban con luz dorada en la pequeña cabaña. Las mejillas de Nadya se sonrosaron y la ropa empezó a quedarle estrecha. Aprendió a mezclar los tónicos de Magda sin necesidad de consultar las recetas, y a cocinar bizcochos

de almendra con forma de corona. Aprendió qué hierbas eran valiosas y cuáles eran peligrosas, y también cuáles eran valiosas precisamente por lo peligrosas que eran.

Nadya sabía que había muchas cosas que Magda no le había enseñado. Se decía a sí misma que tenía que dar gracias por ello, que no quería tener nada que ver con las abominaciones de Magda. Pero a veces sentía que la curiosidad la arañaba, como si fuera un apetito distinto del habitual.

Y entonces, una mañana, se despertó con el golpeteo del pico del cuervo ciego en el alfeizar, y el plic, plic, plic de la nieve derretida al caer desde el tejado. El sol entraba con fuerza por las ventanas. Había llegado el deshielo.

Esa mañana, Magda sacó pastelillos dulces con mermelada de pasas, un plato de huevos cocidos y una ensalada verde. Nadya comió y comió, temerosa de lo que venía después de la comida, pero, finalmente, ya no pudo comer ni un bocado más.

—¿Qué quieres? —preguntó Magda.

Esta vez Nadya titubeó, asustada.

—Si me marchó, ¿podré...?

—No puedes ir y venir como si fueras a buscar agua al pozo. No permitiré que traigas a un monstruo a este lugar.

Nadya se estremeció. «Un monstruo». De modo que no se había equivocado con Karina.

—¿Qué quieres? —repitió Magda.

Nadya pensó en el baile de Genetchka, en la inquieta Lara, en Betya y en Ludmilla, y en todas las que no había llegado a conocer.

—Quiero que mi padre se libere de Karina. Quiero que Duva sea un lugar seguro. Quiero volver a casa.

Lentamente, Magda extendió el brazo y tocó la mano izquierda de Nadya: primero el dedo anular y después el meñique. Nadya recordó a la mujer con la piel de cera, y el saquito que esta había vaciado en la mano de la bruja.

—Piénsalo —dijo Magda.

A la mañana siguiente, cuando Magda fue a preparar el desayuno, se fijó en el cuchillo de carnicero que Nadya había dejado allí.

Durante dos días, el cuchillo permaneció encima de la mesa, intacto, mientras medían cantidades, tamizaban y mezclaban, preparando tanda tras tanda de masa. El segundo día, por la tarde, cuando ya habían terminado lo más duro, Magda se volvió hacia Nadya.

—Ya sabes que puedes quedarte aquí conmigo, si quieres —dijo la bruja.

Nadya se limitó a extender la mano.

Magda suspiró. El filo del cuchillo, del color gris apagado del acero Grisha, centelleó una única vez bajo el sol de la tarde, y cayó con un ruido semejante al de un disparo.

Al ver sus dos dedos desperdigados sobre la mesa, Nadya se desmayó.

Magda curó los muñones de los dedos de Nadya, le vendó la mano y la dejó descansar. Y mientras la chica dormía, Magda cogió los dos dedos y los molió hasta convertirlos en una harina roja y húmeda que añadió a la masa.

Cuando Nadya volvió en sí, trabajaron codo con codo, dando forma a la muchacha de jengibre en una tabla humedecida tan grande como una puerta, y la metieron en el horno.

La muchacha de jengibre estuvo cocinando toda la noche, impregnando la cabaña de un olor maravilloso. Nadya sabía que lo que olía eran sus propios huesos y su sangre, pero aún así se le hacía la boca agua. Se echó a dormir. Cerca del amanecer, las puertas del horno se abrieron con un chirrido y la chica de jengibre salió a gatas. Cruzó la habitación, abrió la ventana y se tumbó en la encimera para dejarse enfriar.

Por la mañana, Nadya y Magda se ocuparon de la muchacha de jengibre, espolvoreándola con azúcar y dotándola de labios y cabellos glaseados.

Finalmente la vistieron con la ropa y las botas de Nadya y la enviaron rumbo a Duva.

Comieron un almuerzo frugal de arenques y huevos pasados por agua para recuperar las fuerzas. Luego, Magda sentó a Nadya a la mesa y sacó un frasquito de uno de los armarios. Abrió la ventana y el cuervo negro sin ojos entró y se posó sobre la mesa, picoteando las migajas que había dejado la chica de jengibre.

Magda volvió el contenido del frasco en la palma de su mano y se lo tendió a Naya.

—Abre la boca —le dijo.

En la mano de Magda, flotando en un charquito de líquido brillante, había un par de ojos azules. Ojos de pájaro.

—No te los tragues —dijo Magda, muy seria—, ni los vomites.

Nadya cerró los ojos y se obligó a separar los labios. Procuró que no le entraran arcadas mientras los ojos de cuervo se deslizaban sobre su lengua.

—Abre los ojos —le ordenó Magda.

Nadya obedeció. Al abrirlos, toda la habitación había cambiado. Se vio a sí misma sentada en una silla, con los ojos aún cerrados. Magda estaba a su lado. Intentó levantar las manos, pero en vez de eso extendió un par de alas. Dio unos saltos con sus patitas de cuervo y soltó un graznido de sorpresa.

Magda la ahuyentó con gestos hasta la ventana y Nadya, eufórica por la sensación de sus alas y del viento que extendía bajo las ellas, no se fijó en el semblante triste de la anciana.

Nadya se elevó en el aire describiendo un amplio arco, inclinando las alas, acostumbrándose a las sensaciones, rasgando las largas sombras de la tarde moribunda. Bajo ella se extendían los bosques, el claro y la cabaña de Magda. A lo lejos, vio los picos serrados de las Petrazoi, y al descender vio el camino que había trazado la muchacha de jengibre a través de los bosques. Descendió a ras de suelo y voló a toda velocidad, sorteando los árboles; por primera vez desde que tenía memoria, el bosque no le daba miedo.

Sobrevoló Duva en círculos. Vio la calle principal, el cementerio y dos nuevos altares: dos chicas más que habían desaparecido durante el largo invierno, mientras ella engordaba en casa de la bruja. Serían las últimas. Graznó y bajó en picado hasta la muchacha de jengibre, guiándola hacia delante. Ella sería su soldado, su campeona.

Nadya se posó sobre una cuerda de tender y observó cómo la chica de la jengibre cruzaba el claro hasta la casa de su padre. Dentro se oían voces discutiendo a gritos. ¿Sabría su padre lo que había hecho Karina? ¿Había empezado a sospechar quién era realmente?

La muchacha de jengibre llameó a la puerta; las voces se acallaron. Cuando la puerta se abrió, su padre escudriñó el aire nocturno con los ojos entornados. Nadya se sobresaltó al ver los estragos que el invierno había hecho con él. Sus anchos hombros ahora parecían pequeños y encorvados, e incluso desde la distancia distinguió que la piel le colgaba, flácida. Esperó a que su padre gritara de horror al ver el monstruo que estaba ante él.

—¿Nadya? —dijo su padre, sin aliento—. ¡Nadya!

Y abrazó a la chica de jengibre con un grito ronco. Karina apareció en el umbral, detrás de él, pálida y con los ojos abiertos de par en par. Nadya sintió una punzada de decepción. Se había imaginado que Karina se convertiría en polvo en cuanto mirase a la chica de jengibre, o que al ver a Nadya sana y salva en la puerta de su casa se vería obligada a confesar sus fechorías.

Maxim llevó adentro a la chica de jengibre y Nadya se acercó revoloteando a la ventana y se posó en el alféizar para espiar a través del cristal.

La casa parecía más pequeña y gris que nunca, en comparación con el calor de la cabaña de Magda. La colección de muñecas de madera de la repisa de la chimenea había crecido.

El padre de Nadya acarició el brazo tostado y brillante de la muchacha de jengibre, atosigándola con preguntas, pero esta permaneció en silencio, junto al fuego. Nadya no estaba segura de que fuera capaz de hablar.

Maxim no parecía reparar en su silencio. Seguía balbuciendo, riendo, llorando, sacudiendo la cabeza, incrédulo. Karina merodeaba tras él, tan vigilante como siempre. En sus ojos había miedo, pero también otra cosa, algo muy inquietante que casi parecía gratitud.

Entonces, Karina se acercó y acarició la suave mejilla y el cabello glaseado de la chica de jengibre. Nadya esperó, segura de que Karina se quemaría, de que soltaría un alarido cuando la carne de su mano se desprendiera como la corteza de un árbol, dejando al descubierto ramas en lugar de huesos y la monstruosa figura de la *khitka* que se ocultaba bajo su hermosa piel.

En vez de eso, Karina inclinó la cabeza y murmuró lo que parecía ser una plegaria. Cogió su abrigo de la percha.

—Voy a casa de Baba Olya.

—Sí, sí —dijo Maxim distraídamente, incapaz de apartar la mirada de su hija.

«Quiere huir», comprendió Nadya, horrorizada. Y, aparentemente, la muchacha de jengibre no iba a hacer nada por impedirlo.

Karina se cubrió la cabeza con una bufanda, se puso los guantes y salió por la puerta, cerrándola tras de sí sin mirar atrás.

Nadya daba saltos y graznaba desde el alféizar.

«Voy a seguirla», pensó. «Le sacaré los ojos a picotazo».

Karina se agachó, recogió una piedra del camino y se la arrojó a Nadya.

Nadya soltó un graznido de indignación.

Pero cuando Karina habló, lo hizo con dulzura.

—Márchate, pajarito —dijo—. Hay cosas que es mejor no ver. —Dicho esto, desapareció en la noche.

Nadya batió las alas, sin saber qué hacer. Volvió a mirar por la ventana.

Su padre había sentado a la muchacha de jengibre en su regazo y le acariciaba el cabello blanco.

—Nadya —repetía una y otra vez—. Nadya. —Acarició con la nariz la carne tostada de sus hombros y le besó la piel.

En el exterior, el pequeño corazón de Nadya latía con fuerza contra sus huesos huecos.

—Perdóname —murmuró Maxim. Las lágrimas que le resbalaban por las mejillas disolvían el glaseado del cuello de la muchacha de jengibre.

Nadya se estremeció. Sus alas golpeaban inútil y desesperadamente el cristal. Pero la mano de su padre se deslizó bajo sus faldas, y la muchacha de jengibre no reaccionó.

«No soy yo», se dijo Nadya a sí misma. «En realidad no soy yo».

Pensó en la agitación de su padre, en sus caballos perdidos, en su preciado trineo. Antes de venderlos... antes habían desaparecido muchachas de otros pueblos, una aquí y otra allá. Cuentos, rumores, crímenes lejanos. Pero entonces habían llegado la hambruna y el largo invierno, y Maxim había quedado atrapado, obligado a cazar más cerca de su casa.

—He intentado parar —dijo, mientras se acercaba cada vez más a su hija—. Créeme —suplicó—. Di que me crees.

La chica de jengibre permaneció en silencio.

Maxim abrió su boca húmeda para volver a besarla y, profiriendo una mezcla de gemido y suspiro, hincó los dientes en su dulce hombro.

El suspiro se transformó en un sollozo al morder.

Nadya observó cómo su padre consumía a la muchacha de jengibre mordisco a mordisco, miembro a miembro. Lloraba mientras la devoraba, pero no se detenía, y para cuando terminó, el fuego de la chimenea se había extinguido. Maxim se tumbó en el suelo cuan largo era, con el vientre distendido, los dedos pegajosos y la barba llena de migajas. Solo entonces el cuervo se marchó.

Encontraron al padre de Nadya a la mañana siguiente, con las entrañas reventadas y hediondas por la podredumbre. Se había pasado toda la noche de rodillas, vomitando sangre y azúcar. Karina no había estado en casa para ayudarlo. Cuando levantaron los tablones ensangrentados del suelo, descubrieron un alijo de objetos, entre los cuales había un libro infantil de oraciones, una pulsera de cuentas de cristal, el resto de las cintas rojas con las que Genetchka se había decorado el cabello durante el baile nocturno y el mandil blanco de Lara Deniken, decorado con sus descuidados bordados y con los cordones manchados de sangre. Desde la repisa de las chimeneas, las muñequitas de madera lo observaban todo.

Nadya regresó volando a la cabaña de la bruja y volvió a su cuerpo mientras Magda le hablaba en voz baja y Vladchek le lamía la mano inerte. Pasó largos días en silencio, trabajando con Magda y sin apenas comer.

No pensaba en su padre, sino en Karina. En Karina, que había buscado excusas para visitar su casa cuando la madre de Nadya cayó enferma. En Karina, que había expulsado a Nadya al bosque, para que a su padre no le

quedara más que un fantasma. A Karina, que se había entregado a un monstruo con la esperanza de salvar al menos a una sola muchacha.

Nadya fregó, cocinó y limpió el jardín, sin dejar de pensar en Karina, a solas con Maxim durante el largo invierno, temiendo sus ausencias y al mismo tiempo anhelándolas, registrando la casa en busca de una prueba de sus sospechas, tanteando con los dedos por suelos y armarios, tratando de dar con las juntas secretas ocultadas por las hábiles manos del carpintero.

En Duva consideraron quemar el cuerpo de Maxim Grushov, pero finalmente lo enterraron sin plegarias a los Santos, en un terreno pedregoso en el que no ha crecido nada hasta hasta el día de hoy. Los cuerpos de las chicas desaparecidas nunca se encontraron, aunque de vez en cuando, algún cazador encuentra un montoncillo de huesos en el bosque, un peine de concha o un zapato.

Karina se mudó a otra aldea. ¿Quién sabe qué fue de ella? A una mujer sola no le suele ocurrir nada bueno. El hermano de Nadya, Havel, sirvió en la campaña militar del norte y regresó a casa convertido en un héroe. En cuanto a Nadya, vivió con Magda y aprendió todos los trucos de la anciana, la clase de magia de la cual es mejor no hablar en una noche como esta. Hay quien dice que, en noches de luna creciente, se atreve a hacer cosas que ni siquiera Magda habría intentado.

Ahora ya sabes qué clase de monstruos acechaban en los bosques de Duva, y si alguna vez te topas con un oso que lleva un collar dorado, podrás saludarlo llamándolo por su nombre. Así que cierra la ventana y asegúrate de echar el pestillo. Los seres oscuros siempre logran colarse por los huecos mas estrechos. ¿Te apetece comer algo bueno?

Pues entonces, ven y ayúdame a remover el caldero.







DAGA  
CORTA



ES PELIGROSO VIAJAR POR LA CARRETERA DEL NORTE con el corazón atribulado. Yendo hacia el sur desde Arkesk, hay un lugar donde se interrumpen los árboles, donde no cantan los pájaros y donde las sombras cuelgan de las ramas con un extraño peso. En ese kilómetro remoto, los viajeros no se despegan de sus compañeros, cantan en voz alta y tañen sus tambores, pues si te pierdes en tus propios pensamientos, es posible que te salgas del camino y te adentres en los bosques oscuros. Y si sigues adelante, ignorando los gritos de tus compañeros, puede que tus pies te guíen hasta las calles mudas y las casas abandonadas de Velisyana, la ciudad maldita.

Entre los adoquines crecen las malas hierbas y las flores silvestres. Los comercios están vacíos, y las puertas se han podrido en sus goznes; los umbrales son ahora bocas abiertas de par en par. La plaza mayor está repleta de matojos, y el tejado de la iglesia se hundió hace mucho tiempo; la gran bóveda yace entre los bancos destrozados, volcada de lado, recogiendo el agua de la lluvia y despojada de su pan de oro por el tiempo o por algún intrépido ladrón.

Tal vez reconozcas el silencio que reina en lo que antaño fue la Plaza de los Pretendientes, mientras elevas la vista hacia la lujosa fachada de un palacio derruido y hacia la ventanita que domina la calle, con su marco adornado con lirios tallados. Es el sonido de un corazón enmudecido. Velisyana es un cadáver.

En el pasado, la ciudad era conocida por dos cosas: la calidad de su harina (que se utilizaba en todas las cocinas de casi doscientos kilómetros a la redonda) y la belleza de Yeva Luchova, la hija del viejo duque.

Aunque el rey no estimaba particularmente al duque, este se había enriquecido de todos modos. Había instalado presas y diques con los que contener el río para que dejara de anegar sus tierras, y había construido el

gran molino en el que se molía la harina de Velisyana, dotado de una noria gigante con sólidos radios de acero, perfectamente equilibrada.

Los pormenores de la belleza de Yeva Luchova son un tema de discusión recurrente. ¿Tenía el cabello dorado como el oro bruñido o negro azabache? ¿Sus ojos eran azules como los zafiros o verdes como la hierba fresca? Pero no son los detalles de su hermosura lo que nos atañe, sino su poder, y lo cierto es que Yeva fue bella desde su nacimiento.

De hecho, era tan hermosa que la comadrona que asistía a su madre se apoderó de la niña y se encerró en un armario, implorando que le permitieran contemplar el rostro de Yeva un instante más, y se negó a entregar al bebé hasta que el duque pidió un hacha para tirar la puerta abajo. El duque mandó azotar a la comadrona, pero eso no impidió que varias de las niñeras de Yeva intentaran raptar a la niña. Finalmente, su padre contrató a una anciana ciega para que cuidara de su hija, y por fin hubo paz en su hogar. Por supuesto, esa paz no duró mucho, pues Yeva se volvía más y más bella a medida que crecía.

Nadie lo entendía, porque ni el duque ni su esposa eran especialmente agraciados. Se rumoreaba que la madre de Yeva se había introducido a hurtadillas en el campamento de un viajero sulí, y los envidiosos insinuaban que un apuesto demonio había entrado con la luz de la luna y se las había ingeniado para meterse en la cama de su madre. La mayoría de los habitantes se reían de esas historias, puesto que nadie que conociera la bondad de Yeva podía pensar que fuera otra cosa que una muchacha afable y honesta. Y aun así, cuando Yeva caminaba por las calles, cuando el viento le levantaba el cabello y sus delicados pies parecían no tocar los adoquines del suelo, era difícil no tener dudas. En todos los cumpleaños de Yeva, con la excusa de prenderle flores en las trenzas, la niñera ciega le palpaba la cabeza, buscando con dedos temblorosos los bultos de unos cuernos incipientes.

A medida que aumentaba la belleza de Yeva, también lo hacía el orgullo de su padre. Cuando su hija cumplió doce años, el duque hizo venir a un pintor desde Os Alta para que pintara un retrato de Yeva rodeada de lirios, y mandó estampar su imagen en todos los sacos de harina de su molino. Desde entonces, las mujeres se peinaban igual que Yeva mientras cocinaban, y hombres de toda Ravka viajaban hasta Velisyana para comprobar si existía realmente una criatura semejante.

Por supuesto, el pintor también se enamoró de Yeva. Le echó acibuta en la leche y consiguió llevársela hasta Arkesk antes de que lo atraparan. El duque encontró a su hija profundamente dormida en el carro del pintor, acurrucada entre lienzos y tarros de pigmentos. Yeva estaba ilesa y apenas recordaba

nada del asunto, aunque desde entonces las galerías de retratos le produjeron aversión, y el olor a pintura al óleo le daba sueño.

Cuando Yeva cumplió quince años, empezó a ser peligroso que saliera de casa. Probó a cortarse el pelo y a mancharse el rostro con ceniza, pero solo sirvió para hacerla más misteriosa a ojos de los hombres que la espían durante sus paseos diarios, pues en cuanto la veían, su imaginación se desbocaba. Un día en que Yeva se detuvo para quitarse una piedrecilla del zapato, mostrando sin querer a la multitud su perfecto tobillo durante un instante, estalló un tumulto, y su padre decidió que su hija debía permanecer confinada en el palacio.

Pasaba los días leyendo y cosiendo, paseando por los corredores para hacer ejercicio, con el rostro velado para no distraer a los criados. Cada día, cuando el reloj del campanario daba las doce del mediodía, aparecía en su ventana para saludar a la gente reunida en la plaza, y para que sus pretendientes se acercaran a declararles su amor y a implorar su mano. Cantaban canciones, realizaban trucos u organizaban duelos para demostrar su audacia, aunque, a veces, los duelos se descontrolaban; tras la segunda muerte, el coronel retirado que hacía las veces de alguacil se vio obligado a prohibirlos.

—Papá —le dijo Yeva al duque, desesperada por volver a ver el cielo abierto—. ¿Por qué debo ser yo la que se oculte?

El duque le acarició la mano.

—Disfruta de este poder, Yeva, pues un día envejecerás y ya nadie se fijará en ti cuando camines por la calle.

A Yeva le pareció que su padre no había respondido a la pregunta, pero le dio un beso en la mejilla y reanudó su labor de costura.

En la mañana de su decimosexto cumpleaños, Nestor Levkin apareció en la puerta, acompañado por su hijo. Se trataba de uno de los hombres más ricos de la ciudad, solamente superado por el duque, y había venido a negociar el enlace entre Yeva y su hijo. Pero en cuanto entró en el salón y vio a Yeva sentada junto al fuego, declaró que sería él mismo quien se casaría con ella.

Padre e hijo empezaron a discutir y terminaron peleándose a golpes. El coronel retirado vino a sellar la disputa, pero al ver a Yeva por primera vez, desenvainó su espada y desafió a los dos pretendientes. El padre de Yeva la mandó a su habitación y llamó a los guardias para que separaran a los tres hombres. Más tarde, libres ya del hechizo de la belleza de Yeva, los tres recuperaron el juicio. Bebieron té todos juntos con la cabeza gacha, avergonzados por su comportamiento.

—No podéis permitir que esto continúe —dijo el coronel—. Todos los días crece la multitud de la plaza. Debéis elegir un marido para Yeva y terminar con esta locura antes de que la ciudad quede destrozada.

El duque pudo haber acabado con todo aquello preguntándole sencillamente a su hija qué era lo que deseaba. Pero disfrutaba con la atención que recibía Yeva, y lo cierto era que vendía muchísima harina gracias a ello. De modo que trazó un plan que se amoldaba tanto a su codicia como a su gusto por el espectáculo.

El duque disponía de muchos acres de bosque que deseaba talar para plantar más trigo. Al día siguiente, a mediodía, salió al balcón que dominaba la Plaza de los Pretendientes y saludó a los hombres reunidos abajo. La multitud suspiró, decepcionada al ver aparecer al duque en lugar de a Yeva, pero irguieron las orejas al oír lo que dijo:

—Es hora de que mi hija se despose. —Se alzó un clamor entre la multitud—. Pero solamente un hombre digno podrá tenerla. Yeva es una criatura delicada, y no debe pasar frío. Todos vosotros iréis a mis bosques y llevaréis una pila de leña al campo en barbecho que hay en la linde sur. Mañana, al amanecer, el que tenga la pila de leña más alta se desposará con Yeva.

Los pretendientes no se pararon a reflexionar sobre aquella extraña tarea; se marcharon como el rayo a buscar sus hachas.

Mientras el duque cerraba las puertas del balcón, Yeva le dijo:

—Perdona, papá, pero ¿qué forma es esta de escoger marido? Mañana sin duda tendré mucha leña, pero ¿conseguiré un buen hombre?

El duque le dio unas palmaditas en la mano.

—Querida Yeva —dijo—. ¿Tan necio o cruel me juzgas? ¿Acaso no has visto al príncipe que lleva una semana en la plaza, esperando pacientemente todos los días para poder verte un solo instante? Posee oro suficiente para contratar a mil hombres que blandan sus hachas en su nombre. Ganará la prueba sin dificultad, y así vivirás en la capital y solo vestirás ropa de seda durante el resto de tu vida. ¿Qué te parece?

Yeva dudaba de que su padre hubiera contestado a su pregunta, pero le dio un beso en la mejilla y le dijo lo sabio que era.

Lo que ni Yeva ni su padre sabían era que, en las profundas sombras de la torre del reloj, Semyon el Harapiento prestaba atención. Semyon era un Agitamareas, y pese a ser poderoso, también era pobre. Esta historia sucedió antes del Segundo Ejército, cuando los Grisha eran bienvenidos en muy pocos lugares, y recibidos siempre con suspicacia. Semyon se ganaba la vida

viajando de pueblo en pueblo, desviando ríos cuando había sequía, alejando las lluvias cuando las tormentas de invierno llegaban demasiado pronto o encontrando el lugar idóneo para excavar un pozo. Para Semyon era algo muy simple. «El agua solo busca una dirección», explicaba, las pocas veces que alguien le preguntaba. «Quiere que le digan qué debe hacer».

Normalmente le pagaban con cebada o en especie, y en cuanto terminaba con su tarea, los aldeanos le pedían que se marchara. Aquello no era vida. Semyon anhelaba tener un hogar y una esposa. Quería tener botas nuevas y un abrigo elegante, para que la gente lo mirara con respeto cuando paseara por la calle. Y en cuanto vio a Yeva Luchova, también quiso tenerla a ella.

Semyon caminó desde la ciudad hasta la linde sur del bosque, donde los pretendientes ya estaban talando árboles a diestro y siniestro y erigiendo sus pilas de leña. El no tenía hacha, ni dinero para comprar una. Era lo bastante astuto (y estaba lo bastante desesperado) como para recurrir al robo, pero se había fijado en el príncipe que merodeaba bajo la ventana de Yeva, y creía haber comprendido cuál era el plan del duque. El corazón le dio un vuelco al ver cómo varios equipos de hombres levantaban el montón de madera del príncipe, mientras este tan solo los contemplaba, con su cabello dorado y su sonrisa, y jugueteaba con un hacha de mango de marfil cuyo filo refulgía con el extraño color gris oscuro del acero Grisha.

Semyon siguió el curso del río hasta su triste campamento, donde guardaba su fardo de harapos y sus escasas posesiones. Se sentó en la orilla y escuchó los golpes rítmicos y el chapoteo de la noria del gran molino. Con la gente, Semyon se mostraba taciturno y callado, pero en la orilla del río, entre el suave rumor de los juncos, hablaba con libertad, abriéndole su corazón al agua, confesándole todas sus aspiraciones secretas. El río se reía con sus bromas, escuchaba y asentía, o rugía con la misma ira e indignación que sentía Semyon cuando alguien le había ofendido.

Pero mientras el sol se iba poniendo y las hachas se acallaban a lo lejos, Semyon supo que los hombres se marcharían a casa con el último rayo de luz diurna. La prueba podía darse por terminada.

—¿Qué voy a hacer? —le dijo al río—. Mañana Yeva tendrá a un príncipe por marido y yo seguiré sin nada. Siempre has cumplido mi voluntad, pero ¿de qué me sirves ahora?

Para su sorpresa, el río burbujeó con un sonido dulce y agudo, semejante al canto de una mujer. Embistió hacia la izquierda y luego hacia la derecha, rompiendo contra las rocas, burbujeando y espumeando, como agitado por

una tormenta. Semyon retrocedió, hundiendo las botas en el fango mientras el agua se alzaba.

—Río, ¿qué estás haciendo? —exclamó.

El río se elevó en una gran ola rizada y se abalanzó sobre él, sobrepasando su propia orilla. Semyon se cubrió la cabeza con los brazos, seguro de que se disponía a golpearlo, pero justo cuando el agua estaba a punto de alcanzarlo, el río se dividió en dos y pasó a toda velocidad junto a su cuerpo tembloroso.

El río avanzó violentamente por el bosque, desarraigando árboles centenarios y desnudando ramas. Fue labrando un camino a través del bosque bajo el abrigo de la noche, hasta llegar al campo en barbecho de la linde sur. Una vez allí, formó un remolino, y árbol tras árbol, rama tras rama, empezó a erigir una estructura. El río trabajó durante toda la noche, y cuando los vecinos llegaron a la mañana siguiente, encontraron a Semyon de pie junto a una inmensa torre de troncos, al lado de la cual palidecía el triste montoncito de leña que habían reunido los hombres del príncipe.

El príncipe, furioso, arrojó a un lado su hacha de mango de marfil, y el duque se quedó consternado. No podía romper una promesa hecha de forma tan pública, pero tampoco podía soportar la idea de que su hija se casara con una criatura tan antinatural como Semyon. Se obligó a sonreír y a palmear la estrecha espalda de Semyon.

—¡Que magnífico trabajo! —declaró—. ¡Estoy seguro de que tu éxito será igual de rotundo en la segunda prueba!

Semyon frunció el ceño.

—Pero...

—No pensarías que una única prueba te otorgaría la mano de Yeva, ¿verdad? ¡Estarás de acuerdo conmigo en que mi hija vale más que eso!

Todos los vecinos, y los ansiosos pretendientes, coincidieron... sobre todo el príncipe, cuyo orgullo seguía herido. Semyon no quería que nadie pensara que valoraba poco a Yeva. Se tragó sus quejas y asintió.

—¡Muy bien! Pues escuchad atentamente. Una muchacha como Yeva debe poder admirar su bello rostro. En lo alto de las Petrazoi mora Baba Anezka, la fabricante de espejos. Quien regrese con una muestra de su obra desposará a mi hija.

Los pretendientes se dispersaron en todas direcciones, mientras el príncipe daba órdenes a sus hombres.

Cuando su padre regresó al palacio y Yeva se enteró de lo que había hecho, le dijo:

—Perdona, papá, pero ¿qué forma es esta de encontrar marido? Pronto tendré un bonito espejo, pero ¿y un buen hombre?

—Querida Yeva —dijo el duque—. ¿Cuándo aprenderás a confiar en la sabiduría de tu padre? El príncipe, posee los caballos más rápidos de Ravka, y solamente él puede permitirse un espejo semejante. Ganará la prueba sin dificultad, y así llevarás una corona enjorada y comerás cerezas en pleno invierno. ¿Qué te parece?

Yeva se preguntó si tal vez su padre no había oído bien la pregunta, pero le dio un beso en la mejilla y le dijo que las cerezas le gustaban mucho.

Semyon bajó al río y enterró el rostro entre las manos.

—¿Qué voy a hacer? —dijo tristemente—. No tengo caballo, ni tampoco dinero con el que pagar a la bruja de la montaña. Antes me has ayudado, pero ¿de qué me sirves ahora, río?

En ese momento, Semyon se quedó sin aliento al ver que el río volvía a sobrepasar sus orillas y lo agarraba por el talón. Lo arrastró hasta sus profundidades, mientras él tosía y boqueaba.

—Río —exclamó Semyon—, ¿qué estás haciendo?

El río respondió con un burbujeo, lo hundió hasta el fondo y luego lo sacó a flote, transportándolo a salvo mientras avanzaba. Lo llevó hacia el sur por lagos, arroyos y rápidos, después al oeste por afluentes y riachuelos, kilómetro tras kilómetro, hasta que, finalmente, llegaron a la cara norte de las Petrazoi, y Semyon comprendió las intenciones del río.

—¡Más deprisa, río, más deprisa! —le ordenó, mientras el agua lo llevaba ladera arriba. Enseguida llegó, empapado pero triunfante, a la entrada de la cueva de la bruja.

—Has sido un amigo leal, y creo que debo ponerte nombre —le dijo Semyon al río mientras intentaba escurrirse el agua de su andrajoso abrigo—. Te llamaré Daga Corta, por tu brillo plateado bajo la luz del sol y porque eres mi fiero defensor.

Entonces llamó a la puerta de la bruja.

—¡Vengo a por un espejo! —exclamó.

Baba Anezka abrió la puerta; tenía los dientes rectos y afilados y los ojos dorados e imperturbables. Solo entonces recordó Semyon que no tenía con qué pagar a la bruja. Pero antes de que la anciana Hacedora le cerrara la puerta en las narices, el río se coló dentro, rodeó los pies de Baba Anezka sin tocarlos y volvió a salir.

Baba Anezka saludó al río con una reverencia. Seguida de cerca por Semyon, dejó que el río la guiara por un risco escarpado, entrando luego por

un camino oculto entre dos rocas planas. Cuando cruzaron el estrecho paso, se encontraron en el límite de un pequeño valle de gravilla gris, tan yermo e inhóspito como el resto de las Petrazoi. Pero en el centro había un estanque, de una redondez casi perfecta y con la superficie tan lisa como el cristal pulido, que reflejaba el cielo de una forma tan pura que parecía más bien un portal por el que uno podría caer entre las nubes con tan solo meter un pie.

La bruja sonrió, mostrando sus afilados dientes.

—Esto sí que es un espejo —dijo—. Me parece un buen trueque.

Regresaron a la cueva, y cuando Baba Anezka le tendió a Semyon uno de sus mejores espejos, él se echó a reír de júbilo.

—Es un regalo para el río —le advirtió ella.

—Pertenece a Daga Corta, y Daga Corta hace lo que yo le pido. Además, ¿de qué le serviría un espejo a un río?

—Esa pregunta le corresponde al río —replicó Baba Anezka.

Pero Semyon la ignoró. Llamó a Daga Corta y, una vez más, el río lo agarró por el tobillo y descendieron juntos por la ladera de la montaña. Cuando pasaron en tromba junto a la caravana del príncipe, que avanzaba lentamente por el camino, los soldados se giraron para mirar, pero no vieron más que una gran ola y un rastro de espuma blanca.

Una vez en Velisyana, Semyon se vistió con su túnica menos andrajosa, se peinó e hizo lo posible por lustrar sus botas. Cuando contempló su reflejo en el espejo, se sorprendió al ver el rostro huraño y los ojos sombríos que le devolvían la mirada. Siempre se había considerado bastante apuesto, y el río nunca le había dicho lo contrario.

—Le pasa algo raro a este espejo, Daga Corta —dijo—. Pero es lo que ha pedido el duque, así que Yeva podrá colgarlo en la pared si lo desea.

Cuando el duque miró por la ventana y vio a Semyon cruzando la Plaza de los Pretendientes con un espejo en la mano, retrocedió tambaleándose, estupefacto.

—¿Veis lo que habéis conseguido con vuestras estúpidas pruebas? —dijo el coronel retirado, que aguardaba el resultado de la prueba en compañía del duque—. Deberíais haberme dado la mano de Yeva cuando tuvisteis la oportunidad. Ahora tendrá que casarse con ese inadaptado y nadie querrá sentarse a vuestra mesa. Debéis encontrar el modo de deshaceros de él.

Pero el duque no estaba tan seguro. Un príncipe sería un yerno magnífico, sin duda, pero si Semyon había logrado cumplir con tan extraordinarias tareas, debía de poseer un gran poder, y el duque se preguntaba si podría servirse de esa magia.

Despidió al coronel y, cuando Semyon llamó a la puerta del palacio, el duque le dio la bienvenida con gran ceremonia. Invitó a Semyon a sentarse en el lugar de honor y ordenó que los criados le lavaran las manos con agua perfumada. Luego le dieron almendras garrapiñadas, brandy de ciruela y cuencos repletos de empanadillas de cordero sobre un lecho de flores de malva. Semyon jamás había comido tan bien, y desde luego nunca lo habían tratado como a un huésped apreciado. Cuando finalmente se reclinó en su asiento, le dolía la barriga y tenía los ojos vidriosos por el vino y los halagos.

—Semyon —dijo el duque—, tú y yo somos hombres honrados, así que podemos hablar con franqueza. Eres un tipo astuto, pero ¿cómo esperas cuidar de alguien como Yeva? No tienes trabajo, ni hogar, ni expectativas.

—Tengo amor —dijo Semyon con seguridad, a punto de volcar su vaso—, y también a Daga Corta.

El duque no sabía qué tenía que ver una daga con todo aquello, pero continuó:

—El amor no da de comer, y Yeva ha tenido una vida acomodada. No ha conocido el esfuerzo, tampoco la adversidad. ¿Es que quieres ser tú quien le enseñe lo que significa el sufrimiento?

—¡No! —exclamó Semyon—. ¡Nunca!

—Entonces debemos trazar un plan, tú y yo. Mañana anunciaré la última prueba, y si consigues superarla, obtendrás la mano de Yeva y todas las riquezas que puedas desear.

Semyon sospechaba que el duque podría intentar engañarle una vez más, pero le gustaba cómo sonaba aquel trato, y decidió mantenerse en guardia.

—Muy bien —respondió, tendiéndole la mano al duque.

El duque le estrechó la mano, disimulando su repugnancia, y dijo:

—Preséntate mañana en la plaza y escucha con atención.

Se extendió el rumor de la tercera prueba, y al día siguiente la plaza estaba abarrotada. Había más pretendientes que nunca, incluido el príncipe, que estaba de pie junto a sus agotados caballos, con las botas resplandecientes por las minúsculas esquirlas de cristal del espejo que había hecho añicos de pura frustración.

—Existe una antigua moneda acuñada por un gran hechicero y enterrada bajo Ravka —anunció el duque—. Cada vez que se gasta, regresa multiplicada por dos, de manera que los bolsillos de su dueño siempre están llenos. Traedme esa moneda para que a Yeva nunca le falte de nada. Quien lo consiga se desposará con ella.

La multitud se dispersó en todas direcciones, en busca de picos y palas.

Cuando el duque volvió a entrar en el palacio, Yeva le dijo:

—Perdona, papá, pero ¿qué forma es esta de encontrar marido? Pronto seré muy rica, pero ¿cómo me ayudará eso a encontrar un buen hombre?

Esta vez, el duque miró a su hija con lástima.

—Cuando las arcas están vacías y el estómago ruge, incluso los hombres buenos se vuelven malos. Gane quien gane la prueba, la moneda mágica será nuestra. Bailaremos en salones de mármol y beberemos en copas de ámbar helado, y si no te gusta tu marido, lo ahogaremos en un mar de oro y enviaremos un barco de plata a buscarte otro nuevo. ¿Qué te parece?

Yeva suspiró, cansada de formular preguntas que quedaban sin respuesta. Le dio un beso en la mejilla a su padre y se marchó a rezar sus oraciones.

El príncipe reunió a sus consejeros. El ingeniero real le facilitó una máquina accionada mediante una manivela que requería la fuerza de cincuenta hombres. Cuando giraba, podía taladrar la tierra kilómetros y kilómetros de profundidad. Pero el ingeniero no sabía como detenerla, y la máquina y los ingenieros desaparecieron para siempre. El ministro del interior aseguraba que podría enterrar un ejército de topos si le concedían más tiempo, y el jefe de espionaje del rey juró haber oído hablar de una cuchara mágica con la que se podía excavar en la roca maciza.

Mientras tanto, Semyon regresó al río.

—Daga Corta —dijo—. Te necesito. Si no encuentro esa moneda, otro hombre se llevará a Yeva; me quedaré sin nada.

La superficie del río empezó a ondear y a salpicar con consternación. Rompía contra sus propias orillas, y regresaba una y otra vez para golpear el dique que contenía sus aguas y daba forma a la represa del molino. Unos minutos después, Semyon lo comprendió; el río estaba dividido y era demasiado débil para excavar bajo tierra.

Blandió el hacha de mango de marfil que había cogido en el bosque, cuando el príncipe se había deshecho de ella, y golpeó el dique con todas sus fuerzas. El estruendo del acero Grisha al chocar contra la roca resonó por todo el bosque hasta que, finalmente, con un suspiro chirriante, la presa reventó. El río se agitó y espumó con renovadas fuerzas al estar de nuevo completo.

—Ahora atraviesa la tierra y tráeme la moneda, Daga Corta. Si no, ¿de qué me sirves?

El río se introdujo en la tierra con energía y decisión, dejando tras de sí cavernas, cuevas y túneles. Cruzó toda Ravka de frontera a frontera; las rocas le arañaban la corriente y la tierra bebía de sus márgenes. Cuanto más descendía más se debilitaba, pero siguió adelante. Cuando estaba al límite de

sus fuerzas, cuando ya era poco más que un hálito de vaho en un terrón de tierra, palpó la moneda, pequeña y sólida. El tiempo había hecho desaparecer su impronta hacía mucho.

El río aferró la moneda y se impulsó hacia la superficie, recuperando sus fuerzas, vigorizándose con el fango y el agua de lluvia, hinchándose a medida que reclamaba arroyos y riachuelos. Salió a la superficie por la represa del molino, elevándose por el aire como un surtidor de niebla en el que refulgían los arcoíris. En lo más alto flotaba y brincaba la moneda.

Semyon se zambulló en el agua para hacerse con ella, pero el río empezó a girar a su alrededor, profiriendo murmullos angustiados. Semyon se detuvo y reflexionó. «¿Y sí le llevo la moneda al duque y este me impone otra prueba? ¿Y si se la queda y ordena que me maten?».

—No soy necio —le dijo Semyon al río—. Guarda la moneda hasta que regrese.

Una vez más, Semyon se peinó, se lustró las botas y echó a andar hacia la casa del duque. Una vez allí, llamó a la puerta y anunció que había encontrado el regalo final.

—¡Traed al sacerdote! —exigió—. y que vistan a Yeva con sus mejores galas. Pronunciaremos nuestros votos junto al río, y entonces os daré la moneda mágica.

De modo que ataviaron a Yeva con un vestido dorado y un grueso velo que ocultaba su maravilloso rostro. La niñera ciega lloró en voz baja mientras abrazaba a Yeva por última vez, y le prendió un *kokoshnik* enojado en el cabello. Después llevaron a Yeva hasta el río, acompañada por su padre y por el sacerdote; tras ellos caminaban todos los habitantes de Velisyana y el príncipe, este último de mala gana.

Encontraron a Semyon junto al dique destrozado; el río anegaba su antigua orilla.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó el duque.

Semyon seguía llevando sus harapos, pero esta vez habló con orgullo.

—Tengo vuestra moneda —dijo—. Dadme a mi esposa.

El duque extendió la mano, expectante.

—Enséñasela, Daga Corta —les dijo Semyon a las bullentes aguas.

Yeva frunció el ceño.

—¿Qué tiene de corto este río? —preguntó, pero nadie oyó lo que decía.

La moneda salió disparada desde las profundidades del río y quedó brincando y bailando en su superficie.

—¡Es cierto! —exclamó el duque—. ¡Por todos los Santos, la ha encontrado!

El duque, Semyon y el príncipe se abalanzaron sobre la moneda para apoderarse de ella, y el río rugió. Pareció arquear el lomo, como una bestia lista para atacar, una ola salvaje y palpitante que se elevaba sobre la multitud.

—¡Detente! —le ordenó Semyon.

Pero el río no se detuvo. Empezó a girar y a retorcerse, formando un poderoso remolino del que sobresalían juncos y piedras rotas. Se elevó muy por encima del bosque, ante la aterrada mirada de todos los presentes. ¿Qué vieron en aquellas aguas? Más tarde, algunos dijeron que habían visto a un demonio; otros, los cadáveres pálidos y abotargados de cien ahogados; pero la mayoría aseguraron haber visto a una mujer de brazos como olas rompientes, cabellos semejantes a los relámpagos de una nube borrascosa y pechos de espuma blanca.

—¡Daga Corta! —gritó Semyon—. ¿Qué estás haciendo?

Una voz habló entonces; su potencia era terrible, y albergaba el eco de las cataratas alimentadas por la lluvia, de las tempestades y de las crecidas.

—No soy ningún cuchillo romo destinado a cortar tu triste pan —dijo—. Yo alimento los campos e inundo las cosechas. Soy la abundancia y la destrucción.

La gente cayó de rodillas y lloró. El duque aferró la mano del sacerdote.

—¿Entonces quién eres? —suplicó Semyon—. ¿Qué eres?

—Tu lengua es incapaz de pronunciar mi verdadero nombre —tronó el río—. Antaño fui un espíritu del Isenvee, el gran Mar del Norte, y vagaba libremente por estas tierras, fluyendo desde Fjerda hasta la costa rocosa. Más tarde, por una infausta casualidad, mi espíritu quedó atrapado aquí, atado a este dique, capaz de correr pero condenado a regresar, obligado a accionar esta maldita noria y convertido en el eterno lacayo de esta aldea miserable. Pero ahora el dique ya no existe. Tu codicia y el hacha del príncipe se han encargado de ello.

Fue Yeva la que reunió el coraje suficiente para hablar, puesto que la pregunta parecía evidente:

—¿Qué es lo que quieres, río?

—Fui yo quien erigió la torre de árboles —dijo el río—. Y fui yo quien consiguió el espejo de Baba Anezka. Fui yo quien encontró la moneda mágica. Y ahora te pregunto, Yeva Luchova: ¿quieres quedarte aquí, con un padre que trataba de venderte, o con un príncipe que esperaba comprarte, o

con un hombre demasiado débil para resolver las pruebas por sí solo? ¿O prefieres acompañarme y comprometerte solo con la costa?

Yeva miró a Semyon, al príncipe y a su padre, que estaba al lado del sacerdote. Entonces se arrancó el velo que le cubría la cara. Los ojos le brillaban y sus mejillas estaban sonrojadas. La gente gritó y se tapó los ojos, pues en aquel momento estaba demasiado bella como para mirarla. Su belleza era terrorífica, cegadora, como una estrella voraz.

Yeva saltó desde la orilla y el río la atrapó con sus aguas manteniéndola a flote mientras su *kokoshnik* enjorado se hundía y la falda de su vestido de seda se hinchaba. Permaneció en la superficie, como una flor atrapada en la corriente, y ante la mirada atónita del duque, cuyas piernas temblaban dentro de sus botas empapadas, el río envolvió a Yeva en sus brazos y se la llevó. Atravesó los bosques con gran estruendo, anegando los árboles y los campos con sus turbulentas faldas y destrozando por completo el molino. La noria se soltó de sus anclajes y descendió por la orilla, rodando a toda velocidad y derribando al príncipe y a su séquito antes de desaparecer en la espesura.

Los vecinos se abrazaron y temblaron, y cuando el río se marchó por fin, contemplaron el lecho vacío, las rocas húmedas que relucían al sol. Donde apenas unos minutos antes había estado la represa del molino, ahora solo quedaba una cuenca enlodada. Reinaba la quietud, un silencio roto únicamente por el croar de las ranas perdidas y las sacudidas de los peces que se ahogaban en el barro.

El río era el corazón de Velisyana; cuando dejó de latir, era inevitable que la ciudad muriese.

Sin el río no podía haber molino, y sin molino, el duque perdió su fortuna. Cuando le pidió ayuda al rey, el príncipe le sugirió a su padre que le impusiera tres pruebas al duque, y que el castigo por fracasar fuera perder la cabeza. El duque abandonó la capital, humillado pero con la cabeza sobre los hombros.

Los comercios y las casas de Velisyana se vaciaron. Las chimeneas permanecían frías y el reloj del campanario daba la hora sin que nadie lo escuchara. El duque se quedó en su ruinoso palacio, contemplando la Plaza de los Pretendientes desde la ventana de Yeva y maldiciendo a Semyon. Si se presta mucha atención todavía se le puede ver allí, rodeado de lirios de piedra esperando el regreso del agua.

A quien no verás es a la hermosa Yeva. El río se la llevó hasta la costa del mar, y allí permaneció. Rezaba sus oraciones en una diminuta capilla, hasta cuya misma puerta llegaban las olas, y todos los días se sentaba al borde del océano y contemplaba el ir y venir de las mareas. Vivió sola y feliz, envejeció y nunca le preocupó que su belleza se desvaneciera, pues en su propio reflejo siempre vio una mujer libre.

En cuanto al pobre Semyon, fue expulsado de la ciudad y culpado de la tragedia que se había abatido sobre sus habitantes. Sin embargo, su desdicha no duró mucho. Poco tiempo después de abandonar Velisyana, se marchitó hasta morir. No consentía que atravesara sus labios ni una sola gota de agua, pues estaba convencido de que le traicionaría.

Si has cometido la imprudencia de desviarte del camino, de ti depende regresar a la carretera. Sigue los gritos de preocupación de tus compañeros, y tal vez tus pies te lleven hasta el esqueleto oxidado de una noria que descansa en una pradera, donde no debería estar. Si tienes suerte, te reencontrarás con tus amigos. Te palmearán la espalda y te tranquilizarán con sus carcajadas. Pero mientras dejas atrás esa brecha oscura entre los árboles, recuerda que utilizar algo no es lo mismo que poseerlo. Y si alguna vez tomas a una mujer por esposa, escucha sus preguntas con atención. Es posible que en ellas oigas su verdadero nombre, como el fragor de un río perdido, como el suspiro del mar.



## DAGA CORTA





EL PRÍNCIPE  
SOLDADO



EN EL FONDO, LA CULPA FUE DEL RELOJERO, pero el Sr. y la Sra. Zilverhaus nunca deberían haberle dejado entrar en su casa. Es lo que pasa con los demonios, aunque sean menores: llaman a tu puerta vestidos con abrigos de terciopelo y zapatos bien lustrados. Se quitan el sombrero, sonrían y se comportan educadamente en la mesa. Nunca te enseñan su cola puntiaguda.

El relojero se llamaba Droessen, aunque se rumoreaba que no era de Kerch, sino de Ravka; se decía que era el hijo exiliado de un noble, o tal vez un Hacedor caído en desgracia y expulsado de su tierra natal por motivos desconocidos. Regentaba una tienda en Wijnstraat, allí donde el canal se tuerce como un dedo que te invita a acercarte, y era conocido en todo el mundo por sus fantásticos relojes, por los pajaritos de bronce que piaban distintas canciones según la hora y por las diminutas figuras humanas de madera que representaban escenas divertidas a medianoche y a mediodía.

Se había hecho famoso tras construir un adivino mecánico que, al tirar de cierta palanca, colocaba su mano de madera pulida sobre la tuya y te adivinaba el porvenir. Un comerciante llevó a su hija a la tienda días antes de su boda. El adivino chasqueó y rechinó, abrió su boca de madera y dijo:

—Hallarás un gran amor, y más oro del que puedas desear.

El comerciante compró aquel autómeta para ofrecérselo a su hija como regalo de bodas, y todos los que asistieron a la ceremonia reconocieron que nunca habían visto una pareja tan enamorada. Pero el barco en el que zarparon para su luna de miel iba tan cargado dinero y bienes que se hundió con la primera tormenta y todo desapareció bajo el indiferente mar. Cuando le llegó la noticia al comerciante, este recordó las astutas palabras del autómeta y, ebrio de congoja y brandy, lo destrozó con sus propios puños. Sus criados lo encontraron al día siguiente, tendido entre los restos y todavía llorando, con la camisa manchada y los nudillos ensangrentados. Pero aquella triste historia atrajo a nuevos clientes al establecimiento del relojero, en busca de lo imposible y lo maravilloso.

En su tienda encontraban toda suerte de maravillas: leones dorados que perseguían gacelas mecánicas por sabanas de terciopelo; un jardín de flores esmaltadas polinizadas por colibríes enjorjados que aleteaban y zumbaban, movidos por alambres tan finos que casi parecían volar de verdad; un reloj giratorio con calendario, a salvo de miradas jóvenes y curiosas en el estante más alto de todos y habitado por autómatas humanos que cometían distintos asesinatos horribles cada mes. El uno de enero se libraba un duelo en un campo helado, y de las pistolitas de los duelistas salían volutas de humo, con un chasquido metálico. En febrero, un hombre se avalanzaba sobre su esposa para estrangularla, mientras su amante se ocultaba bajo la cama revuelta. Y así sucesivamente.

Pese a sus logros, Droessen todavía era joven, y se convirtió en el invitado más disputado por las familias de comerciantes que compraban sus creaciones. Vestía bien, conversaba de manera agradable y siempre agasajaba a sus anfitriones con encantadores obsequios. Cierto era que, cuando entraba en una habitación, sus ocupantes se sentían repentinamente incómodos y se frotaban los brazos por el inesperado relente, preguntándose si habría alguna puerta abierta. Sin embargo, eso solamente lo hacía más interesante. Sin esa leve sensación perniciosa Droessen podría haber sido un personaje patético, un hombre adulto que perdía el tiempo con lo que, en el fondo, no eran más que juguetes sofisticados. Pero no era así; se hablaba mucho sobre su elegante abrigo de terciopelo y sus ágiles y blancos dedos. Las madres aferraban sus pañuelos y las hijas se ruborizaban cuando andaba cerca.

Todos los inviernos, los Zilverhaus, una familia acaudalada de comerciantes de té, invitaban al relojero a su casa de campo para que participara en las fiestas y espectáculos que celebraban durante la semana de Nachtspeel. La casa en sí era todo un ejemplo de sobriedad mercantil: madera oscura, ladrillo sólido de líneas rectas. Pero estaba perfectamente situada junto a un lago que se helaba en invierno y en el que se podía patinar, y no le faltaban comodidades: cada habitación disponía de una chimenea encendida, para que la casa fuera siempre alegre y acogedora, y todos los suelos se pulían hasta que mostraban el brillo cálido y almibarado de una tarta glaseada.

Desde el primer año que Droessen visitó la casa del lago, empezaron a oírse rumores preocupantes. Durante su primera estancia, los De Kloet, vecinos de los Zilverhaus, estuvieron de luto desde Nachtspeel hasta el año nuevo, después de que Elise De Kloet diese a luz un bebé compuesto enteramente de pelusa de diente de león. Una sirvienta descuidada abrió una ventana, y el bebé se deshizo con la primera racha de aire. Al año siguiente, a

una prima de los Zilverhaus le brotaron unas pequeñas setas grises en la frente; y un chico que venía de visita desde Lij aseguró que, al despertar, le había salido una única y solitaria ala entre los omoplatos, pero que enseguida había ardidado hasta quedar reducida a cenizas, al atravesar un rayo de sol el pasillo.

¿Aquellos extraños sucesos guardaban relación con el relojero? Nadie podía estar seguro, pero no faltaban chismes sobre el asunto.

—El joven Droessen es un tipo encantador, pero de lo más inusual, y las extravagancias parecen seguirle allá por donde va —le dijo una vez una mujer a Althea Zilverhaus.

—De lo más inusual —reconoció Althea, pero sabía que Droessen aceptaba muy pocas invitaciones, y que aquella mujer, pese a su aparatosa gorguera de encaje, no podía ni soñar con que Droessen hiciera acto de presencia en uno de sus salones culturales—. De lo más inusual, ya lo creo —repitió Althea sonriendo, Y no dijo nada más.

Por aquel entonces todo parecía, simplemente, un inofensivo entretenimiento.

No solo el talento y las costumbres de Droessen eran inusuales; también lo era su codicia. Se había pasado la vida trabajando en la miseria, rebajándose ante los comerciantes que le honraban con su visita, y no había tardado mucho en descubrir que no bastaba con tener talento. Cuando se dio cuenta de que los clientes preferían comerciar con un rostro agradable, se hizo cortar el pelo a la moda y se fabricó unos dientes rectos y blancos, tan perfectos que a veces le convencían incluso a él. Cuando comprobó el respeto que mostraban sus clientes hacia los militares, se puso un doloroso arnés que le enderezaba la espalda y rellenó las hombreras de su chaqueta para afectar el porte de un soldado. Y como sabía que la popularidad dependía de la demanda, procuraba rechazar dos invitaciones de cada tres.

Pero se cansó de cenar comida fría en su oscura tienda, con la puerta cerrada y las luces apagadas para crear la ilusión de que estaba en algún otro lugar, divirtiéndose. Quería tener una casa lujosa, en lugar de una habitación alquilada, fría y húmeda. Quería disponer de dinero para sus inventos. No quería volver a tener que decir nunca más «sí, señor, no, señor, enseguida, señor». Para ello tendría que casarse bien, pero ¿quién podría ser su esposa? Las jóvenes casaderas que pasaban por su tienda acompañadas por sus padres y que coqueteaban con él en las fiestas lo consideraban un tanto peligroso.

Nunca considerarían seriamente a un simple artesano como pretendiente. No, necesitaba una muchacha muy joven, todavía maleable, para conseguir que le admirara.

Clara Zilverhaus todavía no había cumplido doce años; era lo bastante hermosa, lo bastante rica; tenía el talante soñador que él buscaba. Droessen averiguaría todos sus gustos y deseos, se los entregaría y, con el tiempo, ella terminaría amándolo. O eso pensaba él. Droessen conocía las propiedades de todo tipos de maderas, pinturas y esmaltes; podía ajustar los engranajes de un reloj hasta hacerlos girar con muda precisión. Sin embargo, pese a su sonrisa diligente, su facilidad para encandilar y su imitación de un caballero, nunca había sido capaz de comprender realmente a las personas ni los entresijos de sus regulares pero veleidosos corazones.

La casa del lago bullía de emoción cada vez que llegaba el relojero, y los niños siempre eran los primeros en saludarle cuando salía de su carruaje. Perseguían a los criados que descargaban su equipaje; sus baúles y arcones siempre estaban llenos de espléndidos objetos: muñecos con los disfraces de la Komedie Brute, cajas de música, hileras de cañones e incluso un magnífico castillo que defender con estos.

Pese a que el joven Frederik le gustaba recrear largas batallas, siempre terminaba aburriéndose, por muy detallados que fueran el armamento y las tropas en miniatura, y se ponía el abrigo para irse a hacer travesuras en la nieve. Pero Clara era distinta. Para consternación de Droessen, la niña ignoraba los complejos mecanismos y artilugios que le traía, y se limitaba a sonreír débilmente al ver su exquisita réplica de un palacio ravkano, con sus arcos de madera tallada y sus cúpulas chapadas en oro auténtico. Por el contrario, Clara era capaz de jugar durante horas con los muñecos que le fabricaba; se perdía en el interior de la casa y



solo reaparecía cuando la campana de la cena ya había sonado más de una vez y su madre se había visto obligada a llamarla a gritos por las escaleras y los pasillos, para que la niña interrumpiera de una vez sus ensoñaciones y bajara a comer.

Por eso, a lo largo de numerosas y largas noches, Droessen fabricó en su taller un elegante cascanueces de ojos claros, vestido con una casaca azul y unas relucientes botas negras y armado con una pequeña bayoneta sujeta a su puño cuadrado.

—Cuéntale todos tus secretos —le dijo a Droessen a Clara mientras depositaba el muñeco en sus brazos—, y él los mantendrá a salvo.

Ella le prometió que así lo haría.

Los padres de Clara daban por hecho que, a medida que creciera, su hija iría abandonando aquellos entretenimientos infantiles y empezaría a interesarse más por los vestidos y la perspectiva de tener marido y familia, como sucedía con sus amigas. Pero los años pasaban y Clara seguía siendo la misma muchacha extraña y soñadora que no terminaba las frases porque se apoderaba de ella algún pensamiento silencioso y secreto, la que aguantaba las lecciones de idiomas y cotillones con distraída cordialidad para después sonreír y escabullirse a algún rincón poco iluminado donde poder desplegar, sin distracciones, el mundo invisible que hubiera conjurado su mente en esa ocasión.

Cuando Clara cumplió dieciséis años, sus padres celebraron una gran fiesta en su honor. Comió dulces, importunó a su hermano y bailó grácilmente con todos los jóvenes casaderos de familias comerciantes que asistieron.

Althea Zilverhaus suspiró de felicidad y alivio, y se fue a la cama sin la menor preocupación por primera vez desde hacia meses. Pero esa noche se despertó súbitamente, sintiendo la repentina necesidad de comprobar que sus hijos estaban bien. Frederik, que a sus diecisiete años estaba encantado de ausentarse de la escuela, roncaba ruidosamente en su dormitorio. Pero la cama de Clara estaba vacía.

Althea encontró a Clara acurrucada junto a la chimenea del comedor, con uno de sus muñecos favoritos en brazos. Se fijó en que su hija llevaba los escarpines y el abrigo, y que ambas prendas estaban húmedas por la nieve.

—Clara —susurró su madre, sacudiéndole suavemente el hombro para despertarla—. ¿Por qué has salido?

Clara parpadeó, somnolienta, y miró a su madre con una sonrisa incierta y dulce.

—Le encanta la nieve —dijo, antes de abrazar el muñeco con más fuerza y volver a quedarse dormida.

Althea observó el feo rostro del muñeco de madera que estrechaba entre sus brazos su hija, vestida con el camisón y el abrigo húmedo. Era la creación de Droessen que a Althea menos le gustaba, un cascanueces con una sonrisa grotesca y una casaca azul chillón. De pronto, tuvo la sensación de que habían cometido un terrible error al invitar al relojero a su casa, años atrás. Sus dedos ardían en deseos de arrebatarse el muñeco a Clara y arrojar aquel condenado cachivache al fuego.

Alargó la mano hacia el cascanueces, pero luego la apartó bruscamente. Durante un instante le había parecido (era imposible, y sin embargo estaba segura de ello) que el soldadito de juguete giraba su cabeza cuadrada para mirarla. Y había visto tristeza en aquellos ojos. «Tonterías», se dijo a sí misma, llevándose la mano al pecho. «Te estás volviendo tan fantasiosa como Clara».

A pesar de todo, retrocedió, convencida de que, si se atrevía a tocar al cascanueces, a arrojarlo a las llamas, el juguete gritaría. O peor aún, que el fuego no lo haría arder.

Tapó a su hija con una manta y volvió a acostarse en su cama. Cuando despertó a la mañana siguiente casi había olvidado por completo sus ocurrencias de la noche anterior. *Nachtspiel* había empezado ya, y sus invitados no tardarían en llegar. Se levantó y tocó la campanilla para que le trajeran el té; necesitaría energías para el arduo día que tenía por delante. Pero cuando bajó las escaleras para supervisar los menús, primero fue a comprobar que Clara estaba seleccionando nueces con la cocinera, y se detuvo un momento junto a la vitrina del comedor donde se exponían todos los regalos de Droessen. No por nada en particular. Y desde luego no para asegurarse de que el cascanueces estuviera encerrado al otro lado de cristal.

Clara sabía que su madre estaba preocupada. Ella también lo estaba. Cuando se encontraba cenando, o en alguna fiesta con sus amigas, o incluso durante sus lecciones, pensaba: «Esto es agradable. No necesito más». Pero después llegaba a casa y sus pasos la llevaban al comedor, a la vitrina. Alargaba el brazo una vez más hacia el cascanueces y se lo llevaba a su dormitorio o al ático, se tumbaba de costado entre las motas de polvo y le susurraba hasta que él le respondía.

Siempre tardaba un tiempo, y al principio se sentía un poco tonta. Cuando era pequeña le resultaba más fácil, pero ahora se cohibía más que entonces. Clara se sentía boba al mover los brazos del cascanueces, al abrir y cerrar sus mandíbulas para que respondiera a sus preguntas. No podía evitar verse a sí misma tal y como la veían los demás: una joven casi adulta, tumbada en el suelo de un ático polvoriento y hablando con un muñeco. Pero insistía, recordándole las aventuras que habían vivido, aunque hubieran cambiado un poco con el paso de los años.

—Eres un soldado. Luchaste con valentía en el frente y regresaste conmigo, con tu amada.

»Una vez mataste un monstruo por mí, una rata con siete cabezas, en la última noche de *Nachtspiel*.

»Eres un príncipe al que liberé de su maldición con un beso. Te amé cuando nadie más quiso hacerlo, y me elegiste para que fuera tu reina.

Colocaba una nuez entre sus sólidos dientes y... crac, un estruendo en aquel silencioso ático.

—¿Eres mi soldado? —le preguntaba una y otra vez—. ¿Eres mi príncipe? ¿Eres mi amado? ¿Eres mío?

Y finalmente, unas veces después de escasos instantes, otras después de lo que se le antojaba una eternidad, las mandíbulas del cascanueces se abrían y este hablaba:

—¿Eres mi soldado?

—Lo soy.

—¿Eres mi príncipe?

—Lo soy.

Mientras hablaba, sus extremidades crecían, su pecho se ensanchaba y su piel se tersaba.

—Este es mi hogar —susurró Nadya, furiosa y avergonzada de las lágrimas que le inundaban los ojos—. No puedes echarme sin más. —«Mi padre no lo consentirá», añadió para sus adentros. Pero por algún motivo, no logró reunir el valor para decirlo en voz alta.

Karina se inclinó hacia Nadya. Sonrió, abriendo sus labios rojos y húmedos y mostrando unos dientes que a Nadya se le antojaron demasiado numerosos.

—¿Eres mi amado?

—Lo soy.

—¿Eres mío?

—Dulce Clara —decía el cascanueces, alto, apuesto y perfecto, con el grotesco rictus de su rostro transformado en suaves rasgos humanos—, por supuesto que lo soy.

Le ofrecía su mano y, con un silbido, salían volando por la ventana del ático, hacia el frío aire. Se encontraba de pronto a lomos de un gran corcel blanco, agarrada a la cintura de su amado, chillando de júbilo mientras navegaban en la noche, dejando atrás las nubes y adentrándose en tierras extrañas.

No sabía cómo llamar al paraje al que la llevaba. ¿El País de las Hadas? ¿La Tierra de los Sueños? Cuando era niña, el aspecto de ese lugar era distinto. Habían navegado en un barco de azúcar hilado por un arroyo de agua dulce. Había caminado sobre adoquines de mazapán, por aldeas de jengibre y castillos de mermelada. Unos niños habían bailado en su honor y habían saludado al cascanueces como a su príncipe. Se habían sentado en almohadones de gominola y la madre del príncipe había dicho que Clara era una heroína.

Ahora, gran parte de todo eso había desaparecido, sustituido por bosques verdes y ríos resplandecientes. El aire era cálido y sedoso, como ciertos lugares sobre los que había leído: tierras estivales donde el sol brillaba todo el año y la brisa templada estaba perfumada con flores de azahar. El caballo blanco los llevaba siempre a un lugar distinto: un valle en el que trotaban ponis salvajes con crines de niebla; un lago de mercurio tan grande como un mar, donde se encontraban con gallardos piratas con gemas en vez de dientes; un palacio de muros de cornejo y torres de consuelda, erigido en una arboleda donde revoloteaban nubes de mariposas cuyas alas repiqueteaban como campanillas. La reina de aquel castillo tenía la piel de color verde claro, perlada de rocío, y su corona, semejante a la cornamenta de un ciervo, le brotaba directamente de la frente, formando unas astas de hueso con un brillo nacarado. Cuando la reina rozaba la boca de Clara con sus labios, la muchacha notaba que le surgían de la espalda dos delicadas alas. Se pasaba el día volando, subiendo y bajando como un colibrí, deteniéndose solo para beber hidromiel y dejar que la reina le prendiera flores de eléboro en el pelo.

Y aun así, no era suficiente. ¿Su príncipe la amaba? ¿Podía amarla? ¿Por qué la devolvía a su casa al término de cada uno de sus viajes mágicos? No era justo que le mostrara la existencia de un mundo semejante, solamente para arrancarla más tarde de él con tanta crueldad. Si la amara tanto como lo amaba ella, sin duda le dejaría quedarse. En todas sus visitas, albergaba la esperanza de que la madre del príncipe la saludara como a una hija, no como

a una invitada; que le abriera una nueva puerta que condujera a un altar nupcial.

Pero en vez de eso, sonaba la campana de la cena, u oía a su hermano Frederik subiendo las escaleras a grandes zancadas, o la voz de su madre llamándola, y de pronto se encontraba navegando de regreso por el cielo estrellado hasta volver al frío y vacío ático, con las articulaciones doloridas por haber estado tumbada sobre los tablones del suelo, con el cuerpo rígido, encogido y feo del cascanueces a su lado y los restos de una nuez entre sus mandíbulas de madera.

Lo devolvía a la vitrina y regresaba con sus padres. Procuraba sonreír al mundo anodino que la rodeaba, pero sus mejillas seguían calientes por la luz del sol, y su lengua seguía dulce por el sabor del hidromiel.



Por su parte, el cascanueces no estaba seguro de nada, y a veces eso le asustaba. Sus recuerdos eran borrosos. Sabía que había tenido lugar una batalla, muchas batallas, y que él había luchado con valentía. ¿Acaso no lo habían fabricado para eso? Había nacido con una bayoneta en la mano.

Había luchado por ella. Pero ¿dónde estaba ahora? ¿Dónde estaba Clara, la de los ojos de estrellas y las manos suaves? Se habían enfrentado juntos al Rey de las Ratas. Lo había envuelto en su pañuelo y su sangre había manchado sus pliegues de encaje blanco.

«Clara». ¿Por qué recordaba ese nombre y no el suyo propio?

Había luchado con valentía. Al menos eso pensaba.

No era fácil recordar los detalles: los gritos, la sangre, los chillidos de las ratas con sus gruesas colas rosadas, los dientes como dagas amarillas y las encías rojas por la sangre de los mordiscos. ¿Cómo habían resplandecido esos dientes bajo la luz dorada! ¿Era la luz del amanecer o la del atardecer? Recordaba el olor de los pinos.

Entornó los ojos desde su puesto en el cuartel, mirando al otro lado de las amplias ventanas de vidrio. Pero las vistas también le confundían. Veía una larga mesa preparada para un banquete, fruta escarchada y ramas de pino dispuestas sobre la repisa de la chimenea. Pero todo era exageradamente grande, como si lo estuviera viendo a través de una lente curvada.

Contó los botones de latón de su elegante casaca azul. ¿De quién era el uniforme que llevaba puesto? ¿Cuál era su patria? ¿Quién había cepillado el

polvo del campo de batalla de sus botas?

¿Había tenido lugar una batalla? ¿Había luchado, o solamente había soñado que lo hacía? Otros recuerdos parecían más nítidos. Era un príncipe, su príncipe. Ella se lo había dicho. Él no quería otra cosa que mostrarle todas las maravillas de su hogar, explorar sus horizontes infinitos. Y sin embargo, ¿por qué no sentía alegría al regresar al palacio en el que supuestamente había crecido? ¿Por qué todo le resultaba tan nuevo a él como parecía serlo para ella?

Todo le parecía incierto. Estaba seguro de que las calles por las que habían paseado antaño eran más estrechas, bordeadas por casas con tejados de azúcar, en lugar de amplios bulevares de mansiones azulejadas de oro. Antaño había agasajado a Clara con guirlache y nata, pero ahora le regalaba joyas y bellos vestidos porque sabía que ella los preferiría. Pero no tenía ni la menor idea de cómo había obtenido ese conocimiento.

Observó a la gente reunida en torno a la mesa, verdaderos gigantes; allí estaba Clara, a quien había tenido entre sus brazos. A veces los ojos de Clara se desviaban hacia él, y él trataba de llamarla, pero no tenía voz ni forma alguna de mover los brazos. Seguramente lo habían herido.

La contempló mientras ella cenaba y hablaba con... (tardó un momento en recordarlo). Frederik, su hermano, comandante de aquella guerra. Era audaz y, en ocasiones, imprudente, pero el cascanueces había ejecutado cada una de sus órdenes. Había otro rostro familiar en la mesa, un hombre de cabello largo y ojos azul claro que estudiaba a Clara como si fuera un mecanismo que quisiera desmontar y volver a montar. «Lo conozco», pensó el cascanueces. «Droessen. Conozco su nombre». Pero no sabía cómo. Aquel hombre no parecía un soldado, aunque se comportara como tal.

Un recuerdo se abrió paso entre los pensamientos del cascanueces. Estaba tumbado boca arriba, contemplando estantes abarrotados de relojes y marionetas desmadejadas. Olía a pintura y a aceite, a virutas de madera recién lijada. El gigantesco Droessen se cernía sobre él, con los ojos fríos y terriblemente concentrados. «Me habían herido», pensó el cascanueces. Droessen debía de ser cirujano. Pero intuía que se le estaba escapando algo.

El banquete terminó. Los invitados bebían un líquido de color granate en pequeñas copas. Clara bebía a sorbitos, con las mejillas sonrojadas. Jugaron a algunos juegos junto al fuego, y alguien exclamó:

—¡Está nevando!

Corrieron a arremolinarse en torno al gran ventanal, pero el cascanueces no podía ver qué era lo que tanto les interesaba. Se oían risas y

conversaciones. Luego todos se marcharon rápidamente del comedor hacia... no lo sabía. No sabía qué podía haber más allá de aquella estancia. Bien podía ser un palacio, una cárcel o una arboleda de pinos. Lo único que sabía era que habían desaparecido.

Llegaron los criados y apagaron el fuego de la chimenea y las velas. Había luchado con valentía, y sin embargo siempre terminaba allí, completamente solo y en la más absoluta oscuridad.



Clara no acudió esa noche.

El cascanueces se despertó al oír unos estridentes chillidos, y encontró al Rey de las Ratas junto a su cama. Se incorporó apresuradamente y echó mano de su sable. Al aferrar el cinto se dio cuenta de que su arma había desaparecido, pero también de que volvía a ser capaz de moverse.

—Haya paz, capitán —dijo el Rey de las Ratas—. No he venido a luchar, solo a hablar. Aunque su voz era aguda y atiplada y meneaba los bigotes nerviosamente, el monstruo transmitía una tremenda gravedad al hablar.

Aquella criatura tenía la sangre del cascanueces en sus sucias garras, y habría sido capaz de asesinar a Clara. Pero el cascanueces pensó que, si venía a parlamentar durante una tregua, debía respetarla, al menos por su honor. Bajó el mentón de forma casi imperceptible.

El Rey de las Ratas se ajustó su capa de fieltro y miró a su alrededor.

—¿Tienes algo de beber? Ojalá te hubieran puesto en una vitrina de licores, ¿eh?

Vitrina. El cascanueces frunció el ceño al oír esa palabra. Había estado descansando en el cuartel, ¿verdad? Pero, al mirar a su alrededor, comprobó que lo que al principio le habían parecido las vagas siluetas de camas y otros soldados, en realidad eran objetos sumamente extraños. Niñas con ojos de cristal y cabello rígido y ensortijado alineadas contra la pared. Hileras de

soldados con bayonetas al hombro marchando en una fila india congelada.

—No lo sé —contestó finalmente.

El Rey de las Ratas se sentó sobre el borde dorado de una enorme caja de música. ¿De verdad era enorme? ¿O acaso ellos eran pequeños?

—¿Cuándo comiste algo por última vez? —le preguntó al cascanueces.

Este titubeó. ¿Había sido con Clara? ¿En la Tierra de la Nieve? ¿En la Corte de las Flores?

—No lo recuerdo.

El Rey de las Ratas suspiró.

—Deberías comer algo.

—Lo hago. —Lo hacía, ¿verdad?

—Algo que no sean nueces. —El Rey de las Ratas se rascó la oreja con sus pequeñas garras rosadas, se quitó la corona de su cabeza gris y la dejó cuidadosamente en su regazo—. ¿Sabías que yo empecé siendo un ratoncito de azúcar?

La confusión del cascanueces debía de ser palpable, porque el Rey de las Ratas prosiguió:

—Entiendo que sea difícil de creer, pero yo no era más que un simple confite. Y mi destino ni siquiera era ser comido, sino contemplado; era una encantadora maravilla en miniatura, una prueba de la habilidad de mi creador. Me parecía una lástima que nadie fuera a probarme. Mi primer pensamiento fue: «Desearía que alguien me comiera». Y eso fue suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para liberarme de la vitrina. El deseo es el motivo por el que la gente se levanta por las mañanas. Les da algo con lo que soñar por las noches. Cuanto más deseaba, más me iba pareciendo a ellos, más real me volvía.

—Yo soy perfectamente real —protestó con arrojo el cascanueces.

El Rey de las Ratas lo miró con tristeza. Allí sentado, sin su corona, iluminado por la tenue luz y con los bigotes ligeramente caídos, no parecía un monstruo temible, sino más bien un ratoncillo de rostro afable.

El cascanueces recordó algo.

—Tenías siete cabezas...

El Rey de las Ratas asintió.

—Clara me imaginó como un ser aterrador, y en eso me convertí. Pero una rata no puede vivir con siete cabezas, todas hablando y discutiendo continuamente. Tardábamos horas en tomar la más sencilla de las decisiones. Así que, mientras las demás dormían, fui decapitándolas una por una.

Sangraron muchísimo. —Se reacomodó sobre la caja de música—. ¿Quién eres cuando ella no está aquí contigo, capitán?

—Soy... —titubeó—. Soy un soldado.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es tu rango? ¿Teniente?

—Desde luego. Teniente —respondió el cascanueces.

—¿O tal vez capitán? —preguntó el Rey de las Ratas.

«¿Eres mi soldado? ¿Eres mi príncipe?».

—Yo...

—No me digas que no sabes cuál es tu rango.

«¿Eres mi amado?».

—¿Quién eres cuando nadie te saca del estante? —preguntó el Rey de las Ratas—. Cuando nadie te observa ni te susurra, ¿quién eres entonces? Dime tu nombre, soldado.

«¿Eres mío?».

El cascanueces abrió la boca para contestar, pero no lo recordaba. Era el príncipe de Clara, su protector. Tenía nombre. Claro que tenía nombre. Únicamente se le había olvidado por la conmoción de la batalla.

Había luchado con valentía.

Había llevado a Clara a conocer a su madre.

Había cabalgado a lomos de un caballo por un resplandeciente campo de estrellas.

No era heredero de nada. Era el príncipe de un palacio de mazapán.

Dormía sobre azúcar hilado. Dormía sobre oro.

—Hablas, caminas y ríes cuando Clara sueña contigo —dijo el Rey de las Ratas—. Pero esos son sus deseos. No pueden sustentarte. Mi vida dio comienzo al desear algo para mi mismo. Deseé que me comieran, y luego deseé comer. Un pedazo de pastel. Un trozo de panceta. Un sorbo de vino. Deseaba las cosas que veía en su mesa. Fue entonces cuando moví las patas y parpadeé. Deseaba ver qué había más allá de la vitrina. Fue entonces cuando conseguí introducirme detrás de las paredes. Allí encontré a mis hermanas las ratas. No son simpáticas ni bonitas, pero siguen estando vivas cuando nadie las mira. Me he labrado una vida detrás de los muros, con ellas, aunque seamos invisibles e indeseables. Sé quién soy sin que nadie tenga que decírmelo.

—Pero ¿por qué nos atacaste? —dijo el cascanueces. La sangre. Los gritos—. Eso era real.

—Tan real como todo lo demás. Cuando Clara era una niña, soñaba con héroes, y todo héroe necesita un villano. Pero la voluntad de conquistar fue un

deseo que me dio ella. No era mío. Lo que me mantiene con vida ahora es la mera hambre: migajas de la alacena, queso de la despensa, la oportunidad de aventurarme fuera de la casa, de encaramarme a la pila de leña para contemplar el inmenso cielo y sentir el frío mordisco de la nieve.

La nieve. Otro recuerdo emergía. No era el paraje de ensueño que tanto anhelaba Clara, sino un lugar distinto, más allá de la vitrina. Clara lo había llevado al exterior una noche. Había sentido el frío. Había visto las nubes deslizándose por el cielo estrellado. Había inspirado, había notado sus pulmones expandiéndose, y al exhalar había visto la nubecilla de su aliento en el frío aire nocturno.

—Eso es, capitán —dijo el Rey de las Ratas mientras se levantaba lentamente y se volvía a colocar la corona sobre la cabeza—. Yo tengo la ventaja de vivir al abrigo de los muros, donde ningún ojo humano puede verme. Soy una rata a la que nadie quiere mirar. En tu caso, tu deseo deberá ser más fuerte si quieres liberarte de la vitrina, si quieres ser real. Pero ella te ama, y eso te lo pondrá más difícil.

Clara lo amaba. Y él también a ella. ¿Verdad?

El Rey de las Ratas empujó la puerta de la vitrina para abrirla.

—Una última cosa —dijo mientras subía al estante—. Ten cuidado con Droessen. Te considera un regalo para Clara, un medio para cautivarla y nada más.

—¿Él también la ama?

—¿Quién sabe lo que ama el relojero? Es mejor no preguntárselo. Sospecho que la respuesta no agradaría a nadie.

El Rey de las Ratas se esfumó, y su cola rosada desapareció reptando tras él.

Clara intentó mantenerse alejada. Durante una noche lo consiguió, gracias a la alegre distracción del vino y los invitados. Pero al día siguiente se escabulló de la sesión de patinaje en el lago y corrió hasta la vitrina, ocultó al cascanueces bajo su abrigo y subió a toda prisa las escaleras hasta el silencioso ático.

—¿Eres mi soldado? —susurró mientras la fría luz invernal dibujaba cuadrados luminosos en el suelo polvoriento.

—¿Eres mi príncipe? —Le introdujo una nuez entre las mandíbulas—. ¿Eres mi amado? ¿Eres mío?

Esta vez no tardó demasiado. El cuerpo del cascanueces se alargó y su cabeza se quebró, revelando el apuesto rostro del príncipe.

—Lo soy —dijo. Sonrió igual que siempre, acariciando el rostro de Clara con delicadeza, pero entonces su mirada se turbó.

Se llevó los dedos a la boca, se relamió los labios y frunció el ceño, como si el sabor de las nueces no le agradara.

—¿Adónde iremos hoy, mi príncipe? —preguntó Clara.

Pero él no le dio la mano. Se incorporó, pasó los dedos por el haz de luz que se filtraba por la ventana y después se levantó para mirar a través del cristal.

—Al exterior —dijo—. Quisiera ver adónde conduce la carretera.

Su petición era tan ordinaria, y a la vez tan inesperada que, por un momento, Clara no le entendió.

—Eso no es posible.

—Es lo que deseo. —Pronunció las palabras como si acabara de hacer un gran descubrimiento, un invento, un hechizo mágico. Su sonrisa era radiante—. Querida Clara, es lo que deseo.

—Pero no puede ser —replicó ella, sin saber muy bien cómo explicarlo.

La alegría del príncipe se desvaneció, y Clara vio miedo en sus ojos.

—No puedo regresar a la vitrina.

Esta vez Clara lo comprendió. «Al fin. Al fin».

Le tomó ambas manos.

—No tienes por qué regresar a la vitrina jamás. Solo tienes que llevarme contigo a tu hogar, y abandonaré este lugar para siempre. Podemos quedarnos eternamente en la Tierra de los Sueños.

Él titubeó.

—Eso es lo que *tú* deseas.

—Sí —dijo Clara, inclinando la cabeza hacia atrás—. Es lo que siempre he deseado. —Su propio fervor la abrumaba. Le empezaron a rodar gotas de sudor por el cuello. «Bésame», deseó. En todos los cuentos hacía falta un beso. «Llévame lejos de aquí».

Clara no pudo esperar. Se puso de puntillas y presionó sus labios contra los del príncipe. Sabían a nuez y a otra cosa, tal vez barniz. Pero él no le dio la mano, no la estrechó contra su cuerpo. No sintió ningún viento en su rostro, ningún caballo al galope bajo sus piernas. Al abrir los ojos, seguía estando en el mismo ático polvoriento y anodino.

El cascanueces le acarició la mejilla con los nudillos.

—Yo deseo salir al exterior —le dijo.

Esta vez, Clara frunció el ceño y pataleó como si siguiera siendo la misma niña a la que Droessen le había regalado el cascanueces, en vez de una joven de diecisiete años. «Yo deseo». No estaba segura de por qué esas palabras la enfurecían tanto. Tal vez porque nunca las había oído en boca del cascanueces.

—Ya te lo he dicho —dijo, con mayor brusquedad de lo que pretendía—. No puede ser. No perteneces a este lugar.

—Yo te llevaré al exterior —dijo Frederik.

Clara dio un respingo al oír la voz de su hermano. Estaba en lo alto de las escaleras del ático, contemplando al cascanueces con ojos fascinados.

—¡Sal de aquí! —gritó Clara. Frederik no debería estar allí. No quería compartirlo con su hermano. Se abalanzó sobre él, histérica de miedo y vergüenza, e intentó golpearlo, empujarlo hacia las escaleras.

Pero Frederik le sujetó las muñecas, manteniéndola a distancia. Era un año mayor y mucho más fuerte que ella. Sacudió la cabeza, sin despegar la vista del cascanueces.

—Ya basta, Clara.

—Te recuerdo —dijo el cascanueces, mirándolo. Se colocó en posición de firmes y saludó—. Mi comandante.

Frederik le dirigió a Clara una mirada de advertencia antes de soltarla. Con una sonrisa de perplejidad, le devolvió el saludo al cascanueces.

—Sí —dijo Frederik, acercándose a él—. Tu comandante. Te envié a la muerte un centenar de veces.

El cascanueces frunció el ceño.

—Lo recuerdo.

—Cómo has cambiado —murmuró Frederik.

El semblante del cascanueces se llenó de confusión.

—¿Ah, sí?

Frederik asintió.

—Te llevaré abajo —dijo en voz baja, como si estuviera persuadiendo a un gatito con un pedazo de comida—. Te llevaré al exterior.

—¿Adónde conduce la carretera? —preguntó el cascanueces.

—A Ketterdam. Un lugar mágico. Te lo contaré todo sobre él.

—Frederik —dijo Clara, furiosa—. No puedes hacer esto.

—Diremos que es un amigo mío de la escuela. Que se acaba de enrolar.

Clara negó con la cabeza.

—No podemos.

—A mamá le encantará que hayamos invitado a cenar a un joven uniformado tan apuesto. —Frederik sonrió con astucia—. Podrás valsar con él en la fiesta de esta noche.

Clara no quería bailar el vals con él en una estúpida fiesta. Quería bailar en una catedral de campánulas. Quería que un coro de cisnes la aclamara como a una princesa. Quería tener un par de alas. Pero no podía contarle nada de eso a Frederik, que apoyaba una mano en el hombro del cascanueces como si realmente fueran un par de amigos de la escuela, como si su príncipe fuera un joven capitán, listo para unirse a las fuerzas de Kerch con su casaca azul de botones relucientes.

—¡Frederik! —le imploró Clara.

Pero su hermano y el cascanueces ya habían cruzado el ático y se disponían a bajar las escaleras.

—Ven, Clara —dijo Frederik, ensanchando su astuta sonrisa—. Es lo que él desea.

El beso le había confundido. Cuando Clara le había suplicado que la llevara a la Tierra de los Sueños, el cascanueces había estado a punto de olvidarse de sí mismo, envuelto en la intensidad del deseo de Clara. Luego, bajo la luz diluida del ático, Clara había vuelto su rostro hacia él con gesto apremiante, había presionado sus labios contra los suyos, y el cascanueces había sentido deseo... ¿El suyo o el de ella? Le había sido imposible distinguirlo, pero debía de haberla deseado, porque repentinamente había vuelto a sentir el frío de la ventana, atrayéndolo hacia el exterior, hacia el camino de grava, los bosques y la nieve. Entonces había aparecido Frederik, con ojos centelleantes y mirada imperiosa; el poder de su deseo era brillante como una llama, peligroso. El cascanueces sintió que su determinación se ablandaba, convertida en cera fácilmente maleable. Le parecía que si se miraba el hombro, donde le había tocado Frederik, aún podría ver las profundas huellas de sus dedos, el surco enfático de su pulgar. Los pensamientos del cascanueces sobre la carretera y lo que habría más allá se difuminaron.

Descendieron por las escaleras. La casa ya se estaba llenando de invitados; era la última noche de *Nachtspiel*. Qué radiantes estaban todos, qué marcados sus rasgos, qué anhelantes parecían sus ojos cuando lo miraban, vestido con su uniforme falso. En él veían a un hijo perdido, a un amante, a un amigo, una amenaza. Tuvo el ánimo suficiente para saludar a los padres de Clara y Frederik y realizar la reverencia correspondiente.

Frederik lo llamó Josef, de modo que ese fue su nombre. Clara dijo que lo había conocido una tarde, durante una fiesta de trineos, de modo que así fue. ¿De dónde procedía? De Zierfoort. ¿Quién era su oficial superior?

—Padre —protestó Frederik, guiñándole un ojo al cascanueces—, no atosigues a Josef con tantas preguntas. Le he prometido diversión y buena comida, no un interrogatorio.

Le dieron de comer ganso asado y masa frita rellena de pasas. Lamió el azúcar de las ciruelas escarchadas y bebió café especiado con alcaravea, seguido de varios vasitos de vino. Los sabores lo hacían sentirse excitado, casi histérico, pero sabía que no debía perder el control. Por el rabillo del ojo veía la mancha oscura de la vitrina en la pared, como un ataúd abierto lleno de ojos vidriosos y extremidades inertes. Y también a Droessen, el relojero, el hombre vestido de terciopelo que había estado estudiando a Clara como si quisiera desarmarla, y que ahora observaba al cascanueces con sus fríos ojos azules.

Le llegó un nuevo recuerdo: el de Droessen tendiendo la mano hacia la vitrina. «Cuéntamelos», susurraba el relojero. «Cuéntame todos sus secretos».

El cascanueces sintió una horrible vergüenza. Con qué facilidad había traicionado a Clara, había revelado todos y cada uno de sus deseos y anhelos, había descrito los lugares que habían visitado juntos, las criaturas y los parajes mágicos. No había sido necesario someterlo a tormento. Lo había contado todo sin titubeos. No lo habían creado para ser soldado, sino espía.

Eso ya no tenía remedio. Sabía que debía aferrarse a su propia forma, a su deseo de llegar al exterior, pues se encontraba a apenas unos pasos, a tan solo una puerta o una ventana de distancia. «Ketterdam». Debía recordarlo. Pero el mundo empezaba a difuminarse: el aroma a perfume y a sudor, el brazo de Frederik alrededor de sus hombros, los ojos febriles de Clara mientras bailaban. Ignoraba cuándo había aprendido los pasos de aquel baile, pero dieron vueltas y más vueltas sin parar, y ella le susurró:

—Llévame lejos de este lugar.

La besó bajo las escaleras. Y besó a Frederik en un pasillo a oscuras.

—¿La amas? —le preguntó Frederik—. ¿Podrías amarme a mi también?

Los amaba a ambos. O a ninguno. En las sombras oscuras, más allá del círculo de luz que proyectaban las llamas del hogar, el cascanueces vislumbró el brillo de unos ojos negros, el fulgor de una diminuta corona, y supo que era el Rey de las Ratas. «Mi vida dio comienzo al desear algo para mi mismo».

El cascanueces pensó en el recodo de la carretera, y en lo que podría haber más allá.

Uno a uno, los invitados se fueron marchando en sus carruajes o subieron las escaleras para dejarse caer en sus camas.

—Él puede dormir en mi habitación —dijo Frederik.

—Si —dijo el cascanueces.

—Iré a buscarte —murmuró Clara.

—Si —dijo el cascanueces.

Pero no subió al dormitorio de Frederik. Se quedó esperando en las escaleras, mientras se iban apagando las velas y las plantas inferiores iban quedando en silencio. Entonces bajó de nuevo al comedor. Era el momento; las puertas que le conducirían hacia el resto del mundo eran una silueta oscura en la pared, pero antes necesitaba ver la vitrina una vez más.

La luz de luna que se filtraba por las ventanas hacía que el comedor se pareciera al interior de un barco naufragado, oculto en las profundidades abisales. La silenciosa vitrina estaba en un rincón. Ahora que ya no había nadie más en la estancia, parecía más grande.

Se acercó a ella despacio, escuchando el eco de sus botas en la habitación vacía, olisqueando los restos de la chimenea, el aroma a madera verde de las ramas de pino que seguían pendidas sobre la chimenea y las ventanas. Mientras se aproximaba a la vitrina, veía su propia silueta reflejada en los paneles de cristal de sus puertas, apenas una pequeña sombra que iba creciendo y creciendo. Se asomó al interior y vio el retablo invernal de ratoncitos de azúcar y diminutos árboles, los soldados formando hileras, las marionetas con las cabezas grotescamente torcidas y los hilos distendidos, las muñecas sentadas apáticamente, con las mejillas sonrosadas y los ojos entrecerrados.

—Os conozco —susurró, y rozó el cristal con los dedos. Las pequeñas y perfectas hadas que colgaban de alambres, con alas afiligranadas y faldas de gasa; Mamá Jengibre, con sus anchas caderas; y la Reina del Bosque, de piel verde y astas de plata.

—Yo los creé a todos. —El cascanueces se dio la vuelta; Droessen lo observaba desde el centro de la estancia. Su voz era meliflua como la crema de mantequilla—. Cada bisagra, cada pincelada de pintura. Modelé el mundo de sus sueños gracias a los detalles que me revelabas. Y aun así, ella ama a los juguetes, no a mí. —Caminaba sin hacer el menor ruido, como si estuviera hecho de plumas o de humo—. ¿Admiras mi obra?

El cascanueces sabía que debería asentir y decir que sí, que la admiraba, pues aquel era el relojero contra el que le había prevenido el Rey de las Ratas; el mismo que había deseado apoderarse de Clara, o de su riqueza, o de su

familia, o de algo totalmente distinto. Pero al cascanueces le resultaba difícil hablar.

—Confieso —dijo el relojero— que soy orgulloso. Me encanta que la gente contemple mis creaciones y ver las sonrisas de los niños. Me alimento del asombro que veo en sus ojos. Pero parece que ni siquiera yo sabía qué maravillas era capaz de hacer.

Ahora que estaba tan cerca, notó. que olía a tabaco y a aceite de linaza. Era un olor familiar.

—Debería irme —dijo el cascanueces, sintiendo alivio al comprobar que no había perdido la facultad de hablar.

Droessen se rio discretamente.

—¿Y adónde ibas a ir?

—A Zierfoort. Con mi regimiento.

—No eres soldado.

«Sí que lo soy», pensó el cascanueces. «No», se riñó a sí mismo. «Finges ser soldado. Son cosas distintas».

El relojero volvió a reírse.

—No tienes ni idea de lo que eres.

«Josef». Ese era su nombre, ¿verdad? ¿O era el de algún otro invitado?

—¿Quién eres tú? —preguntó el cascanueces, deseando poder retroceder. Pero detrás de él solamente estaba la vitrina de cristal—. ¿Qué eres?

—Un humilde artesano.

—¿Por qué me obligaste a traicionar a Clara?

Esta vez se abrió una sonrisa en el rostro de Droessen, y las agradables damas y los apuestos caballeros que tantas veces habían recibido al relojero en sus salones jamás lo habrían reconocido en aquel lobo colmilludo.

—No le debes lealtad a Clara. Fui yo quien te fabricó en mi taller —dijo—. Coloqué entre tus mandíbulas el dedo de una niña, y... crac.

El cascanueces sacudió la cabeza.

—Estás loco.

—Y tú estás hecho de madera.

El cascanueces se llevó la mano al pecho.

—Mi corazón late. Respiro.

El relojero ensanchó su sonrisa.

—El fuelle respira para avivar el fuego. El reloj hace tictac. ¿Significa eso que están vivos?

«Tal vez», pensó el cascanueces. «Tal vez estén todos vivos».

—Tú no sueñas —dijo el relojero—. No deseas. No tienes alma. Eres un juguete.

«Soy un juguete». El cascanueces sintió que su corazón se ralentizaba. «No». ¿Acaso no había creído a Clara cuando esta le había dicho que él era un príncipe y que la amaba? ¿No había creído a Frederik cuando dijo que el cascanueces era un soldado bajo su mando? Ambas cosas habían sido ciertas. Ninguna había sido cierta. Tal vez era un juguete que también estaba vivo.

El Rey de las Ratas se lo había advertido: «Tu deseo deberá ser más fuerte».

—Quiero... —intentó decir el cascanueces. Pero ¿qué era lo que quería? No se acordaba. ¿Cómo había empezado todo?—. Era...

El relojero se inclinó hacia él.

—Eras un bebé huérfano al que me llevé de un hospicio. Te alimenté con serrín hasta que fuiste más madera que carne.

—No —dijo el cascanueces, pero notó cómo se le llenaba el vientre de virutas de madera, cómo se atragantaba al sentir el serrín en la garganta.

—Eras un niño al que secuestré de un hospital. Cambié tus huesos por madera y metal, tus tendones por cuerdas. Gritaste sin parar hasta que te quité las cuerdas vocales y te dejé la garganta hueca, para poder llenarla con silencio o con las palabras que se me antojaran.

El cascanueces se desmoronó y cayó al suelo. No podía pedir ayuda. Su cabeza estaba vacía. Su pecho estaba vacío. Notaba en la boca el amargo sabor de las nueces.

Droessen se inclinó sobre el pobre juguete roto. Parecía demasiado grande, demasiado alto, demasiado lejano; el cascanueces comprendió que era su propio cuerpo el que estaba encogiéndose.

—Eras una idea en mi cabeza —dijo el relojero—. No eras nada, y volverás a no ser nada cuando deje de pensar en ti.

El cascanueces escudriñó los ojos azul claro de Droessen y reconoció su color. «Me pintó los ojos para que se parecieran a los suyos». El cascanueces notó cómo la idea que tenía de sí mismo se desvanecía, a medida que comprendía que él no era más que Droessen. Que nunca había sido otra cosa que Droessen.

Por encima del hombro del relojero vislumbró el camino iluminado por la luna y los campos cubiertos de nieve que había más allá. La carretera avanzaba serpenteando... ¿hacia dónde? ¿Hacia una ciudad? ¿Hacia Ketterdam? Anhelaba verla: los canales zigzagueantes, las casas torcidas y arracimadas. Se imaginó los tejados de la ciudad apretujados unos contra

otros, los barcos en el agua, los pescaderos anunciando sus productos a los clientes. No importaba. No era suficiente. «Soy un juguete. Lo único que necesito es un estante en el que esperar».

Sintió que lo levantaban en vilo, pero el relojero no volvió a dejarlo en la vitrina. En vez de eso, echó a andar hacia la chimenea. El cascanueces se preguntó si Clara y Frederik le llorarían.

Pero entonces el relojero gruñó y soltó una imprecación. El mundo empezó a dar vueltas cuando el cascanueces cayó. Golpeó el suelo con un ruido terrible.

Clic, clic, clic. El cascanueces oyó el golpeteo de unas pequeñas garras sobre la madera, seguido por un coro de chillidos. Las ratas salían en manada de las paredes, trepando como una oleada viviente por los pantalones del relojero, que las pateaba y golpeaba mientras retrocedía.

—Recuérdate —dijo una voz aguda y chillona junto al oído del cascanueces. El Rey de las Ratas lo saludó levantándose la corona.

«Soy un juguete», pensó el cascanueces. «Recuerdo a mi creador inclinado sobre mí, pincel en mano, y su expresión de concentración mientras completaba su regalo para la niña a la que esperaba cautivar». El cascanueces había estado condenado desde el principio. Si hubiera sido creado por una mano generosa... si hubiera tenido un padre de verdad...

—¡Eso es, capitán! —exclamó el Rey de las Ratas.

—¡Largo, bichos nauseabundos! —rugió Droessen, pateando el enjambre de criaturas.

Un padre. El cascanueces notó que sus dedos se flexionaban. Alguien bondadoso, que lo único que quisiera de su hijo fuera que encontrara la felicidad por su cuenta. El cascanueces extendió las piernas. Alguien que quisiera ofrecerle el mundo entero, en vez de un sitio en un estante. Un padre.

El cascanueces levantó la cabeza. Droessen volvía a avanzar hacia él a grandes zancadas, pero ya no era ningún gigante.

El cascanueces volvió a pensar en la carretera, pero ahora entendía que la carretera era un futuro, un futuro que su padre querría que eligiese por sí mismo. Se imaginó la nieve en su cabello, el suelo bajo sus botas, un horizonte sin límites, un mundo lleno de casualidades y percances, un clima cambiante: nubes grises, granizo, truenos... lo inesperado. Un nuevo sonido retumbó en su pecho hinchado, un sonoro pum, pum, pum.

A lo largo de esa carretera habría bosques, y animales que los habitarían; un río con trozos de hielo flotantes, barcos de recreo amarrados, con las velas recogidas para el invierno. En esa carretera pasaría hambre. Necesitaría

comida. Comería repollo relleno y pan de jengibre, y bebería sidra bien fría. Le rugió el estómago.

—Debería haber alimentado mi chimenea contigo el día en que te fabriqué en mi taller —dijo el relojero. Pero ya era demasiado tarde. El cascanueces se levantó y lo miró a los ojos, frente a frente.

—No podías hacerlo —dijo el cascanueces—. Me querías demasiado. — No era cierto. Pero Clara lo había convertido en un príncipe mediante la fuerza de su deseo, y él también podía desear.

Droessen se echó a reír.

—Parece que tienes un don para la imaginación.

—Eres mi padre —dijo el cascanueces.

—Soy tu *creador* —se burló el relojero.

—Me insuflaste vida con todo el amor de tu corazón.

El relojero negó con la cabeza y retrocedió un paso, al mismo tiempo que el cascanueces avanzaba.

—Te fabriqué con mi talento. Con mi determinación.

—Me diste tus ojos para que pudiera ver.

—No.

—Me entregaste a Clara para que me despertara como un príncipe en un cuento de hadas, y a Frederik para que me enseñara el arte de la guerra.

—¡Eras mi mensajero! —dijo el relojero, sin aliento—. ¡Mi espía, nada más! —Pero su voz sonaba débil, extraña. Se tambaleó, como si las piernas no le respondieran del todo bien.

—Soñaste a un hijo —dijo el cascanueces, impulsado por su anhelo—. No un burdo autómatas, sino un niño capaz de aprender, un niño con voluntad y deseos propios.

Droessen profirió un grito ahogado y se desmoronó, desplomándose contra el suelo con un ruido de madera, con las extremidades yertas, la boca torcida y los dientes desnudos.

—Lo único que querías era que yo viviera —dijo el joven, mientras se arrodillaba para observar al muñeco hecho un guiñapo en el suelo—. Habrías sacrificado tu propia vida con tal de que así fuera.

Recogió a Droessen y lo acunó cariñosamente en sus brazos.

—Hasta ese extremo llegaba tu amor por mí, padre. —Abrió la puerta de la vitrina y depositó en su interior al bonito muñeco de ojos azul claro—. Hasta el punto de dar tu vida por la mía.

El joven se marchó en silencio por la puerta principal de la casa y se dirigió hacia el este por la carretera, hacia el sol que asomaba por el cielo gris.

Al principio, descubrió la soledad en la quietud de sus propios pensamientos. Sintió los ecos de la nostalgia en su acelerado corazón: dolor por Clara, por Frederik. Pero luego todo eso pasó. Completamente solo, sin nadie que lo mirara, dio sus primeros pasos por el camino cubierto de nieve. Volvía a carecer de nombre, y no había allí nadie que moviera sus extremidades ni le guiara, nadie que dictara su siguiente paso, a excepción de sí mismo.

En la casa del lago, los Zilverhaus, sus invitados y sus criados siguieron durmiendo. Despertaron casi a mediodía y salieron tambaleándose de sus camas, con las mentes aún embotadas por unos peculiares sueños. Descubrieron que la puerta principal de la casa se había quedado abierta, y que la entrada estaba cubierta de nieve. Dos juegos de huellas conducían hasta la carretera.

El padre de Clara y sus amigos montaron a caballo y encontraron a Clara una hora después, a varios kilómetros de la casa, a medio vestir, descalza y con los labios azules de frío.

—Se suponía que no se marchaba sin mí —gimoteó mientras su padre la abrigaba y la subía a su caballo—. ¿Dónde está mi corcel alado?

—Ya pasó, ya pasó —dijo su padre—. Ya pasó, ya pasó.

Por desgracia, cuando el grupo regresó, toda la casa ya estaba despierta, y todos vieron cómo Clara subía con dificultad los escalones de la entrada, vestida solo con su camisón y el abrigo de su padre, con la cara hinchada de tanto llorar y el cabello oscuro enredado. También se habían percatado de que Droessen se había marchado durante la noche, y no tardaron en circular rumores sobre un encuentro a medianoche, un atolondrado capricho. Aquel sutil y embriagador aroma pernicioso que siempre había seguido al relojero a todas partes no hacía más que agravar esos rumores, que empeoraron todavía más cuando pasaron días y semanas sin que la tienda de Droessen abriera sus puertas. Nadie parecía recordar al joven soldado de uniforme azul.

Clara se acostó y no salió de la cama durante un mes; no hablaba con nadie y se negaba a comer nada más que mazapán. Solamente quería dormir y soñar que bailaba con su príncipe y huía con la Reina del Bosque. Pero llegó un momento en que ya no pudo dormir más y se hartó de comer pasta de almendras.

Se levantó, se bañó y, al bajar a desayunar, se enteró de que su reputación estaba por los suelos. A Clara no le importó, porque tampoco se imaginaba casada con el hijo de un comerciante cualquiera ni viviendo en un mundo gris durante el resto de su vida por voluntad propia. Consideró sus opciones y decidió que lo único que podía hacer era dedicarse a escribir. Vendió sus pendientes de perlas y se mudó a Ketterdam, a un pequeño apartamento con una ventana que daba al puerto, para poder contemplar el ir y venir de los barcos. Allí escribía cuentos de fantasía que encandilaban a los niños, y bajo otro nombre firmaba obras más escabrosas, gracias a las cuales podía permitirse comprar guirlache y nata, que siempre procuraba compartir con los ratones.

Una mañana, al despertar, oyó decir que alguien había allanado la tienda del relojero y le había robado todas sus creaciones. Clara se puso el abrigo y echó a andar por la Wijnstraat en dirección este. Se había reunido allí una muchedumbre de curiosos, mientras los agentes de la *stadwatch* se rascaban la cabeza sin saber qué hacer. Una mujer que vivía al otro lado del canal afirmaba haber visto a un hombre entrando en la tienda la noche anterior, de madrugada.

—Era un soldado —dijo—. Vestido de uniforme. Y cuando salió, no estaba solo. Tras él iba todo un desfile. Damas y caballeros engalanados de terciopelo, un niño con alas... Incluso oí el rugido de un león.

Su marido se la llevó enseguida, arguyendo que su esposa dormía mal desde hacía un tiempo y que seguramente no se había dado cuenta de que estaba soñando. Clara regresó a casa; una idea nueva para un cuento le tironeaba de la mente con insistencia. Se detuvo únicamente para comprar tofes y una bolsa de caramelos de naranja amarga.

Cuando Frederik se graduó en la escuela, se involucró en el negocio familiar y embarcó en uno de los navíos de su padre para traer un cargamento de té de Novyi Zem. Pero cuando llegó el momento de regresar a casa, subió a otro barco, y luego a otro, deteniéndose en los puertos el tiempo justo para enviar una postal o, de vez en cuando, un paquete. Envío a su casa una bolsa de un té que hacía que brotara una flor bajo la lengua de quien lo bebía; otro que, cuando se tomaba antes de dormir, inducía a soñar con la ciudad en la que uno hubiera nacido; y también una mezcla tan amarga que un simple sorbo te hacía llorar durante tres horas seguidas. Los padres de Frederik le escribían cartas suplicándole que volviera y se ocupara de sus responsabilidades. Él siempre prometía que lo haría, pero luego la dirección del viento cambiaba, subía la marea y Frederik se veía impelido a embarcar

una vez más, seguro de que más allá del próximo horizonte le esperaba otro mundo.

Y así, la familia Zilverhaus cayó en desgracia y su imperio quedó sin heredero. La casa del lago se sumió en el silencio. Después de aquella extraña noche y de los rumores que la siguieron, Althea y su marido ya no celebraron más fiestas, y era muy inusual que recibieran visitas. En las escasas y tranquilas cenas que organizaban, los invitados se marchaban pronto, impacientes por alejarse del mismo comedor en el que antaño se habían divertido tanto, pero en el que ahora tenían la sensación de estar siendo vigilados por alguien o algo que pretendía hacerles mal.

En una de esas noches, tras otra de aquellas mediocres cenas, Althea Zilverhaus vagaba sin rumbo por su lujosa casa. Era tarde. No se había molestado en ponerse una bata; iba vestida solamente con el camisón de algodón. Al llevar el pelo suelto, se la habría podido confundir con su hija. Pensó en responder a la carta más reciente de Clara o en abrir el extraño paquete que Frederik les había enviado desde algún exótico paraje. Pero cuando llegó la medianoche, sus pasos la llevaron al comedor, frente a la vitrina de cristal.

Después de la desaparición del relojero, su marido había sentido el impulso de coger un hacha y reducir a astillas la vitrina y su contenido, pero Althea le había convencido de que eso solo serviría para dar pábulo a los rumores, de modo que la vitrina seguía en su rincón, acumulando polvo.

Faltaba algo en los estantes. Estaba segura, aunque no sabía decir el qué.

Althea abrió la puerta de la vitrina. Su mano pasó junto a los ratones de azúcar y las hadas y se detuvo frente a un muñeco pequeño y feo en el que no había reparado antes. Había algo familiar en su mandíbula prominente, en su elegante abrigo de terciopelo. Deslizó el dedo por una de las diminutas solapas de la prenda. Ahora que lo examinaba más de cerca, su pequeño e iracundo rostro tenía cierto encanto.

—¿Eres mi soldado? —canturreó en el silencio iluminado por la luna—.  
¿Eres mi príncipe?

Abrió la boca para reírse de sí misma, pero no salió ningún sonido. Abrazó al muñeco y lo apretó contra su pecho.

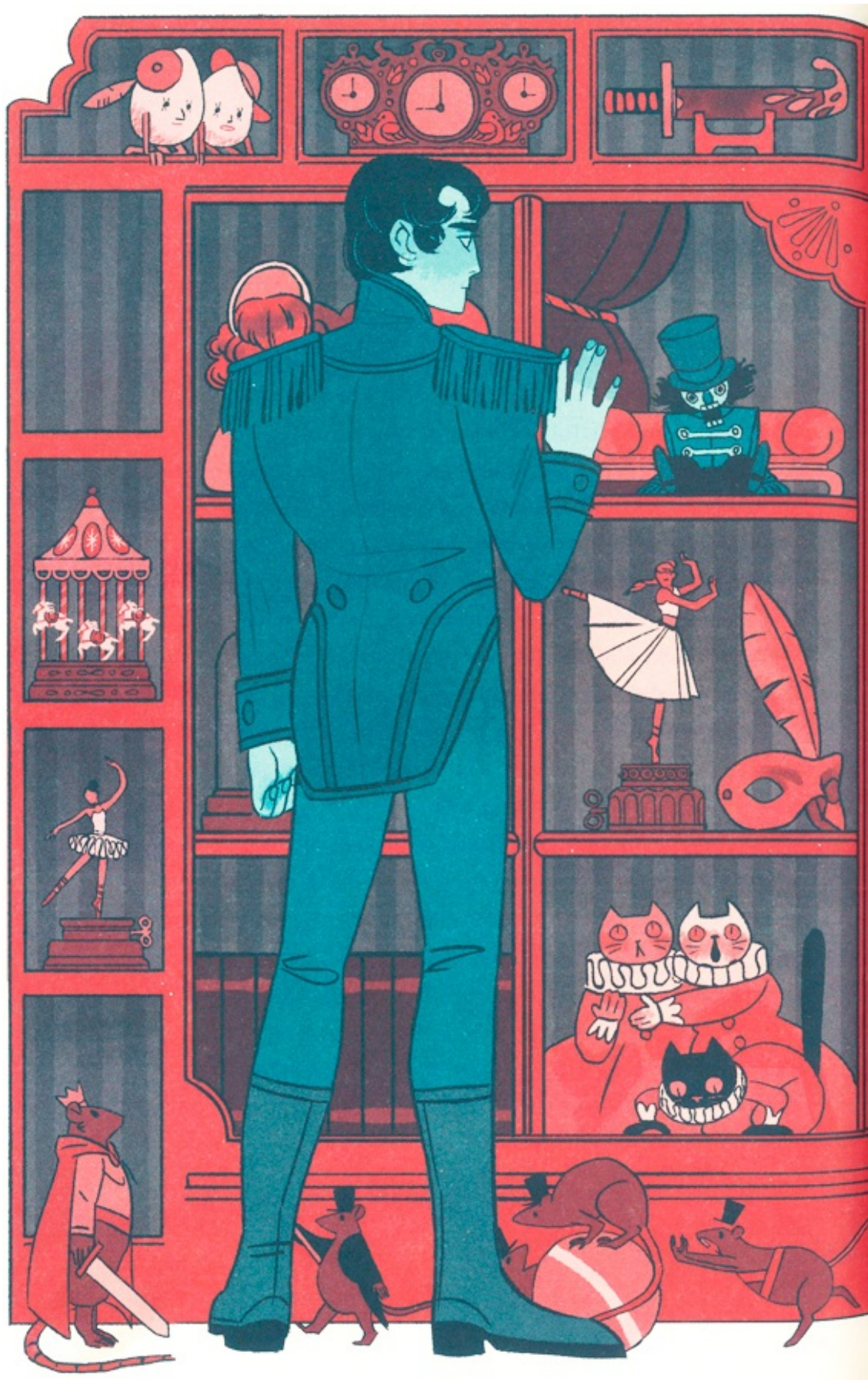
—¿Eres mi amado? —susurró mientras empezaba a subir las escaleras.

Oyó el débil sonido del reloj al dar la hora. En algún lugar de la casa sonaban los ronquidos de su marido.

—¿Eres mío?



# EL PRÍNCIPE SOLDADO





EL AGUA QUE  
CANTÓ FUEGO



DESEAS HACER UN TRATO, por eso te has dirigido hacia el norte, hasta que la tierra termina y ya no se puede ir más lejos. Desde la costa rocosa contemplas las aguas, las olas que rompen contra dos grandes islas de acantilados negros y escarpados. Habrás contratado a alguien para que te ayude a encontrar un bote y un lugar seguro donde zarpar. Te envuelves en pieles de foca para protegerte del frío y la humedad, y mascas grasa de ballena para que no se te seque la boca bajo el inclemente sol invernal. Sin saber cómo, logras cruzar esa larga franja de mar del color de la piedra y, haciendo acopio de tus fuerzas, trepas por ese acantilado hostil, notando el pecho agarrotado al respirar y los dedos entumecidos a pesar de los guantes.

Luego, cansado y tembloroso, cruzas la isla y alcanzas el único y solitario trecho de playa de arena cenicienta. Avanzas hasta un círculo de rocas, en el centro del cual encuentras una pequeña poza de marea, mientras tus deseos arden como un sol en tu corazón mortal. Como tantos otros antes que tu, has venido solo, turbado, enfermo de avaricia. Un millar de desesperados deseos se han pronunciado en esta orilla, pero en el fondo todos son el mismo: «Conviérteme en alguien distinto».

Antes de que hables, antes de que renuncies a una pequeña parte de tu alma a cambio de saciar el hambre que llevas escrita claramente en tu semblante, hay una historia que deberías conocer.

Mientras estás allí, de rodillas, oyes el gemido del hielo. El viento te azota, igual que una navaja de afeitar contra su asentador. Aun así, calla y escucha. Considera que esta historia forma parte del trato.

Hubo un tiempo en que los mares del norte no eran ni tan negros ni tan fríos, en que estas islas estaban cubiertas de pinos y los ciervos pastaban en las praderas, en que la tierra podía cultivarse hasta más allá de Elling.

En aquellos días, los *sildroher* no se escondían bajo las olas, temerosos de que algún marinero pudiera vislumbrar sus tersos miembros y sus colas plateadas. Construían vastos palacios que se extendían por el lecho marino,

cantaban canciones para atraer las tormentas y mantener sus aguas a salvo, y todos los años, unos pocos afortunados tallaban piernas a partir de sus colas y caminaban con audacia entre los hombres de la costa, para aprender sus costumbres y robar sus secretos. Para ellos era casi un juego. Durante tres meses se atiborraban de comida humana y dejaban que la piel se les tostara bajo el sol y se les llenara de pecas. Caminaban con sus nuevos pies sobre la hierba, sobre las frescas baldosas y sobre tablones de madera pulidos hasta alcanzar la suavidad de la seda. Besaban cálidos labios humanos.

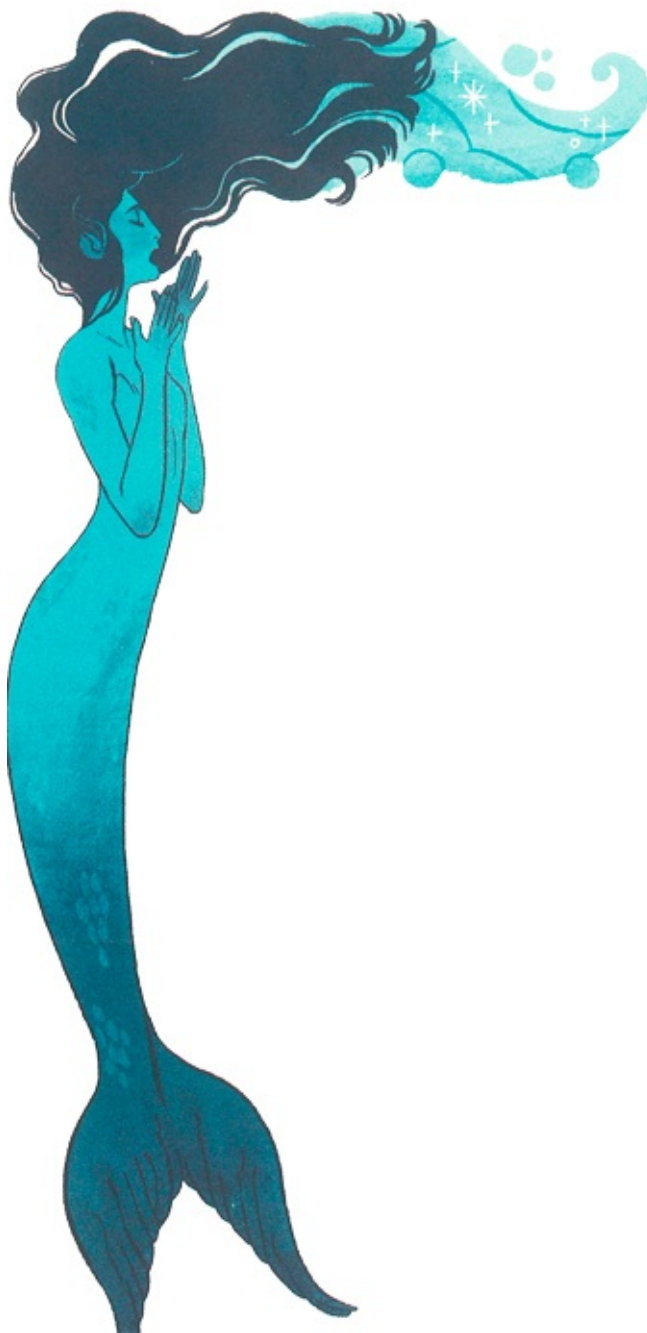
Pero míralos ahora. No son mejores que los *selkies*, que vigilan furtivamente las olas y las rocas con sus ojos húmedos y lastimeros, como temiendo que alguien los acogote de un momento a otro. Ahora sus leyes son distintas. Saben que la tierra es un lugar de peligros. Pero, a pesar de todo, ansían el sabor de la vida humana. Ese es el problema de prohibir cosas. Lo único que se consigue es sembrar una pesadumbre en el corazón.

La vieja ciudad de los *sildroher* era un afloramiento de roca muy accidentado, cubierto por una fluctuante pradera marina de color verde oscuro, para que ningún buceador ni ningún marinero arrojado bajo las aguas supiera nunca qué maravillas se ocultaban debajo. Se extendía kilómetro tras kilómetro, siguiendo el lecho oceánico en sus subidas y bajadas; el pueblo del mar recorría velozmente y por millares sus cavernas de coral y sus oquedades cargadas de conchas. El hogar de sus reyes y reinas solo podía distinguirse por los seis capiteles que se alzaban como dedos ávidos en torno a una planicie rocosa. Los delgados capiteles estaban forrados con escamas de criaturas que moraban en las fosas oceánicas, de manera que durante el día brillaban con una luz azul, como una luna capturada, y por las noches sus cámaras y catacumbas resplandecían con un fulgor fosforescente en la opresiva oscuridad.

Bajo las rocas y las conchas, oculto bajo el centro de la ciudad, se encontraba el salón del nautilo, con la forma de un gran cuerno enroscado sobre sí mismo, y tan grande que dentro de sus paredes curvadas habría cabido una flota entera de barcos. Había sido encantado hacía mucho tiempo por un príncipe, a modo de regalo para su padre, antes de subir al trono; era el corazón del poder de los *sildroher*. Por su base fluía el agua marina, y era posible subir o bajar el nivel de esta, manteniendo seco el resto del salón. De esa forma, el pueblo del mar podía practicar sus armonías en ambos elementos, agua o aire, según las necesidades de cada hechizo.

Por aquel entonces, las canciones no eran meras frivolidades con las que entretenerse o atraer a los marineros a su perdición. Los *sildroher* las

utilizaban para invocar tormentas y proteger sus hogares, para alejar los navíos de guerra y los barcos pesqueros de sus mares. Las empleaban para construir sus refugios y contar sus historias. En su idioma no existía la palabra «bruja». La magia fluía a través de todos ellos, era una canción que ningún mortal podía escuchar, que solamente el pueblo del mar era capaz de reproducir. En algunos, la magia parecía entrar y salir como la marea, sin dejar gran cosa tras de sí. Pero en otros, en muchachas como Ulla, la corriente se quedaba atrapada en algo oscuro que habitaba en sus corazones, y allí se iba acumulando, formando profundas pozas de poder.



Tal vez el problema tuvo su origen en el nacimiento de Ulla, por los rumores que suscitó. O en su solitaria infancia, pues todos la rehuían por su tez cetrina y sus extraños ojos. O tal vez no empezó con una sola muchacha, sino con dos, el primer día en que Ulla cantó con Signy, en la reverberante caverna del salón de conciertos.

Seguían siendo unas niñas que todavía no habían cumplido los trece años y, aunque Se habían educado en los mismos sitios, aunque habían asistido a las mismas celebraciones mareales y a las mismas cacerías del esturión, no eran amigas. Ulla conocía a Signy por su cabello, de un rojo intenso que destellaba como una amenaza y la delataba allá por donde iba. Y, por supuesto, Signy conocía a Ulla por su cabello negro y su piel grisácea. Ulla, la que había cantado una canción para arrancar a los percebes de su habitación cuando no era más

que un bebé; la que, sin recibir la menor lección de canto, había tarareado una melodía para que las faldas de sus muñecas de algas bailaran. Ulla, la que albergaba más poder en una sola de sus melodías más simples que otros cantantes que le doblaban la edad.

Pero a los compañeros de clase de Ulla no les importaba la firmeza de su tono ni la originalidad de las canciones que componía. Todo eso tan solo servía para darles envidia y que cuchichearan todavía más sobre su turbio linaje, sobre la posibilidad de que su padre en realidad no lo fuera, de que su madre hubiera regresado de un verano en la costa llevando en su vientre a la hija de algún joven humano. Se consideraba algo imposible. Los humanos eran criaturas inferiores, y no podían reproducirse con los *sildroher*. Aun así, los niños veían que sus padres cuchicheaban y cotilleaban, así que ellos hacían lo mismo. Afirmaban que Ulla había nacido con piernas, que su madre había empleado magia de sangre para fabricarle una cola, y que había cortado la piel de su garganta con un cuchillo para darle branquias a su hija.

Ulla se decía a sí misma que no era verdad, que no podía serlo, que el linaje de su padre se notaba claramente en el patrón de sus escamas plateadas. Pero ella misma reconocía que no se parecía ni a su padre ni a su madre, y que en ocasiones, cuando la madre de Ulla le trenzaba el cabello y le colocaba peinetas de perlas encima de las orejas, en su rostro aparecía una expresión que bien podía ser de miedo, o peor aún, de repugnancia.

A veces, Ulla soñaba con una vida en aguas lejanas, con encontrar en algún lugar a otros miembros del pueblo del mar que la aceptaran, que no dieran importancia a su aspecto ni a sus orígenes.

Pero sobre todo soñaba con ser cantante de corte, alguien venerado y apreciado. Se imaginaba a sí misma engalanada con gemas y raspas de brosmio, como una general con un coro por ejército, comandado por tormentas y edificando nuevas ciudades para el rey y la reina. Los cantantes de corte eran designados por el rey, y prácticamente siempre eran de sangre noble. Pero eso no impedía a Ulla albergar esperanzas ni aferrarse a aquel sueño cuando se quedaba sola en el salón del nautilo, mientras los demás alumnos se dividían en parejas para un dueto o formaban grupos para cantar en conjunto; cuando, una vez más, no le quedaba más remedio que cantar con el director del coro, que la miraba con expresión de lástima.

Todo esto cambió la primera vez que cantó con Signy.

Aquel día, el salón de conciertos había sido vaciado casi por completo, y las rocas de su base habían quedado expuestas al aire seco, mientras el mar continuaba fluyendo en el exterior. Los alumnos estaban tendidos sobre las

rocas lisas, apoyando sus hermosas mejillas en su antebrazos húmedos, con expresión de aburrimento, formando un sinuoso montón de colas enroscadas. Signy estaba en la periferia del grupo, escudriñando aquella masa resbaladiza. Se había pasado toda la mañana lanzando miradas amargas a Ulla, torciendo las comisuras de su rosada boca de concha, y cuando el director del coro empezó a dividirlos en parejas para los duetos, Ulla comprendió por qué: Lis, la compañera habitual de Signy, no había venido a clase. Su número era par, así que Signy no iba a tener más remedio que cantar con Ulla.

Aquel día, la clase estaba ensayando una magia de tormenta sencilla, con escaso éxito. Cada una de las parejas hizo un intento, y algunas lograron invocar unas pocas volutas de nube o una niebla que podía considerarse (siendo generosos) una llovizna. En un momento dado se oyó el rumor de un trueno, pero solo era el rugido del estómago del joven Kettil.

Cuando finalmente les llegó el turno a Ulla y a Signy, las dos se deslizaron hasta la piedra plana que hacía las veces de escenario; Signy procuraba mantener las distancias, mientras sus compañeros se reían discretamente de su mala suerte.

Ulla consideró durante un momento cantar una melodía sencilla, para terminar rápidamente con aquella humillación. Pero luego apartó ese pensamiento de su mente. Odiaba a Signy por tener tanto miedo de que la emparejaran con ella, aunque fuera brevemente y odiaba a sus compañeros por sus risillas contenidas y sus ojos pícaros. Pero, más que ninguna otra cosa, Ulla deseaba poder matar al ser que habitaba en su interior y que, pese a todo, seguía deseando obtener su aprobación. Miró a Signy con frialdad y le dijo:

—Sígueme... si es que puedes.

Ulla inició un hechizo que había estado practicando por su cuenta una melodía en *stacatto* llena de síncopas repentinas. Fue brincando grácilmente de nota en nota, extrayendo la melodía de la canción secreta que ella oía con tanta claridad, contenta de dejar atrás a Signy, que se esforzaba por seguirla con su dulce, temblorosa voz.

Y, sin embargo, cada vez que Ulla lideraba la canción, la otra muchacha la seguía con férrea determinación.

Sobre ellas, en el techo, se fueron formando unas nubes de panza gris. Ulla miró de reojo a Signy, y entonces empezaron a caer las primeras lluvias.

Existen distintos tipos de magia. Algunos necesitan hierbas exóticas o complejos encantamientos. Otros exigen sangre. Y hay otro tipo de magia más misteriosa todavía, que hace encajar una voz con otra, a un ser con otro, cuando apenas unos momentos antes eran unos perfectos desconocidos.

La canción se hizo más potente. Los truenos hicieron temblar el salón del nautilo. El viento aullaba y azotaba el cabello de los alumnos tendidos sobre las rocas.

—¡Nada de relámpagos! —exclamó el director del coro por encima del estruendo, agitando los brazos y dando golpes en el suelo con su enorme cola color naranja.

La canción se ralentizó. Los demás alumnos protestaron y se lamentaron. Pero a Ulla y les dio igual. Cuando la última nota se desvaneció, en lugar de volverse hacia sus compañeros en busca de sus elogios, se volvieron la una hacia la otra. La canción había erigido un escudo alrededor de ambas, la protección de algo compartido, algo que les pertenecía solamente a ellas.

Al día siguiente, Lis regresó a clase y Ulla se armó de valor, lista para que le volvieran a endosar al director del coro. Pero cuando este les dijo a todos que se emparejaran para los duetos, Signy le dio la mano a Ulla.

Durante un fugaz instante, Ulla despreció a Signy, como solo se puede odiar a quienes nos rescatan de la soledad. Le resultaba insoportable que aquella muchacha tuviera semejante poder, y que Ulla careciera de fuerza de voluntad para rechazar su amabilidad. Pero cuando Signy miró a Ulla y sonrió tímidamente, como una estrella emergiendo con el crepúsculo, todo aquel rencor se disolvió, desapareció como unas palabras escritas sobre el lecho oceánico, y Ulla no sintió nada más que amor. Aquel momento la unió a Signy para siempre.

A partir de entonces, fue siempre así: Signy y Ulla iban juntas, y la pobre Lis, que se veía obligada a cantar con el director del coro, lo hacía con una mueca crispada que provocaba que desafinara ligeramente en todas sus notas.

El conflicto se despertó aquel día, cuando dos muchachas quedaron enredadas como las algas, pero después cerró los ojos, fingiendo dormir dejando que Ulla y Signy reanudaran sus juegos y se susurraran confidencias, que se murmuraran secretos y fundieran sus sueños con el paso de los años, esperando el invierno y la fiesta de cumpleaños del príncipe.

Roffe era el más joven de los seis príncipes, por lo que el trono estaba prácticamente fuera de su alcance, a muchas brazas de distancia. Tal vez porque no suponía una amenaza para nadie, sus padres y sus hermanos lo mimaban demasiado. Los vástagos reales tenían su propio tutor, pero la aversión de Roffe por los estudios y las responsabilidades de cualquier tipo era bien conocida y comentada con una especie de afectuosa indulgencia entre

la nobleza. En su decimoséptimo cumpleaños, todos los *sildroher* de los alrededores acudieron para ofrecerle regalos, y todos aquellos con algún talento para cantar fueron invitados a la planicie rocosa de los capiteles de palacio para que demostraran su arte. La familia real estaba cómodamente sentada en una oquedad de vidrio marino blanquecino, engastado en la columna del más alto de los capiteles; el rey y la reina con sus coronas de dientes de tiburón, y los seis apuestos hermanos con su cabello rubio claro y sus armaduras de barba de ballena.

Cada un de los cantantes o conjuntos se fueron adelantando para su interpretación. Algunos eran viejos y otros jóvenes, pero todos eran famosos por la magia que eran capaces de cantar. Hjalmar, el gran maestro que había servido como cantante de corte de dos reyes, atrajo una cascada de luz solar desde la superficie para dar calor al público. Sigríð de la Corriente Oriental cantó una enorme pila de esmeraldas que ascendieron hasta el balcón real. Las gemelas Agda y Linnea llamaron a una vaina de ballenas boreales para que taparan el sol, y después llenaron los mares que rodeaban a los asistentes con los cuerpos resplandecientes y oníricos de cientos de medusas luna.

Cuando llegó el turno de Ulla y Signy, nadaron hasta el centro de la planicie, dándose la mano.

Ninguna de sus familias era acaudalada, pero las dos muchachas se habían engalanado lo mejor posible para la ocasión. En el pelo llevaban guirnaldas de lirios de agua y pequeñas peinetas de perlas que les habían prestado sus madres. Se habían adornado los cuerpos con esquirras de concha de abulón, para que sus torsos brillaran y sus colas relucieran como un tesoro. Ulla estaba bastante bien, aunque seguía grisácea y taciturna, pero Signy parecía un sol naciente, con sus cabellos rojos desparramados en una flameante aureola. Ulla todavía no sabía cómo describir ese color. Nunca había visto una llama.

Ulla miró a la multitud que tenía a su alrededor y por encima de ella. Podía sentir su curiosidad, como un tentáculo explorador, y oía su propio nombre en una melodía odiosa y murmurante.

—¿Es ella? Que gris está.

—No se parece en nada a su madre ni a su padre.

—Bueno, supongo que a alguna desdichada alma tendrá que pertenecer.

Signy también temblaba. Había elegido a Ulla aquel día, en el salón del nautilo, embriagada del poder que habían creado las dos juntas, y habían construido un mundo secreto para ambas, en el cual no importaba que Signy fuera pobre, ni que fuera hermosa pero no lo suficiente como para sobresalir

por encima de su posición. Pero allí, frente a los *sildroher* y la familia real, la protección de aquel mundo parecía muy lejana.

La canción comenzó dulcemente. Ulla sacudía la cola con sutileza, marcando el compás; vio que el rey y la reina asentían al mismo tiempo, desde las alturas. Sin duda, ya estaban pensando en el inminente banquete, pero eran lo bastante educados como para no mostrar su aburrimiento... a diferencia de sus apuestos hijos.

Aunque Ulla había compuesto el hechizo, había sido idea de Signy, una ensoñación que le había descrito a Ulla con movimientos vertiginosos de las manos, una fantasía que habían ido embelleciendo en sus horas muertas, mientras descansaban en los bajíos para entrar en calor.

Ulla dejó que la canción ascendiera, y empezaron a formarse una serie de arcos finos y nacarados en la planicie rocosa. La multitud flotante profirió murmullos de aprobación, pensando que eso era todo lo que las dos muchachas eran capaces de ofrecer, que no eran más que dos estudiantes prometedoras a las que, por algún motivo, se les había dado permiso para actuar al lado de los maestros. La melodía avanzaba en sencillas escalas ascendentes y descendentes, creando una simetría en los caminos resplandecientes que se iban extendiendo bajo ellas. Los nuevos arcos y columnatas no tardaron en dibujar la forma de una gran flor en seis pétalos perfectos que salían del centro de la planicie.

Se oyeron unos cuantos aplausos.

La canción cambió. Ahora ya no era agradable, y los príncipes hicieron una mueca al oír la disonancia. El público apartó la mirada, avergonzado, y algunos sonrieron burlescamente. Signy agarró los dedos de Ulla con tanta fuerza que sus nudillos se rozaron, pero Ulla ya le había advertido que el público no lo entendería, y en lugar de detenerse, cantaron aún más alto. El rey hizo un gesto de bochorno. La reina miró al director del coro, entornando sus ojos azules. El rostro del director estaba sereno; sabía lo que pretendía Ulla.

Había escrito la canción en una escala nueva, con un número de intervalos distintos, y aunque el sonido resultaba discordante para los oídos ignorantes de los demás, Ulla sabía lo que se hacía. Ella oía la estructura de una armonía diferente. Signy y ella se aferraron a esas notas, sin dejar que se convirtieran en otras más comunes. Mientras lo hacían, sus voces vibraron a través del agua, extendiéndose por la planicie. Un estallido de colores se propagó entre los caminos tendidos bajo ellas: anémonas rosa claro y gorgonias rojo intenso, gruesas manojos de algas moradas y floridas columnas de coral.

La multitud gritó de asombro a medida que los jardines crecían. Ulla sintió que su pulso se aceleraba y su sangre crepitaba como si un relámpago recorriera sus venas, como si la canción que había construido hubiera existido desde siempre y solamente hubiera estado esperando a que ella la encontrara. La magia de tormentas era sencilla. Incluso erigir edificios o fabricar gemas era simple si se utilizaban las notas adecuadas. Pero ¿crear seres vivos? La canción no podía hacerlos existir sin más. Era necesario enseñarles a comprender sus propias necesidades, a obtener sustento y sobrevivir.

Así fue como se crearon los jardines reales. Ulla y Signy fueron sus arquitectas. Dos muchachas cualesquiera, que hasta aquel momento habían sido prácticamente invisibles.

Cuando la actuación finalizó, fue el joven príncipe Roffe el que aplaudió más fuerte y prescindió de las formalidades de baile que le habrían mantenido nadando en círculos durante horas antes de llegar hasta Ulla y Signy, debido al bajo rango de estas. Se abrió paso en línea recta entre la multitud; Ulla vio como Signy volvía el rostro hacia el príncipe, como si la acabara de arrastrar a una resaca marina.

Los ojos de Roffe se fijaron primero en la radiante Signy.

—Dime cómo se hace —le imploró—. ¿Esas criaturas y esas plantas seguirán con vida? ¿O no es más que un simple espectáculo?

Pero ahora que la canción había terminado, era como si Signy hubiera olvidado la voz.

El príncipe insistió.

—¿Las plantas...?

—Vivirán —contestó Ulla.

—Ese sonido era espantoso.

—¿Ah, si? —dijo Ulla, dejando que su duro caparazón asomara bajo todas sus gemas—. ¿O sencillamente era algo que no habíais escuchado antes?

Signy estaba horrorizada. Por entonces, al igual que ahora, no se podía contradecir a un príncipe, aunque este lo requiriera.

Pero el príncipe Roffe parecía pensativo.

—Está bien no ha sido totalmente desagradable.

—No ha sido desagradable en absoluto —dijo Ulla, sin saber muy bien por qué se había vuelto su lengua tan afilada. Aquel muchacho era de la realeza, y su repentino interés podía allanarle el camino para convertirse en cantante de corte. Lo mejor había sido halagarlo, satisfacerlo. Pero en vez de eso, continuó—: Vuestros oídos no sabían como interpretarlo.

Entonces, el príncipe miró a Ulla, la miró de verdad. Su familia siempre había poseído unos ojos extraordinarios de un azul más profundo que el de cualquier mar. Roffe volvió esos ojos hacia Ulla y observó su mirada negra y plana, su blanca corona de lirios mal colocada sobre el cabello negro. ¿Fue la mirada directa del príncipe lo que le infundió valor a Ulla? Estaba acostumbrada a que todos menos Signy rehuyeran su mirada, incluida su madre en ocasiones.

—La magia no requiere belleza —dijo—. La magia fácil es bonita, pero la gran magia es conflictiva, exige perturbar las aguas. Requiere una disrupción, algo nuevo.

—Algo extraordinario —añadió Roffe sonriendo.

—Sí —reconoció ella a regañadientes.

—¿Y qué clase de conflicto seríais capaces de crear en superficie? —preguntó Roffe.

Ulla y Signy se quedaron inmóviles, como hechizadas por aquellas simples palabras bajo las cuales relucía una oferta, como un cebo, y posiblemente igual de peligrosa. Todos los veranos los vástagos reales viajaban a la costa, a la gran ciudad de Söndermane. Solamente a los hijos e hijas más privilegiados de la nobleza se les permitía acompañarlos.

Esta vez fue ella la que pareció quedarse sin habla, y fue Signy quien respondió, con una nueva cadencia de voz, como si al buscarse a sí misma hubiera encontrado también algo más.

—En la costa podríamos crear muchos conflictos —contestó; todo su cuerpo centelleaba con brillos de perla y ámbar—. Y más allá, ¿quién sabe?

La sonrisa del príncipe era deslumbrante.

—En ese caso —dijo—, habrá que averiguarlo.

Se convirtieron en una nueva constelación: Ulla una llama negra; Signy, con su ardiente luz roja; y el dorado y risueño Roffe, un sol amarillo. En cierto sentido, Roffe no era tan distinto a ellas. Al ser el sexto hijo, apenas se le podía considerar un príncipe, y su principal responsabilidad consistía en no estorbar. No se esperaba de él que estudiara con ahínco ni que se interesara demasiado por la política o las artes de la guerra. Eso le volvía perezoso. Siempre que tenía hambre alguien le traía comida. Cuando estaba cansado, se echaba a dormir, vigilado por silenciosos guardias con el cuello tan grueso y los hombros tan anchos que se los podía confundir con pastinacas. Y, sin embargo, resultaba difícil no dejarse engatusar por su encanto. «Vamos a las

cálidas cuevas de roca», decía. «Vamos a cazar erizos de mar. Vamos a nadar río arriba y a asustar a alguna lavandera». Ulla y Signy lo acompañaban porque era un príncipe y no se podía rechazar a un príncipe. Lo acompañaban porque, cuando les sonreía, se preguntaban cómo se les había podido ocurrir negarse a lo que les pedía.

Afirmaba que le interesaba el canto, pero Ulla no tardó en descubrir lo mismo que habían descubierto los tutores de Roffe: que, aunque el príncipe tenía una voz potente y un oído bastante bueno, tenía la misma capacidad de concentración que una gaviota; cambiaba de rumbo al avistar cualquier objeto brillante. Su mente deambulaba, se aburría, y el menor fracaso era considerado una catástrofe.

Pero cuando Ulla reprendió a Roffe, él se limitó a decir:

—Nadie espera que yo consiga nada. Eso se lo dejan a mis hermanos.

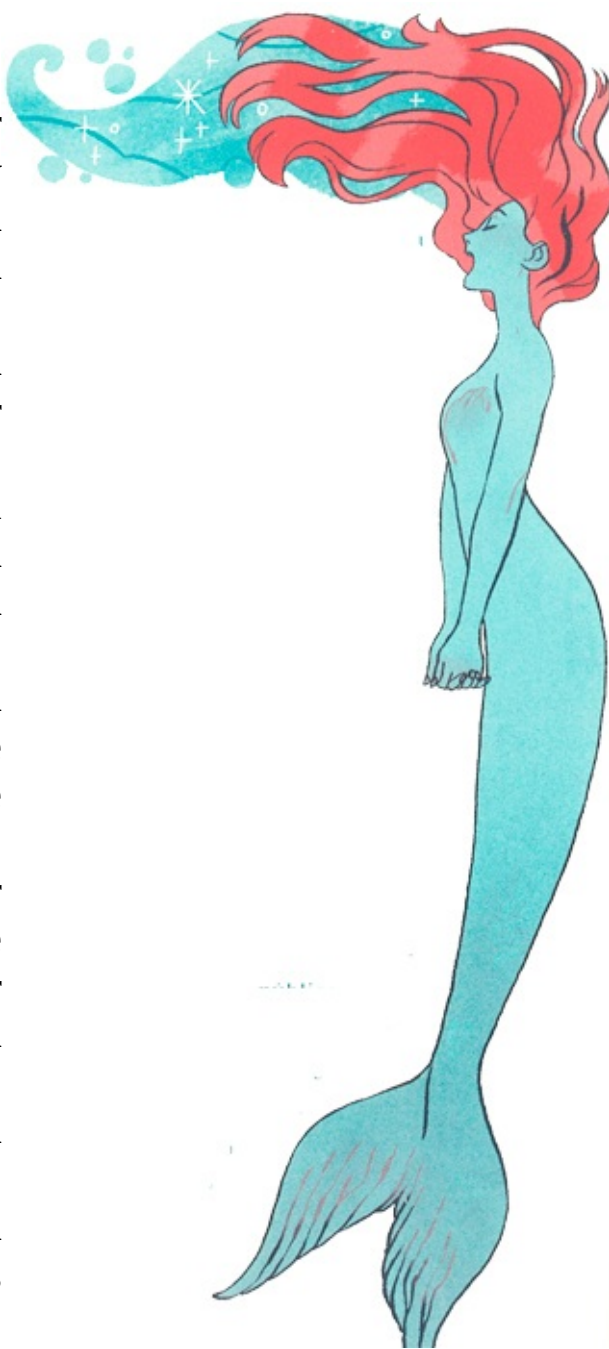
—¿Y eso te satisface?

—Ulla, mi hambrienta Ulla —se burló él—. ¿Por qué te esfuerzas tú tanto? Puedo oler tu ambición como si fuera sangre en el agua.

Ulla no sabía por qué esas palabras la abochornaban tanto. Su canción era lo único que poseía, y por eso se aferraba a ella, la pulía y la perfeccionaba, como si creyera poder labrarse un auténtico lugar en el mundo si aguzaba sus habilidades lo suficiente.

—¿Que sabrás tú de la ambición? —se mofó ella.

Pero el príncipe le guiñó un ojo.



—Sé que conviene mantenerla en secreto, no vociferarla como una maldición.

Tal vez aquella lección debería haberla irritado, pero a Ulla le caía mejor Roffe cuando dejaba entrever la astucia que ocultaba bajo su encantadora máscara.

Los *sildroher* que antaño habían descuidado a Ulla y a Signy siguieron desdeñándolas, preguntándose a qué estaría jugando Roffe, insinuando que las dos muchachas eran un mero entretenimiento. Pero ahora se veían obligados a ocultar su desdén. El favor de Roffe había transformado a Ulla y a Signy, granjeándoles una protección más allá del alcance de cualquier canción. La envidia de sus compañeros de clase flotaba a su alrededor, formando nubes venenosas, y Ulla veía cómo Signy bebía aquel veneno como si fuera vino. Sus movimientos eran cadenciosos, le brillaba la piel y su pelo estaba más sedoso. Florecía al ser testigo del hambre que rezumaban sus miradas. Y entonces, finalmente, Roffe invitó a Ulla y a Signy a acompañarlo a la costa.

—¿Te lo imaginas? —exclamó Signy, agarrando las manos de Ulla y haciéndola girar. El agua se agitaba a su alrededor a medida que daban vueltas más y más deprisa.

—«Sí», pensó Ulla, mientras se desplegaban en su mente las maravillas de la costa, la oportunidad de ser alguien distinto durante un tiempo, la absurda esperanza de que, si se comportaba como una noble, el rey olvidaría lo humilde que era y le concedería el deseo que albergaba su corazón. «Me lo imagino todo».

Los padres de Signy estaban entusiasmados. Lo más granado de la alta sociedad iría a la superficie y, aunque pasarían el tiempo entretenidos con los humanos, era muy posible que se fijaran también en la hermosa Signy. Su madre vendió sus escasas joyas para pagar la confección de vestidos mortales y escarpines de terciopelo para los pies que pronto tendría Signy.

Los padres de Ulla se negaron a dejarla marchar. Conocían las tentaciones de la costa. Su madre gimió una canción tan triste que las algas que rodeaban su casa se marchitaron, y su padre lanzó grandes bramidos de furia, sacudiendo el agua con la cola como si fuera un látigo.

Ulla sabía que alguna enigmática corriente revolvía las aguas, que algún misterio provocaba que su madre llorara cada vez que le trenzaba el cabello a Ulla y que expulsara a su hija de su regazo antes de terminar, un interrogante que hacía que su padre se volviera brusco y hablara con dureza. Sabía que no

era posible que tuviera un padre humano, pero entonces, ¿quién la había engendrado? ¿Por qué era tan extraña? Ulla quería preguntar, sacar el pasado de la turbia oscuridad y descubrir al fin cuáles de esos susurros eran ciertos y cuáles no.

En vez de eso se quedó sentada en silencio, y cuando cesaron los sollozos y las advertencias, les dijo a sus padres:

—No podéis impedírmelo.

Y no podían. Pero podían negarse a darle vestidos y monedas humanas.

—Camina desnuda entre los hombres de la costa, ya verás qué alegrías te trae —sentenció su padre.

—Tal vez lo haga —replicó Ulla, con más coraje del que sentía en realidad. En la superficie quizá encontraría respuestas, o un amante humano, o nada en absoluto, pero estaba decidida a ir.

Esa noche fue nadando hasta el pecio del Djenaller, un barco naufragado hacia tan solo unos meses, una advertencia para que los hombres terrestres se mantuvieran alejados de aquellas aguas. Arrancó jirones de tela y perlas de los esqueletos atrapados en sus camarotes, y sobre aquellos andrajosos restos cantó una canción de creación. Apenas conocía el aspecto de los vestidos mortales, pero combinó aljófares y seda y con ellos fabricó tres vestidos que guardó en un cofre encantado y sellado, para mantenerlos secos.

—No puedes llevar esos vestidos —dijo Signy—. Van a llamar demasiado la atención. —Ulla se encogió de hombros y fingió que no le importaba. No podía confesarle a Signy que su madre y su padre se habían negado a dejarla acompañar a la comitiva, ni tampoco el motivo—. ¡Además, no pensarás que con solo tres vestidos vas a poder pasar tres meses en tierra!

¿Qué podía decir Ulla? Tenía su voz. Tenía su magia. Tendría que bastar con eso.

—Signy —dijo con cautela, formulando una pregunta que era también una advertencia—. ¿Sabes por qué quiere que vayamos?

Estaba muy bien hablar de vestidos y de fiestas, pero los ojos de Signy seguían a Roffe como un barco en busca de un faro en la costa. Lo cierto era que Roffe había mostrado interés en ellas tras ser testigo del poder que habían desatado al crear el jardín. Sabía que era su amigo, pero Roffe no dejaba de ser el hijo menor. Solamente con magia lograría ser algo más que eso.

Al término de cada verano en tierra, los *sildroher* regresaban al mar, y todos los príncipes le entregaban un presente a su padre, el rey. Estos regalos se consideraban un simple gesto, una nadería, pero el rey había anunciado que aquel sería el último año de su reinado, así que todos ellos sabían a qué

atenerse. Los presentes eran una expresión del ingenio de cada uno de los príncipes, una muestra de sus sentimientos hacia su padre y hacia todo el reino. Precisamente, la primera canción de construcción de los *sildroher* había sido uno de esos regalos, y había erigido el palacio real en mitad del lecho oceánico. Aunque ya habían pasado casi quinientos años de aquel acontecimiento, gracias a ese regalo, un príncipe, tercero en la línea de sucesión, había conseguido reinar. Un sexto hijo como Roffe necesitaría una magia aún mayor para lograrlo.

Signy apoyó fugazmente su frente en la de Ulla.

—Lo sé —dijo—. Pero es posible que Roffe vaya en busca de una cosa y termine encontrando otra. Al fin y al cabo, yo solamente pretendía sobrevivir a un dueto cuando te encontré a ti.

Ulla abrazó con fuerza a su amiga y cantaron juntas mientras terminaban de hacer el equipaje. Sabía que debería haber insistido en sus advertencias, que debería haberle dicho a Signy que Roffe no podía elegirla a ella, que, aunque fuera el más joven de los príncipes y apenas se le pudiera considerar como tal, no dejaba de ser un príncipe.

«Tú vales más que eso», quería decirle. «No deberías tener que ganarte su afecto». En vez de eso, contuvo su lengua y procuró alejar la turbación de su corazón con sus cánticos. «¿Qué mal puede hacer una pizca de esperanza?», se dijo a sí misma.

Pero la esperanza va subiendo cada vez más, como el agua atrapada por un dique, y al ascender poco a poco, cuando te quieres dar cuenta te enfrentas a un torrente.

Llegaron a la superficie antes del amanecer, con el cielo aún oscuro. Ulla ya había estado antes allí, cuando había aprendido a hacer magia de tormenta, mecida por el oleaje; las estrellas refulgían en el cielo negro como si se tratara de otro gran mar, y la silueta descomunal de la costa bordeaba el horizonte como la cola de un monstruo. En esa ocasión, antes de refugiarse de nuevo bajo el mar, se había demorado un poco para contemplar cómo el sol teñía las aguas de rosa y de dorado, cómo se reflejaba en el castillo situado en lo alto del acantilado. Esta vez, Ulla y los demás dejaron que la marea los arrastrara hacia la costa, hasta una pequeña cala, una sombría franja de arena gris y roca negra.

Fueron recibidos en la costa por los *hedjüt*, los pescadores del norte, con quienes los *sildroher* tenían una alianza natural. El pueblo del mar alejaba las

tormentas de los barcos *hedjüt*, mantenían sus redes llenas de cangrejos y mejillones y conducían a las ballenas hacia sus aguas. A cambio, los pescadores guardaban los secretos de los *sildroher*, les proveían de caballos y les entregaban los baúles de prendas humanas que encargaban las familias nobles *sildroher*. El pueblo del mar había aprendido la lengua y las costumbres humanas gracias a los *hedjüt*, que ahora los contemplaban, silenciosos, mientras los *sildroher* chapoteaban en las olas.

No existe dolor igual al dolor de la transformación. Una sirena no se desprende de su piel sin más y descubre que debajo hay un cuerpo mortal. Caminar por la tierra implica partir tu cuerpo en dos, quebrarte hasta convertirte en otro ser. En aquella playa, Ulla, Signy, Roffe y el resto de la comitiva desenvainaron sus cuchillos *sykurn* sagrados, tallados en colmillo de narval y cargados de encantamientos. Entonaron la canción de la transformación y hundieron las armas en sus propios cuerpos.

La mayoría de los príncipes y los nobles habían recibido la ayuda de algún cantante de la corte para fabricar sus cuchillos, no así Ulla, que había cantado con sumo cuidado las notas que otorgarían poder a su hoja.

Sin embargo, por muy bien elaborado que estuviera el cuchillo, el verdadero reto era la canción. Se trataba de la más profunda de las magias, música de rotura y sanación, la única canción que aprendía toda la realeza desde su nacimiento. No era complicada, pero requería una gran fuerza de voluntad, y a Ulla le preocupaba que Signy no tuviera la suficiente. Pero, con los ojos fijos en Roffe, Signy elevó la voz y realizó el corte. Solo entonces Ulla sumó su propia voz a la canción y se clavó la hoja en la cola.

El miedo fue peor que el dolor; tenía la certeza de que algo había salido mal y que terminaría rasgada desde la cabeza hasta la aleta. La sangre manaba a su alrededor con abundancia, manchando de rosa la espuma del mar antes de que la marea atrajera la ola de sal que le limpió las heridas. Sin embargo, siguió cantando, manteniendo las olas estables. Sabía que, de no hacerlo, jamás se curaría por completo, y se quedaría allí tendida, desangrándose y convertida en una masa desordenada de escamas y extremidades a medio formar.

El dolor remitió. Se oyeron las últimas notas. Ulla se maravilló al ver la extraña curva de sus caderas, el oscuro mechón de pelo entre sus piernas, los bultos raros e incómodos de las rodillas. ¡Y los pies! Unas pequeñas y tristes aletas de dedos almenados. Le costaba creer que aquellos artilugios pudieran sostener su peso, por no hablar de impulsarla hacia delante.

Los pescadores *hedjüt*, desviando la vista, cogieron en brazos a los *sildroher* para sacarlos de la arena y llevarlos a las rocas, mientras las nuevas piernas de estos se bamboleaban, inertes. Los hombres no fueron demasiado bruscos, pero aun así Ulla sintió que el pánico le atenazaba el corazón. Era una situación demasiado extraña: la luz fresca del amanecer a su alrededor, la solidez y la quietud de la tierra, el aire áspero y seco en los pulmones. Procuró tranquilizarse, temerosa de quedar en evidencia.

En las chozas de los pescadores, Ulla y los demás *sildroher* se vistieron y calzaron sus pies vulnerables e inexpertos en zapatos confeccionados especialmente para la ocasión, mullidos con lana de cordero y hechizos. Invirtieron la mayor parte del día en aprender a caminar, tambaleándose y riendo mientras tropezaban, intentaban agarrarse y palpaban la tierra bajo sus pies. Algunos tenían la experiencia de veranos anteriores, pero incluso a aquellos que nunca habían salido a tierra les costó menos que a un niño humano. Eran un pueblo grácil, fortalecido por sus muchos años resistiendo a las corrientes.

Desde el primer momento, los *sildroher* trataron sus cuchillos con extremo cuidado. Sería necesario realizar nuevos cortes tres meses después, una nueva magia de sangre que uniera sus piernas y diera forma a sus colas, para poder regresar a casa. Hasta entonces, los cuchillos no podían tocar nada del mundo mortal, o perderían la facultad de devolver al pueblo del mar su verdadera forma. Por ello, los *sildroher* envolvieron los cuchillos en *sykurn* en la misma piel y las mismas escamas de las que se habían desprendido, y lo guardaron todo en sus respectivos cofres.

Ulla se fijó en que Signy y Roffe la miraban de forma extraña, pero apenas tuvo tiempo para pensar en ello, porque ya habían llegado los carruajes, forjados en oro y plata, con las puertas magníficamente barnizadas y luciendo el blasón de la familia real *sildroher*, aunque dicho emblema no significaba nada para los hombres de la costa. Los caballos, enormes bestias de color gris moteado, con ojos negros como los de las focas, golpearon el suelo de roca con sus grandes cascos. Signy y Ulla se quedaron sin aliento al verlos, mientras Roffe se retorció de la risa. Él ya estaba familiarizado con todas aquellas maravillas.

No tardaron en avanzar ruidosamente por la gran carretera que bordeaba la costa hasta la ciudad de Söndermane. Todos habían visto la ciudad a lo lejos, encaramada a lo más alto de los acantilados blancos que ello llamaban la Luna Segada, y las torres de la iglesia con sus grandes campanas de hierro, encantadas con magia *sildroher*. Se decía que hasta los pecadores más

empedernidos se veían obligados a ir a misa al oírlas repicar. Pero Ulla apenas podía pensar, por culpa de todas las sensaciones que se agolpaban en su cuerpo: el asiento bajo sus recién formados muslos, el roce de las faldas con sus piernas, el traqueteo del carruaje. Con cada sacudida, los *sildroher* gritaban o se agarraban los costados, emocionados por la novedad.

Cruzaron traqueteando sobre los inclementes adoquines de la zona baja de la ciudad, entre el caos y el comercio, y atravesaron las puertas que conducían al gran palacio, rodeado de imponentes pinos. Y qué magnífico era su brillo blanco y plateado; parecía estar tallado en perla y dotado de magia propia. Sus capiteles eran tan finos que daba la impresión de que un suspiro habría bastado para derribarlos, y cada balcón, ventana y barandilla estaban finamente trabajados, con una mampostería tan diáfana y ligera que más que piedras parecían livianas lenguas de escarcha. Por encima del resto del palacio se alzaba la legendaria Torre Profética, a la que acudían eruditos de todos los países para estudiar y debatir sus hallazgos con los principales consejeros y adivinos del rey. A Ulla le costaba creer que unas manos mortales hubieran sido capaces de construir tal lugar.

—Muchos nobles humanos pasan aquí los días cálidos —dijo Roffe, señalando con la frente otro grupo de carruajes—. Creen que venimos de algún lejano lugar del sur.

Cuando el sirviente les abrió la puerta, Kalle, el mayor de los hermanos de Roffe, les estaba esperando con la boca rebotante de advertencias.

—Haced cuanto os plazca —les recordó, mientras ascendían lentamente la ancha escalinata del castillo, sin saber todavía como alinear sus cuerpos al hacerlo, tanteando el frío mármol con los pies calzados—. Pero no olvidéis lo frágiles que son estas criaturas. No derramáis su sangre. No atraigáis su atención.

Su mirada también se detuvo en Ulla.

Cruzaron dos puertas altas y estrechas y llegaron a una majestuosa entrada flanqueada por dos escalinatas en espiral que se encontraban en un amplio rellano. Continuaron subiendo, con los músculos temblorosos por el inusual esfuerzo, aferrados a la barandilla y sorprendidos por el peso de sus cuerpos y el lastre de sus ropas. Finalmente llegaron a lo alto de las escaleras y entraron en una larga sala de audiencias, abarrotada de gente.

Había hombres y mujeres de todas las naciones, envueltos en encaje y ricas sedas, con los puños de la ropa decorados con joyas y calzados con zapatos de tacones dorados. Ulla se maravilló al comprobar lo distintos que eran de los *hedjüt* y sus hombros anchos, sus espaldas encorvadas, sus

gruesos nudillos y sus rostros desgastados por el clima. Aquellos eran los cuerpos suaves y perfumados de quienes no necesitaban trabajar.

Al paso de los *sildroher* se fue haciendo el silencio, y a Ulla le costó trabajo no echarse a reír al recordar la advertencia de Kalle. Era imposible que su comitiva consiguiera pasar desapercibida. A pesar de sus pasos inseguros, el pueblo del mar se movía como ningún ser humano: sus ágiles cuerpos parecían flotar, como arrastrados por un fluido, y sus miembros eran tan gráciles como las algas marinas.

Tal y como les habían enseñado, saludaron con genuflexiones y reverencias al rey humano, que recibió amigablemente a los príncipes. Y no era para menos. Pese a sus peculiares atuendos y a sus acentos extraños, todos los años, los *sildroher* traían tesoros que el rey humano jamás había visto. Kalle hizo un gesto a sus sirvientes, que se adelantaron llevando tres cofres llenos de perlas. Las primeras eran blancas y luminosas como la nieve, las siguientes del color gris plateado de las nubes borrascosas, y las perlas del tercer cofre tenían un brillo más negro que una noche sin luna. También había cofres llenos de monedas, espadas enjovadas y platos de oro macizo. Ulla vio cómo el rey mortal sonreía, se pavoneaba y se servía vino en una copa de plata, sin comprender que aquel tesoro provenía de barcos naufragados, que eran regalos de los muertos, cuyos huesos se pudrían en el fondo del mar. ¿Qué le importaba eso a los mortales? Un tesoro era un tesoro.

Pero mientras los ojos de la corte humana iban recorriendo cada nueva gema o fruslería, Ulla se fijó en un joven; no estaba obnubilado ni maravillado. Estaba de pie, detrás del trono del rey, al lado de un hombre barbado que vestía el ceñidor y el zafiro azul apagado de un adivino. Las ropas del joven eran negras, y su cabello lo era aún más. Tenía los ojos fijos en Ulla; su mirada era tan pesada como el lastre de un barco. Ulla le devolvió la mirada, suponiendo que terminaría por desviar la vista. No lo hizo, y aunque Ulla sabía que era imposible, tuvo la extraña sensación de que ya lo conocía.

El rey dio una palmada. Las puertas del salón de banquetes se abrieron y los nobles entraron por orden de rango. Pero mientras Ulla atravesaba las puertas de la sala de audiencias hacia los extraños olores de los alimentos humanos que la esperaban al otro lado, volvió la vista atrás y comprobó que el muchacho vestido de negro seguía mirándola.

Comieron. Danzaron. Se llevaron copas de vino a los labios por primera vez. Rieron y zapatearon en el suelo al ritmo de los violines y los tambores, igual que hacían los mortales. Los humanos formaban corro alrededor de los

*sildroher*, con las mejillas encendidas, el pecho hinchado como si les costara respirar, los ojos húmedos y brillantes de deseo. Hacia el final de la velada, Roffe tenía a una muchacha mortal sentada en sus rodillas y a otra apretujada contra su cuerpo.

Ulla no pudo ver el dolor en el rostro de Signy, pero sí que vio los esfuerzos de su amiga por ocultarlo.

—Ya sabías para qué quería que viniéramos —le recordó Ulla con la mayor delicadeza posible.

No lo había hecho por amor, sino por su magia, por la ayuda que pudieran prestarle a Roffe en la superficie.

Signy encogió sus relucientes hombros. Se había retirado el cabello del rostro con dos peinetas de zafiro y se había puesto un vestido azul ceñido que se rizaba sobre sus pechos como una ola y dejaba al descubierto sus blancos hombros. ¿Cuántas veces había visto Ulla los hombros de Signy? ¿Por qué, ahora que estaban rodeados de seda, le parecían algo completamente nuevo?

—Solo quiere divertirse un poco —dijo Signy, con una despreocupación que no parecía sincera.

—Tú también deberías —dijo Ulla. Tomó de la mano a Signy y la llevó hasta el centro del baile, dejando que el calor de los cuerpos humanos, el frenético y fugaz revuelo de la vida mortal, las rodeara.

Más tarde, cuando las velas se fueron apagando, cuando Ulla movió los dedos de los pies para despegarse de los zapatos adheridos, cuando se ató el cabello húmedo de una trenza, maravillada por la humedad que le perlaba la nuca, cuando el vino burbujeaba alegremente por su sangre y los rincones oscuros se llenaron de jadeos fogosos y risas quedas, se reclinó contra la pared, apartando otro cuerpo a un lado, y se preguntó por qué ella no sentía la misma pulsión que los demás.

Los *sildroher* acudían a la costa para paladear el lenguaje humano, para degustar la decadencia de su mundo, pero también para degustarlos a ellos. Era una forma de aliviar su deseo, de controlar sus tentaciones. El pueblo del mar siempre se había sentido atraído por los mortales, por sus cuerpos recios y sus breves vidas, por su forma de luchar, trabajar y padecer. ¿Por qué entonces Ulla no sentía el menor deseo? ¿Por qué no podía ser como Signy, que se mecía lentamente, estrechada por brazos mortales, o como Roffe, que iba robando besos de las anhelantes bocas humanas? ¿Estaba condenada a quedarse también apartada en aquel mundo, igual que lo estaba bajo las olas?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el muchacho vestido de negro cruzaba la estancia hacia ella. Las sombras parecían desplazarse a su paso,

arrastradas por él como una marea. Ulla observó sus rasgos familiares, el ángulo de sus cejas oscuras, y sintió que el miedo le atenazaba el estómago. Se palpó los dientes con la lengua, pensando en la canción que podría cantar para defenderse. Esa música la condenaría, pues la magia *sildroher* no estaba hecha para ojos humanos, pero la idea la tranquilizó.

—Me acuerdo de ti —dijo el joven, al llegar finalmente junto a ella. Sus ojos eran del color de ágata gris.

«No es posible», pensó en decir, pero en vez de eso preguntó.

—¿Quién eres?

—El aprendiz del adivino.

—¿De verdad puede predecir el futuro? —preguntó, dominada por la curiosidad.

—Puede decirle al rey lo que quiere oír, y eso es más importante que conocer el futuro.

Ulla sabía que lo mejor era despedirse y alejarse de aquella extraña criatura, pero había bebido demasiado vino como para ser prudente.

—¿Por qué dices que te acuerdas de mí? ¿Y por qué me observas como una gaviota en busca de su presa?

El joven se inclinó ligeramente hacia delante y Ulla retrocedió sin poder evitarlo.

—Ven mañana a la torre profética —le dijo, con una voz fría como el cristal—. Si vienes, te contaré cuanto quieras saber.

—¿A la biblioteca? —No sabía leer. Solamente la familia real *sildroher*, acostumbrada a la diplomacia y los tratados, aprendía a hacerlo.

—No espero que seas capaz de leer —le dijo él mientras pasaba a su lado sin hacer el menor ruido—. Igual que tú no esperarás que yo sea capaz de respirar bajo el agua.

Ulla no durmió bien esa noche. En cuanto el sol se ocultó, el frío le caló los huesos y se echó a temblar bajo las sábanas. No lograba entrar en calor ni librarse del olor a sudor, grasa y carne asada que le llenaba las fosas nasales. Tampoco lograba acostumbrarse al tacto de la cama sobre la que estaba tendida, a la sensación de que, en cualquier momento, su pesado cuerpo se hundiría y atravesaría las sábanas. Por no hablar de la dolorosa presión que había sentido en el abdomen hasta que finalmente se acordó del orinal y su función. Cuando por fin se adormiló, soñó con sus padres, con la fría mirada de su padre y las manos afligidas de su madre tirándole del pelo, como si



podiera cambiar su color si lo hacía con la suficiente fuerza.

Ulla se despertó temprano, llenó la jofaina casi hasta el borde y hundió el rostro en el agua fría, dejando que el silencio le llenara los oídos, mientras intentaba recordar quién era. Sus escasas posesiones ya habían sido colocadas en el vestidor, y comprobó rápidamente el contenido de su cofre cerrado, asegurándose de que el cuchillo *sykurn* siguiera cuidadosamente envuelto en los pliegues de sus escamas.

No conseguía tranquilizarse. Su piel despedía un olor ácido y la sentía tensa y rígida alrededor de su cuerpo. Le rugía el estómago. Pasó una mano por la colcha bordada de la cama, se quitó los zapatos y sintió el frescor del suelo de piedra a través de las plantas de sus pies. Hundió los dedos de los pies en las suaves pieles que habían estado calentándose frente a la enorme chimenea. Aunque el aire veraniego era cálido, el palacio estaba hecho de fría roca y tenía techos altos. Los restos del fuego humeaban en la rejilla. La noche anterior estaba tan cansada que ni siquiera había reparado en la chimenea. Ulla se arrodilló frente al fuego, notando en las palmas de las manos el calor que irradiaba, y tuvo que contenerse para no tocar aquellas brasas brillantes. Había estudiado las canciones y los artefactos, y conocía el concepto del fuego. Se lo habían enseñado, era una palabra

que había cantado. Pero verlo tan cerca, tan vivo... era como tener un sol en miniatura para ella sola.

La cámara tenía ventanas altas y puntiagudas que daban a los jardines reales y al bosque que había más allá. En la mesa delante de las ventanas, había un jarrón de cristal gris lleno de lo que a Ulla le parecían rosas: objetos de cuerpo fino y extremo voluminoso, con un olor dulce y extraño y pétalos rosados como la aurora y ligeramente más oscuros en el centro. Ulla se tocó el cuello con los dedos, el lugar donde habían estado sus branquias antes de la canción de transformación, y después inhaló profundamente, llenándose la

nariz y los pulmones con el aroma de las flores hasta marearse. Arrancó un pétalo y se lo puso cuidadosamente sobre la lengua. Al masticarlo comprobó, decepcionada, que su sabor era amargo.

Se sintió aliviada cuando una doncella entró llevando una bandeja con té y bacalao, seguida de varias sirvientas cargadas con cubos de agua humeante. Aunque a Ulla le habían explicado lo que era un baño, jamás había estado sucia de verdad, y se asombró al ver el polvo que se desprendía de su cuerpo en una nube arenosa y los aceites dulces con los que la recubrieron. Pero nada la sorprendía tanto como la visión de sus graciosos dedos de los pies, curvados sobre el borde de la bañera; los delicados huesos de sus tobillos, las suaves incrustaciones de sus garras... de sus uñas. El agua le resultaba demasiado resbaladiza, monótona y falta de sal, como los ríos que había explorado con Signy y Roffe durante las tardes nubosas.

Una vez Ulla estuvo limpia, seca y empolvada, la doncella la ayudó a ponerse un vestido y se lo abrochó bien fuerte, antes de desaparecer por la puerta mirando nerviosamente a su espalda. Solo entonces, en el silencio de su habitación, Ulla se vio por fin en el espejo del tocador. Y solo entonces descubrió por qué había recibido tantas miradas de los *sildroher*, y también de los humanos. Lejos de las azuladas profundidades oceánicas, el tono cetrino de su piel había desaparecido, sustituido por un bronce bruñido y resplandeciente, como si tuviera un poco de luz solar guardada bajo la lengua. Su cabello era tan negro como siempre, pero allí, bajo la intensa luz del mundo humano, relucía como el cristal pulido. Sus ojos seguían siendo oscuros y extraños, pero tan oscuros como un camino a medianoche, capaz de conducirte a algún lugar maravilloso, y tan extraños como el sonido de nuevo idioma.

Salió de la habitación. El palacio estaba en silencio; los sirvientes se ocupaban de sus quehaceres sin hacer ruido, procurando no despertar a los juerguistas que se hubieran acostado apenas unas horas antes. Ulla se dio cuenta de que había espejos por todas partes, como si a los humanos les diera miedo olvidar cuál era su aspecto. En ellos vio el reflejo de la nueva Ulla, alta y grácil, flotando en su vestido de encaje gris como la espuma del mar; las perlas de su corpiño refulgían ligeramente, como las estrellas a través de la niebla.

El aprendiz la esperaba al pie de las escaleras de la torre. Sin decir una palabra, iniciaron el ascenso. Ulla se agarró al pasamanos a medida que subían; el aire estaba lleno de motas de polvo que resplandecían bajo los rayos del sol de la mañana.

Mientras iban dejando atrás piso tras piso de librerías y laboratorios, con sus muros circulares forrados de estantes repletos de libros con vistosas encuadernaciones y dispuestos en apretadas hileras, Ulla se fijó en que los libros tenían un aroma concreto. Para ella los libros no significaban nada. Los *sildroher* desconocían la pluma y el papel; ningún pergamino podía sobrevivir bajo las olas, y tampoco los necesitaban. Sus historias y su saber se conservaban en canciones.

En cada planta, el aprendiz mencionaba una nueva disciplina: historia, augurios, geografía, matemáticas, alquimia. Ulla tenía la esperanza de que continuaran subiendo hasta lo más alto de la torre, donde sabía que encontrarían el famoso observatorio. Pero en vez de ello, cuando todavía les quedaban muchas plantas por descubrir, el aprendiz la guio, saliendo de las escaleras de caracol, hasta una estancia tenuemente iluminada en la que había varias mesas largas y unas altas vitrinas de cristal. Estaban llenas de curiosos objetos: un aro de oro que giraba continuamente sobre su eje, aves disecadas con plumas escarlata y picos lustrosos, un arpón fabricado con lo que parecía ser vidrio volcánico. Uno de los estantes estaba íntegramente ocupado por relojes de arena de todos los tamaños, llenos de arena de distintos colores. En otro se exhibían insectos clavados en tableros. Un tercero estaba repleto de especímenes de múltiples patas que flotaban en frascos sellados y llenos de un fluido ambarino.

Ulla contuvo la respiración al vislumbrar un cuchillo *sykurn*; se preguntó a quién habría pertenecido y qué motivos podrían haber llevado a su propietario a desprenderse de él. Pero se obligó a seguir avanzando, consciente de la mirada vigilante del aprendiz.

Al pasar junto a un gran espejo, Ulla vio sus siluetas reflejadas en la penumbra. La chica del espejo la saludó con la mano.

Ulla retrocedió de un brinco y el aprendiz se echó a reír. Su reflejo le imitó, aunque con una voz ligeramente distinta.

—Le oigo —dijo Ulla, aferrándose al borde de la mesa. Era como si el muchacho del espejo fuera otra persona que estuviera en otra zona de la habitación, como si el marco del espejo fuera en realidad el umbral de una puerta abierta.

—Es una ilusión, nada más —dijo el aprendiz, y su reflejo agitó la mano con displicencia.

—Una ilusión poderosa.

—Una ilusión inútil. Es un objeto frívolo. Lo fabricó el predecesor de mi maestro; intentaba encontrar la forma de introducir un alma en el espejo, para

que el viejo rey pudiera vivir eternamente cuando su cuerpo desapareciera. Esto fue todo lo que consiguió.

Ulla miró tímidamente su reflejo, y la muchacha del espejo le sonrió. No era de extrañar que los demás la rehuyeran. Había algo malicioso en la expresión de la muchacha del cristal; era como si sus labios estuvieran a punto de separarse y dejar al descubierto una fila adicional de dientes.

—Aun así, es impresionante —logró decir.

—Es un desperdicio. El reflejo no tiene alma ni espíritu animado. Lo único que puede hacer es imitar. El nuevo rey ordena que lo bajen durante algunas fiestas para encandilar a sus invitados. Lo verás durante el baile. Lo colocarán en el vestíbulo principal, a modo de diversión. Puedes incluso conversar un poco contigo misma.

Ulla no pudo resistir semejante tentación.

—Hola —dijo con vacilación.

—Hola —contestó la chica del espejo.

—¿Quién eres tú?

—¿Quién eres *tú*? —Una vez más, aquella sonrisa. ¿Se lo había imaginado Ulla, o la chica del espejo había enfatizado la última palabra?

Ulla cantó una nota en voz baja. No era un hechizo, sino un simple sonido. La muchacha del espejo abrió la boca, uniéndose a Ulla armónicamente. Ulla no pudo contener una risa entusiasmada, pero la muchacha del espejo se sonrojó al ver la perplejidad del aprendiz.

—Parece que me entretengo con tanta facilidad como los invitados del rey —dijo Ulla.

El joven sonrió.

—A todos nos gusta la novedad.

La mirada del aprendiz se posó en sus respectivos reflejos, y se colocó de tal forma que Ulla y él estuvieran hombro con hombro. Su altura era similar, y su cabello tan negro y reluciente como las perlas de las profundidades.

—Fíjate —dijo, enarcando una ceja—. Cualquiera diría que somos parientes.

Ulla se dio cuenta de que tenía razón. No solo era por el pelo y por el porte esbelto como un junco que ambos compartían. Había algo en la forma de sus rostros, en el ángulo afilado de sus huesos. Se llevó los dedos a la cabeza, como si todavía sintiera las manos de su madre tirándole de las trenzas, como si oyera su lastimera canción marchitando su jardín y llenando a Ulla de arrepentimiento. El aprendiz le estaba ofreciendo una respuesta, una

ostra abierta, una joya en una bandeja. Solo tenía que alargar el brazo y cogerla.

No dijo nada.

—¿Para qué has venido a Söndermane? —le preguntó él. Su reflejo no dijo nada, como si también estuviera esperando a oír su respuesta.

Ulla deslizó el pulgar por la mesa. Su reflejo parpadeó fugazmente, más azorada de lo que ella hubiera querido.

—Para disfrutar del clima —dijo Ulla despreocupadamente—. ¿Tú has venido a estudiar?

—No —contestó el aprendiz. Su reflejo entornó los ojos grises. Su voz tenía la fría fuerza de un glaciar—. He venido a cazar.

Bajo las olas, las criaturas pequeñas sobrevivían ocultándose cuando los depredadores andaban cerca, y en aquel momento, Ulla estaba ansiosa por agazaparse, por introducirse en un jirón de sombras y escapar de su mirada. Pero allí, en tierra, no había dónde esconderse, y los *sildroher* no se dejaban intimidar por los humanos. Ulla tenía su canción, y él no era más que un mortal.

Se volvió hacia el aprendiz y se obligó a mirarle a los ojos sin titubear.

—En tal caso, te deseo buena suerte —le dijo—. Y que encuentres una presa fácil.

El joven sonrió, con la misma sonrisa astuta y peligrosa que había visto en su propio rostro reflejado en el espejo. Ulla había ascendido a tierra en busca de respuestas, pero ¿qué motivos tenía para creer que aquel muchacho sabía algo sobre ella? Era más que probable que aquellas palabras no fueran más que un señuelo vacío de significado. Era mejor alejarse. Además, por aquel entonces Ulla ya sabía reconocer un trato desfavorable cuando lo veía. Tal vez aquel muchacho conociera algún secreto, pero el conocimiento que pudiera poseer no valía el precio que le pediría a cambio. Le dio la espalda y se obligó a no echar a correr mientras iniciaba el largo y sinuoso camino de vuelta.

Pese al aprendiz y su amenaza, durante un tiempo Ulla fue feliz. Todos lo fueron, a su manera. Roffe disfrutó de sus placeres; Signy sufrió, pero ahogó su añoranza en una oleada de amantes humanos; Ulla también se dejó llevar, lejos del bullicio de los corazones ardientes, hacia el bosque y la naturaleza, donde los pinos formaban una catedral verde y el aire estaba cargado del olor a resina calentada por el sol. Observó a los ciervos y a los castores, se manchó

los labios comiendo bayas y siguió al sol durante su recorrido, mientras se hundía bajo el horizonte y más tarde volvía a alzarse para dar color al mundo entero.

Por las noches festejaba con los demás. Veía cómo Signy mantenía las esperanzas, cómo Roffe desplegaba su encanto y cómo sus dorados hermanos recibían atenciones. La belleza que se había revelado en Ulla al salir a la superficie le había granjeado presentes en forma de joyas y poesías, ramilletes de flores junto a su puerta e incluso una propuesta de matrimonio. Nada conseguía tentarla, lo cual no hacía más que aumentar su atractivo. El continuo latido de la fascinación de los mortales la fatigaba.

Se quedaba sentada durante horas mientras el gran salón se vaciaba, escuchando a los músicos humanos, estudiando los movimientos de sus dedos sobre los trastes del laúd, rindiéndose al tañido del tambor, al ir y venir del arco del violín, hasta que sonaba la última nota. Había leyendas de instrumentos encantados por los *sildroher* y entregados como regalo a sus humanos predilectos. Crótalos que daban mayor gracilidad al bailarín, arpas que tocaban solas cuando sus cuerdas se mojaban en sangre. Pero para Ulla solo existía la música.

Algunas noches, cuando Signy no elegía a un amante, entraba en la habitación de Ulla y se enredaban entre las sábanas, con los pies entrelazados, rozándose las manos y riendo hasta entrar en calor.

Durante esas noches, Ulla no soñaba con su madre ni con su padre, ni con los dientes del aprendiz, ni con el silencio azul y frío de las profundidades.

Pero a medida que pasaban los días, el temperamento de Roffe fue cambiando, y Ulla se dio cuenta de que sus hermanos también se volvían más vigilantes y reservados. Galanteaban menos con las muchachas mortales y pasaban largas horas en la Torre Profética. Ulla sabía que todos estaban registrando las páginas de los libros humanos en busca de magia mortal, de un regalo que pudieran presentar ante su padre. Buscaban el objeto que cambiaría su fortuna para siempre.

Como el humor de Roffe se ensombrecía, Signy también se volvió inquieta e impaciente; se retorció el cabello rojo entre los dedos nerviosos y se mordisqueaba el labio inferior hasta que terminaba sangrando perlas de color granate.

—Tienes que parar —le decía Ulla bajo las sábanas, limpiándole la sangre con la manga de su camión—. No sirve de nada que tú seas infeliz. Ya encontrará una solución. Todavía hay tiempo.

—Cuando la encuentre, acudiré a ti

—A las dos —la corrigió Ulla.

—Pero tú eres la compositora —dijo Signy, apoyando su frente en la de Ulla—. Te necesita a ti.

—Nos necesita a las dos si quiere una canción que valga la pena.

Entonces comenzaron las lágrimas, y la voz de Signy se quebró.

—Cuando comprenda de verdad cuál es tu poder, te querrá a ti por esposa. Y me abandonaréis.

Ulla la abrazó, deseando poder alejar esos pensamientos de Signy. Ninguna de las dos estaba hecha para ser una princesa, por muy poderosas que fueran sus canciones.

—Nunca te abandonaré. Y no siento deseos de ser su esposa.

Signy se rio amargamente en la oscuridad.

—Es un príncipe, Ulla. Conseguiré lo que quiere.

Como si las menudas manos de Signy hubieran dado cuerda a un reloj invisible, Roffe abordó a Ulla al día siguiente. Fue a última hora de la tarde; se había servido una copiosa y pesada comida a base de faisán frío con castañas y cítricos en la terraza que daba a los jardines. Las botellas refrigeradas de vino de cereza amarilla ya estaban vacías, y ahora, mientras los criados despejaban la mesa, los humanos y los *sildroher* dormitaban en los frondosos cenadores del jardín o se perseguían por los recodos del laberinto vegetal.

Ulla estaba recostada en la baranda de la terraza admirando los jardines y escuchando el zumbido de las abejas. Su mente ya había empezado a fabricar una canción que sería capaz de transformar un rincón del jardín submarino que Signy y ella habían erigido para la familia real en un laberinto como aquel, con un remolino en el centro. Sería un truco óptico, claro, un guiño a las fuentes humanas, pero estaba convencida de que los peces nadarían en círculos si conseguía integrar un patrón lo bastante sólido en la melodía.

—Necesito un regalo como el tigre de Rundstrom —dijo Roffe, apareciendo junto a ella y apoyando los codos en la barandilla—. Un caballo. Un gran lagarto, si es que logro encontrar uno.

El tigre había sido un regalo legendario, pero el hechizo no era sencillo. Era necesario encantar a la criatura para que fuera capaz de respirar bajo el agua, para que soportara el frío y para que obedeciera a su amo. El tigre de Rundstrom apenas había sobrevivido un año bajo las olas, pero eso había bastado para coronar a un príncipe segundón.

—Tendrás que hacer algo mejor —murmuró Ulla, con los hombros bañados por el sol—. O tu regalo parecerá una pobre imitación.

—Kalle y Edvin ya han encontrado sus regalos. O eso dicen. Pero yo sigo dudando. ¿Un elixir de fuerza del alquimista? ¿Un ave capaz de cantar bajo las olas?

Ulla soltó un resoplido, un gesto humano que ahora le encantaba hacer.

—¿Qué importa? ¿Para qué quieres ser rey?

—Pensaba que tú lo entenderías mejor que nadie.

«Mi hambrienta Ulla». Tal vez sí lo entendía. Una canción había conseguido que dos muchachas solitarias trabaran amistad. El favor de un príncipe las había hecho merecedoras de atención. ¿Qué podría conseguir ese mismo príncipe con una corona?

—¿Quieres pasar el resto de tus días negociando con los demás pueblos del mar? —le preguntó—. ¿Que tus noches se consuman en un ritual interminable? —Le dio un golpe con el hombro—. Roffe, si apenas eres capaz de levantarte antes del mediodía.

—Para eso existen los consejeros.

—Un rey no puede limitarse a depender de sus consejeros.

—Un rey no se inclina ante nadie —dijo Roffe, mirándola con sus ojos azules habituados a algo que Ulla no podía ver—. Un rey elige su propio camino. A su propia esposa.

Ulla cambió de posición, incómoda. Por un instante deseó ser ingrátida, estar arropada por los salobres brazos del mar. ¿Le estaba haciendo Roffe la oferta que tanto temía Signy?

—Roffe... —empezó a decir.

Pero, como si intuyera su inquietud, Roffe continuó:

—Un rey elige a su propia corte. Y también a sus propios cantantes.

Qué facilidad tenían los príncipes para manipular. Con qué frivolidad hablaban de sueños que no tenían ningún derecho a prometer. Pero Ulla no pudo disimular el anhelo que sentía, mientras Roffe inclinaba la cabeza hacia delante, como para susurrarle palabras de afecto.



—Te elevaría hasta lo más alto, Ulla. Nadie volvería a chismorrear nunca más sobre tu nacimiento ni sobre los deslices de tu madre.

Ulla se estremeció. Una cosa era saber lo que los demás pensaban, y otra muy distinta oírlo personalmente.

—Nunca dejaran de hacerlo.

Roffe sonrió con malicia.

—Pues tendrán que hacerlo en voz mucho mas baja.

¿Que podría conseguir un príncipe con una corona? ¿Qué podría hacer un rey por una muchacha como ella?

La risa de Signy ascendió flotando hasta ellos desde el laberinto de mas ahajo. Era fácil de localizar, pues su cabello ardía como las brasas a medio apagar, como un rojo estandarte de guerra que ondeaba tras ella mientras un muchacho mortal la perseguía por el laberinto. Ulla observó como Signy dejaba que el chico la atrapara y le diera la vuelta.

—¿Quieres subir al trono e impresionar a tu padre? —le preguntó a Roffe.

—Ya sabes que si.

Signy echo la cabeza hacia atrás y extendió los brazos; los rizos que le enmarcaban el rostro parecían llamas vivas.

Ulla asintió.

—Entonces, llévale fuego.

En cuanto lo dijo, Ulla se dio cuenta de su insensatez. Desde ese momento, el príncipe no pudo pensar en otra cosa. Dejo de perseguir a las humanas y se recluyó en la Torre Profética. Apenas comía ni bebía.

—Terminara por volverse loco —dijo Signy una noche, mientras temblaban bajo las sábanas.

—Lo dudo, le falta la capacidad de atención necesaria.

—No seas mala.

—No pretendo serlo —dijo Ulla; tenía muy claro que era verdad.

—¿El espejo no podría servirle como regalo para el rey? —preguntó Signy. Ulla le había hablado del extraño espejo y de la habitación llena de objetos curiosos que había en la torre.

—Es posible que le divierta. —Temporalmente.

—Roffe no piensa más que en el fuego, día y noche. ¿Por que le metiste esa idea en la cabeza?

«Porque él me hizo soñar con cosas que no puedo tener», pensó, pero dijo:

—Me pregunto, y yo le respondí. Él debería saber que es imposible. Una cosa era llevar a una criatura terrestre bajo el mar y conseguir que viviera y respirara durante un tiempo. Eso requería una magia poderosa, sí, pero no era tan radicalmente distinta de los encantamientos que permitían a los *sildroher* caminar sobre la tierra.

Pero jugar con los elementos, lograr que una llama ardiera sin combustible... requeriría una magia mayor que la canción que había creado el salón del nautilo. No podía hacerse.

—Tiene que empezar a pensar en otra cosa.

—Eso le he dicho yo —aseguró Signy, inquieta—. Pero no quiere escucharme. —Tiró suavemente de la manga de Ulla—. Tal vez el adivino del rey nos ayude. O su aprendiz. Ha sido amable contigo, lo he visto.

Ulla se estremeció. El aprendiz la había dejado en paz desde aquel día, en la torre. Parecía estar muy ocupado con sus tareas, pero ella siempre reparaba en él, sentado en silencio junto a su maestro o paseando por los terrenos del palacio; parecía desplazarse de sombra en sombra, vestido con sus ropajes negros como la tinta derramada.

—Habla con él —insistió Signy—. Por favor, Ulla. —Tomó las manos de Ulla entre las suyas—. Hazlo por mi. Habla con él, al menos. ¿Qué mal puede hacer eso?

Ulla sospechaba que bastante.

—Tal vez.

—Ulla...

—Tal vez —repitió, y le dio la espalda. No quería seguir mirando a Signy.

Pero cuando su amiga empezó a entonar una canción de sueño, dulce y suave, Ulla no pudo evitar unirse a ella. La canción fue tejiendo un cálido fulgor alrededor de ambas, a medida que subía y bajaba.

Ulla no supo cuál de las dos se durmió primero, únicamente que ella soñó que estaba en el centro del laberinto vegetal, vestida con un manto de fuego, paralizada e incapaz de hacer otra cosa que arder. Cuando abrió la boca para gritar, no brotó el menor sonido, y a lo lejos vio a Signy, encaramada a la baranda de la terraza, como disponiéndose a alzar el vuelo. Su cabello llameante estaba oculto por un blanco velo nupcial.

Fueron pasando los días. Roffe estaba cada vez más agitado. Signy miraba a Ulla con ojos cada vez más reprobadores. Ulla sabía que solamente el miedo la mantenía alejada del aprendiz. No había malinterpretado el mensaje de

Roffe. Si conseguía dominar la llama y Roffe era coronado rey, nombraría a Ulla cantante de la corte. Como mínimo, tenía que intentar hablar con el aprendiz. Tal vez fuera peligroso, pero renunciar a una posibilidad, por pequeña que fuera, de hacer realidad su sueño se le antojaba todavía más peligroso.

Ulla lo encontró en una sala de lectura, en el sótano de la Torre Profética, guardando libros en un sencillo morral. Uno de ellos estaba encuadernado en cuero, con las páginas sueltas y repletas de frenéticos garabatos, muy distintos de los pulcros patrones que había visto en otros libros, aunque para ella todos fueran igual de incomprensibles. En una esquina vislumbró lo que parecía ser la cornamenta de un ciervo. El aprendiz cerró bruscamente el morral.

—¿Te marchas? —Su voz delató la sorpresa y el alivio que sentía. Permaneció en el umbral, titubeando. El valor que era capaz de reunir tenía un límite.

—No puedo quedarme en un mismo sitio demasiado tiempo.

Ulla se preguntó cuál sería la razón. ¿Habría cometido algún delito?

—Te perderás el baile —le recordó.

Una sutil sonrisa afloró en sus labios.

—No me gusta bailar.

Pero Ulla no se había arriesgado a aquella visita para mantener una conversación trivial. Flexionó los dedos de los pies. No tenía más remedio que preguntárselo.

—Busco... busco una llama capaz de arder bajo el mar.

Los ojos grises del aprendiz la atravesaron como un alfiler al clavarse en una polilla.

—¿Y qué utilidad podría tener una cosa así?

—Sería una frivolidad —dijo Ulla—. Igual que el espejo. Una bagatela para el rey.

—Ah —meditó el aprendiz—. Pero ¿para qué rey?

Ulla no dijo nada.

El aprendiz apretó las hebillas de su morral.

—Ven —le dijo—. Te daré dos respuestas.

—¿Dos? —dijo ella, mientras lo seguía por la escalera de caracol.

—Una es para la pregunta que has formulado, y la otra para la que deberías haber formulado.

—¿Y qué pregunta es esa? —Se dio cuenta de que el aprendiz la estaba llevando de nuevo a la habitación de los objetos extraños.

—Por qué no eres como los demás.

Ulla sintió que el frío le calaba los huesos, que la noche se abatía sobre ella, más vasta que el mar. Aun así, le siguió.

Cuando el aprendiz abrió la puerta de la vitrina situada junto al espejo mágico, Ulla pensó que iba a coger el cuchillo *sykurn*. Pero en vez de eso, eligió una campanilla en la que ella ni siquiera había reparado, del tamaño de una manzana y muy deslustrada por la falta de uso.

Mientras la levantaba, el badajo golpeó la campanilla, emitiendo un sonido agudo y nítido. Ulla soltó un grito, agarrándose el pecho. Sus músculos se agarrotaron. Era como si un puño le estuviera estrujando el corazón.

—Me acuerdo de ti —le dijo el aprendiz, observándola. Eran las mismas palabras que le había dicho al acercarse a ella durante el banquete, la noche de su llegada.

—No es posible —respondió jadeante y sin aliento por el dolor, que solamente remitió a medida que el sonido de la campana se disipaba.

—¿Sabes por qué tu voz es tan fuerte? —le preguntó el aprendiz—. Porque naciste en tierra. Porque respiraste por vez primera en la superficie, y aquí fue donde lloraste tu primer llanto infantil. Después, mi madre, *nuestra* madre, cogió la campanilla que le había dado tu padre, la campanilla que le había puesto en la mano cuando supo que llevaba un hijo suyo en el vientre. Ella bajó hasta la orilla, se arrodilló junto al agua e introdujo la campanilla bajo las olas. La hizo sonar una vez, dos, y un momento después tu padre emergió de las aguas, nadando con su cola plateada como una luna creciente, y te llevó con él.

Ulla negó con la cabeza. «No puede ser».

—Mírate al espejo —le ordenó— e intenta negarlo.

Ulla pensó en los largos dedos de su madre peinándole el cabello con vacilación, y más tarde con reticencia, como si no pudiera soportar tocarla. Pensó en su padre, que le había advertido, furioso, sobre las tentaciones de la costa. «No puede ser».

—Me acuerdo de ti —repitió él—. Naciste con cola. Todos los veranos venía aquí a estudiar y a observar al pueblo del mar, preguntándome si volverías.

—No —dijo Ulla—. No. Los *sildroher* no pueden reproducirse con los humanos. No puedo tener una madre mortal.

Él se encogió ligeramente de hombros.

—No es completamente mortal. Las gentes de este país la llamarían *drüsje*, «bruja». También me lo llamarían a mí. Juegan con magia, leen las

estrellas y echan los huesos. Pero es mejor no mostrarles el verdadero poder. Tu pueblo lo sabe bien.

«Imposible», insistía una voz estridente y asustada en su interior. «Imposible». Pero otra voz, una voz astuta y cómplice, susurraba: «Nunca has sido igual que los demás, y nunca lo serás». Sus cabellos negros. Sus ojos negros. La potencia de su canción.

«No puede ser cierto». Pero, si lo era... Si era cierto, significaba que aquel muchacho y ella tenían la misma madre. ¿El padre de Ulla sabía que la muchacha con la que había yacido era una bruja? ¿Que su desliz podía tener un precio, un precio que se vería obligado a contemplar día tras día? ¿Y la madre *sildroher* de Ulla? ¿Acaso ella no podía tener hijos? ¿Por eso había acogido a una criatura antinatural, la había alimentado, había intentado quererla? «Me quiere». Esa voz de nuevo, implorante y débil. «Me quiere».

Ulla sintió que el dolor de su interior se iba condensando hasta formar una punta acerada.

—¿Y la bruja, tu madre, sentía algo por la niña a la que abandonó en el mar?

Pero al aprendiz no parecieron turbarle sus palabras.

—Es muy poco sentimental.

—¿Dónde está? —preguntó Ulla—. Una madre debería estar presente para recibir a su hija, para explicarse, para hacer las paces.

—Muy al sur, viajando con los suli. Me reuniré con ella antes de que cambie el tiempo. Podrías venir conmigo y hacerle todas las preguntas que quieras, si crees que las respuestas te traerán sosiego.

Ulla sacudió de nuevo la cabeza, como si ese gesto bastara para borrar lo que ahora sabía. Sus miembros estaban débiles. Se aferró al borde de la mesa, intentando mantenerse en pie, pero era como si, con el sonido de aquella campanilla, sus piernas hubieran olvidado cuál era su función. Ulla se deslizó hasta el suelo y observó cómo la muchacha del espejo la imitaba.

—Dijiste que habías ido de caza —protestó débilmente.

—Se dice que el azote marino merodea por estas aguas. Quiero ver al dragón de hielo con mis propios ojos. Conocimiento. Magia. La oportunidad de forjar un mundo nuevo. He venido en busca de todas esas cosas. He venido a buscarte a ti. —El aprendiz se arrodilló junto a ella—. Ven conmigo —le dijo—. No tienes por qué regresar con ellos. No tienes por qué ser una de ellos.

Ulla podía saborear la sal de sus propias lágrimas en los labios. Le recordaba al mar. ¿Estaba llorando? Qué gesto tan humano. Sentía cómo se

dividía, se disolvía, como si las palabras del aprendiz fueran un hechizo. Era como cortarse con el cuchillo *sykurn*, como ser desgarrada de nuevo, pero sabiendo que nunca estaría completa, que no sería ni una cosa ni la otra, que en el mar siempre sería una extraña, que siempre cargaría con la mancha de la tierra. Nada podía transformarla. Nada podía corregirla. Si los *sildroher* descubrían qué clase de criatura era, que los rumores eran ciertos, sería desterrada, o tal vez incluso ejecutada.

A menos que fuera demasiado poderosa como para que la abandonaran. Si Roffe llegaba a ser rey, si Ulla encontraba el modo de conseguirle lo que quería, él podría protegerla. Tenía que hacerse invulnerable, indispensable. Todavía tenía tiempo.

—La llama —dijo—. Dime cómo crearla.

Él suspiró y negó con la cabeza, antes de levantarse.

—Sabes muy bien lo que se necesita. Vas a crear una contradicción. La llama debe crearse una y otra vez, momento a momento, si quieres que arda bajo las aguas.

Transformación. Creación. Aquello no sería una mera ilusión.

—Magia de sangre —suspiró Ulla. Él asintió.

—Pero la sangre del pueblo del mar no basta.

Al oír esto, el corazón de Ulla se desbocó, asustado. Los *sildroher* seguían muy pocas normas en la superficie. Podían divertirse con los humanos, romperles el corazón, robar sus secretos o sus tesoros, pero no podían quitarle la vida a un mortal. «No olvidéis lo frágiles que son estas criaturas. No derramáis su sangre». De por sí, el pueblo del mar ya ostentaba demasiado poder sobre el pueblo de la costa.

—¿Sangre humana? El solo hecho de pronunciar esas palabras ya le parecía una transgresión.

—No solo su sangre. —Su hermano se agachó, se acercó a la oreja de caracola de Ulla y susurró los requisitos del hechizo.

Ulla lo apartó de un empujón y se puso atropelladamente en pie, con el estómago revuelto, deseando poder olvidar las palabras que él acababa de pronunciar.

—En ese caso, no puede hacerse —dijo. Estaba perdida. Roffe estaba perdido. Así de sencillo. Así de tajante. Se secó las lágrimas y se alisó las faldas, deseando que fueran escamas—. El príncipe no estará satisfecho.

Su hermano se rio y tocó con el dedo la campanilla de plata que seguía en la mesa.

—Tú y yo no estamos hechos para satisfacer a ningún príncipe.

«Naciste en tierra. Respiraste por vez primera en la superficie, y aquí fue donde lloraste tu primer llanto infantil».

Y había seguido llorando desde entonces. No quería saber lo que sabía el aprendiz, ni sobre sus orígenes ni sobre el funcionamiento de la magia de sangre. No quería estar en aquella torre llena de libros putrefactos y tesoros saqueados. Se dio la vuelta y huyó hacia las escaleras.

En ese momento sonó la campanilla, dulce y nítida; el sonido de un garfio que se clavaba en su corazón. Sus músculos se contrajeron y sintió que se daba la vuelta, como si la campanilla la atrajera, al igual que tiempo atrás había atraído a su padre.

Ulla se aferró a la jamba de la puerta y forzó a sus músculos a detenerse, negándose a dejar que sus traicioneras piernas la llevaran de vuelta. Miró a su espalda. El aprendiz sonreía levemente mientras volvía a colocar la campanilla en la vitrina, acallando su terrible sonido. Ulla notó que sus músculos se relajaban y el dolor remitía. El aprendiz cerró la puerta de cristal.

—Debo irme —dijo—. Tengo una guerra por delante, y será larga. Yo tampoco soy del todo mortal, y tengo muchas vidas que vivir. Considera mi oferta —dijo en voz baja—. No existe magia capaz de hacer que te quieran.

Sí que existía, pero ella no podía realizarla.

Ulla salió atropelladamente de la estancia y se abalanzó escaleras abajo. Perdió pie, tropezó, se agarró al pasamanos, logró recuperar el equilibrio y continuó bajando a la carrera. Necesitaba el mar. Necesitaba a Signy. Pero Signy no estaba ni en su habitación ni en los jardines.

Finalmente, la encontró en la galería de música, con la cabeza recostada en el hombro de una muchacha mortal, mientras ambas escuchaban a un chico que tocaba un arpa plateada. Cuando vio a Ulla, se levantó de un brinco.

—¿Qué ocurre? —preguntó, tomando las manos de Ulla y llevándola hasta el balcón de piedra—. ¿Qué ha pasado?

Muy por debajo de ellas, las olas rompían. La brisa salada agitaba el cabello de Ulla. Inspiró hondo.

—Ulla, por favor —dijo Signy, angustiada. Tiró de Ulla para que se sentara a su lado, en un banco de mármol. En su base estaban talladas las figuras de unos delfines saltarines—. ¿A qué vienen estas lágrimas?

Pero ahora que estaba allí, ahora que el brazo de Signy la rodeaba, ¿qué podía decir Ulla? Si Signy se apartaba de ella, si mostraba el menor indicio de repulsión, Ulla sabía que no sería capaz de soportarlo. Eso la destrozaría

—Signy... —intentó decir, con los ojos fijos en la lejana planicie azul del océano—. Si lo que cuentan... ¿Y si lo que cuentan sobre mí fuera cierto? ¿Y

si no fuera *sildroher*, sino también mortal? —Una *drüsje*. Una bruja.

Signy soltó una carcajada de incredulidad.

—No seas tonta, Ulla. Nadie cree eso realmente. No eran más que bromas crueles.

—¿No quieres responder?

—Oh, Ulla —la reprendió Signy, acercándole la cabeza hacia su regazo para que se recostara—. ¿A qué viene este sinsentido? ¿De dónde sale esta tristeza?

—De un sueño —murmuró Ulla—. De una pesadilla.

—¿Nada más? —Signy empezó a tararear una canción relajante; la iba tejiendo entre las notas sueltas de arpa que llegaban hasta ellas.

—¿No quieres responder? —volvió a susurrar Ulla.

Signy acarició el sedoso cabello de Ulla.

—Me daría igual que fueras mitad humana, o mitad rana. Seguirías siendo mi Ulla, mi fiera Ulla. Siempre lo serás.

Permanecieron sentadas largo rato, mientras el arpista tocaba. Ulla lloraba, y un viento frío les llegaba desde el mar inmutable.

Ulla no acompañó a Signy durante la cena, sino que bajó caminando hasta los acantilados, y después se internó en el bosque, donde los pinos atrapaban la brisa del agua y parecían susurrar, pidiendo silencio. Tenía el vestido arrugado y los zapatos sucios por la hierba, y ya no estaba segura de nada. Podía marcharse con el aprendiz... con su hermano. Podía conocer a su verdadera madre. Pero eso implicaba no regresar jamás al mar. Los *sildroher* podían permanecer tres meses en tierra, y ni un día más. Cuanto más tiempo estuvieran en la superficie, mayor era el peligro de que revelaran su poder o establecieran vínculos difíciles de romper, de modo que los encantamientos que los unían a sus colas y sus branquias solo duraban ese tiempo. Tal vez esa regla no se aplicara a Ulla, ya que ella no era enteramente *sildroher*, pero no había forma de asegurarse.

Pero ¿podría estar verdaderamente a salvo en tierra? Bajo las olas, aunque la consideraran extraña o no la quisieran, al menos comprendían sus dones. El propio aprendiz había dicho que a los mortales no les gustaba ser testigos del verdadero poder, y él ni siquiera era consciente de lo que podía lograr con su canción. Ulla presentía que quizá fuera mejor que no lo supiera.

Pensó en los requisitos del hechizo y se estremeció. No podía darles a Roffe y a Signy lo que anhelaban. Nadie podía.

Y, sin embargo, cuando encontró a Roffe en los jardines y le explicó lo que le había revelado el aprendiz, el príncipe no enterró su rostro entre las manos, admitiendo la derrota. En vez de eso, se puso en pie de un salto y camino de un lado a otro, aplastando las hojas verdes bajo las suelas de sus botas.

—Podría arreglarse.

Ulla se sentó en la hierba, a la sombra de un aliso.

—No, no es posible.

—Hay prisioneros en las mazmorras de palacio, asesinos que irán al cadalso de todas formas. No estaríamos causando daño a nadie.

Esa era una mentira que no iba a tolerar.

—No.

—No hace falta que te manches las manos —imploró Roffe, arrodillándose como un suplicante—. Lo único que tienes que hacer es completar el hechizo.

Como si eso fuera poca cosa.

—No puede ser, Roffe.

Él le puso las manos sobre los hombros.

—He sido un buen amigo, ¿no es cierto, Ulla? ¿Es que no te importo en absoluto?

—Me importas lo bastante como para disuadirte de esta crueldad

—Piensa en cómo podrían ser nuestras vidas. Piensa en lo que podrías lograr. Construiríamos un nuevo palacio, un nuevo salón de conciertos. Te nombraría cantante de corte. Podrías tener tu propio coro.

El sueño que había albergado su corazón durante tanto tiempo. No había lugar para ella ni en la tierra ni en el mar, pero Roffe le ofrecía la oportunidad de labrarse uno. La oportunidad de forjar un mundo nuevo. Con un coro bajo sus órdenes, dispondría de su propio ejército, ¿y quién osaría enfrentarse a ella entonces?

Su anhelo interno era un animal que arañaba su determinación, que se lamía las patas y preguntaba: «¿Por qué no? ¿Por qué no?». Seguridad, respeto, compañía, la oportunidad de alcanzar la grandeza. ¿Qué hazañas podría lograr, qué música podría componer, qué futuro podría reclamar para sí misma... si tan solo aceptaba el riesgo y pagaba el sangriento precio?

—No —dijo, encontrando la cadena de su ancla interior. Tenía que mantenerse firme—. No pienso hacer ese trato.

Roffe frunció el ceño. Aquellas semanas bajo el sol le habían dorado la piel y aclarado el cabello. Parecía un diente de león malhumorado, tomando

aire para montar un berrinche.

—Dime lo que deseas, Ulla. Dímelo y te lo daré.

Ulla cerró los ojos. Nunca se había sentido tan cansada.

—Deseo irme a casa. Deseo disfrutar de la quietud y el peso del agua. Deseo que abandones esta empresa y que dejes de preocupar a Signy.

Hubo un largo silencio. Cuando finalmente Ulla miró a Roffe, este se balanceaba sobre los talones sin dejar de mirarla, con la cabeza ligeramente ladeada.

—Podría convertir a Signy en mi reina —dijo.

En aquel momento, Ulla deseó que Signy y ella hubieran escogido una canción más humilde la primera vez que actuaron ante Roffe, que jamás hubieran erigido los jardines reales, ni llamado su atención, ni viajado a aquel lugar. Qué astuto era Roffe. Debería haber sabido que no sería tan fácil rechazarlo. ¿Acaso siempre había sabido lo que sentía el corazón de Signy? ¿Se había divertido con la luz constante de su anhelo? ¿La había alentado?

—¿Es que la quieres? —preguntó Ulla.

Roffe se encogió de hombros y se puso de pie, sacudiéndose la hierba de los pantalones. El sol que le iluminaba desde atrás hacía resplandecer su cabello rubio.

—Os quiero a las dos —dijo con desparpajo—. Pero le rompería el corazón, y a ti también, a cambio de conseguir la corona de mi hermano.

«No pienso hacerlo», se prometió Ulla, observando a Roffe mientras este se alejaba por los jardines. «No puede obligarme».

Pero Roffe era un príncipe, y Ulla se equivocaba.

El principio del hechizo se coló furtivamente en los sueños de Ulla aquella noche. No pudo evitarlo. Aunque hubiera rechazado a Roffe, ya había empezado a oír la silueta de la música en su cabeza, y pese a que procuraba sofocar su melodía, esta se abrió paso hasta ella. Se despertó tarareando, sintiendo un leve calor en el pecho. La llama tendría que crearse dentro de su cuerpo y nacer de su aliento. Pero ¿y después? ¿Podría transferirse a un objeto?

«No».

Ahora que ya estaba despierta, se incorporó en la cama y trató de sacarse de la cabeza el eco de la canción y la deliciosa seducción de aquellas preguntas.

No podía hacer lo que le pedía Roffe. El riesgo era demasiado grande, y el precio demasiado alto.

Sin embargo, en el desayuno, Roffe le llenó el vaso de agua a Signy personalmente, en lugar de dejarle esa tarea a un sirviente. Durante el almuerzo, peló una naranja de su plato y le ofreció uno de los gajos. Cuando bajaron a cenar, le dio la espalda a la muchacha humana de su izquierda y estuvo toda la noche haciendo reír a carcajadas a Signy.

Aquella campaña militar fue minuciosa. Roffe se aseguraba de estar sentado cerca de Signy en las comidas. Cabalgaba a su lado durante las cacerías. Le regalaba sus doradas sonrisas; al principio lo hacía con vacilación, como si no estuviera seguro de cuál sería su reacción, pero Ulla sabía que esa timidez formaba parte de la estratagema. Roffe empezó a mirar a Signy tal y como ella le había mirado a él anteriormente. Dejaba que ella le sorprendiera mirándola. Con cada mirada, Signy se sonrojaba. Con cada mirada, Ulla veía aflorar nuevas esperanzas en ella. Poco a poco, momento a momento, con un millar de pequeños gestos, Roffe hizo creer a Signy que estaba enamorándose de ella, y Ulla no pudo hacer otra cosa que observar.

La noche antes del gran baile, su última fiesta antes de regresar al mar, Signy se deslizó bajo las sábanas de la cama de Ulla, irradiando la esperanza que Roffe había prendido en su interior.

—Cuando nos dimos las buenas noches, me dio un beso en la muñeca —dijo Signy, posando sus propios labios sobre las venas azules en las que latía su pulso—. Tomó mi mano y se la llevó al corazón.

—¿Estás segura de que puedes fiarte de él? —preguntó Ulla con delicadeza, con precaución, como si estuviera cogiendo un cristal roto.

Pero Signy se apartó y se llevó al pecho la mano besada, como si fuera un talismán.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Tú no eres noble...

—Pero ahí está la magia. Eso a él no le importa. Se ha cansado de las muchachas de la nobleza. Oh, Ulla, esto supera con creces mis esperanzas. ¡Pensar que pueda quererme más que a ninguna otra!

—Por supuesto que sí —murmuró Ulla. «Por supuesto».

Signy suspiró y se dejó caer sobre las almohadas, presionándose la frente con sus finas manos, como si le doliera la cabeza.

—No puede ser todo verdad. Es imposible que pretenda convertirme en su esposa. —Hizo rebotar sus menudos talones contra las sábanas, moviendo los pies como los humanos cuando intentan no ahogarse. Ulla nunca la había

visto tan hermosa. La boca le sabía a veneno—. ¿Crees que se me daría bien ser princesa?

Roffe, el encantador Roffe, era más listo de lo que parecía. Si Ulla hacía lo que le pedía el príncipe, este le daría a Signy todo lo que ella ansiaba, o al menos una ilusión de ello. Si Ulla se negaba, Roffe le partiría el corazón a Signy, y Ulla sabía que eso destrozaría a su amiga. Una cosa era que Signy hubiera amado a Roffe desde la distancia, pero ¿hasta dónde llegaría su amor ahora que él le había dado permiso para sentirlo? El dique se había roto. Ya no era posible contener el agua

Entonces, estaba decidido.

—Se te daría bien ser princesa dijo Ulla Pero se te daría mucho mejor ser reina.

Signy agarró a Ulla por las muñecas.

—¿Has hablado con el aprendiz? ¿Has encontrado un hechizo para crear la llama?

—Una canción —dijo Ulla—. Pero puede que sea peligroso.

Signy besó a su amiga en la mejilla.

—No hay nada que no puedas hacer.

«Ni nada que no esté dispuesta a hacer con tal de protegerte», prometió Ulla. «El trato está hecho».

Signy no cabía en sí de gozo al día siguiente. Le pidió a Ulla, entre risas, que le cantara un vestido para el baile, porque ya no quería saber nada de vestidos mortales.

Ulla rezaba por que Roffe hiciera feliz a Signy. Aunque nunca llegaría a ser un gran rey, sin duda sería un rey astuto. Además, Ulla estaría allí, a su derecha, asegurándose de que cumpliera su parte del trato. Ahora sabía que no era solamente *sildroher*, sino también algo más. La sangre de una bruja corría por sus venas. Roffe convertiría a Signy en su reina y la trataría como tal, o Ulla haría caer el techo del palacio sobre su regia cabeza.

Signy llevó uno de sus vestidos mortales a la habitación de Ulla. Abrieron sus cofres, eligieron las mejores perlas y cuentas de sus vestuarios y, con una canción, las unieron a un vestido de color cobre fogoso que le daba a Signy el aspecto de una conflagración viviente. Un buen recordatorio para Roffe. Cuando terminaron ya no quedaba gran cosa para Ulla, así que cogió unos cuantos iris del jardín, y con ellos y una fina tira de seda se cantó un vestido púrpura con ribetes dorados.

Ascendieron la gran escalinata y pasaron por el rellano en el que se había colocado el espejo mágico para entretener a los invitados, que ya estaban bufoneando delante de él. Sus respectivos reflejos las saludaron con la mano y se atusaron sus elegantes vestidos.

Ulla y Signy subieron hasta el gran salón de baile y se unieron a la fiesta.

Aquella noche, Ulla bailó con cuantos se lo pidieron. No se había molestado en calzarse, y sus ágiles pies asomaban bajo las faldas mientras giraba y brincaba en el suelo de mármol. Pero no disfrutaba de la transpiración de su piel ni del veloz entusiasmo de los violines. A pesar de sus muchas maravillas, se había cansado del mundo humano y de la constante presión del deseo mortal. Añoraba el mar y su quietud apenas perturbada, y también a su madre. A la que conocía.

Habría preferido volver de inmediato, antes de la medianoche, pero aún tenían trabajo que hacer en tierra, un trabajo que haría realidad el destino de los tres.

Ulla vio que Roffe desaparecía de la multitud. Sus hermanos bebían y bailaban, disfrutando de su última noche allí. Y en ese momento, el reloj dio las once.

Localizó a Signy entre la muchedumbre y le puso la mano en la espalda sudorosa.

—Es la hora —le dijo.

Cogidas de la mano, salieron del baile y se encontraron con Roffe frente al dormitorio de Ulla.

Cuando Ulla abrió la puerta, ya presentía la inmoralidad que se había asentado allí. Aquella habitación había pasado a resultarle familiar. En cierto modo la apreciaba, pese a la nostalgia que sentía. Se había acostumbrado a sus olores: olía a piedra, a cera y a los pinos que crecían debajo. Pero ahora había algo... alguien... en su cama.

Un cuerpo yacía sobre la colcha, iluminado por la luna.

—No quiero hacerlo aquí.

—No tenemos tiempo —dijo Roffe.

Ulla se acercó a la cama.

—Es muy joven —dijo, notando que se le revolvían las entrañas. Tenía las manos y los pies atados. Su pecho subía y bajaba con regularidad y tenía la boca ligeramente abierta.

—Es un asesino. Lo han condenado a la horca. En cierto modo le estamos haciendo un favor.

Su muerte sería indolora, íntima. No tendría que esperar en un calabozo, ni subir los escalones del cadalso, ni recibir los abucheos del populacho. ¿Podía considerarse eso un acto de generosidad?

—¿Lo has drogado? —preguntó Signy.

—Sí, pero terminará por despertarse, y se aproxima la hora de volver. Deprisa.

Ulla le había dicho que necesitarían un recipiente de plata pura para capturar la llama.

De un estuche junto a la ventana, Roffe sacó un farol de plata cuadrado. En un lateral habían labrado el símbolo de su familia, un tridente. El hechizo no requería ningún preparativo más.

Ulla había ensayado el hechizo una y otra vez en su mente, practicando pequeños fragmentos por separado antes de intentar hilarlo en su conjunto. Y, para ser sincera, su sonido la había acompañado desde que se lo había sugerido por primera vez a Roffe, en los jardines. El la había empujado hasta aquel instante, sí, pero ahora que estaban allí, a una parte de sí misma (de la que se avergonzaba) le entusiasmaba aquel desafío.

Se arrodilló de cara a la chimenea y dejó en el suelo el farol de plata. Signy se sentó a su lado y Ulla encendió las ramas de abedul blanco que había dispuesto sobre la rejilla. Esa noche hacía demasiado calor para encender un fuego, pero necesitaban la llama.

—¿Cuándo quieres que...? —preguntó Roffe.

Sin volverse, Ulla lo hizo callar levantando la mano.

—Observa —dijo—. Y espera mi señal. —Por muy príncipe que fuera, esa noche obedecería sus órdenes.

Manteniendo la mano en el aire y la vista en las llamas, inició lentamente la melodía. La canción se fue formando en sencillos compases, como si Ulla estuviera apilando una clase de leña muy especial. La melodía era algo nuevo, semejante pero distinto de una canción de sanación o de creación. Le hizo un gesto a Signy para que se uniera. El sonido de sus voces entrelazadas era bajo y tenso, como el chasquido del pedernal o el crepitar de las chispas.

Entonces la canción dio un salto, igual que el fuego al prenderse. Ulla ya lo sentía: un brillo cálido en su interior, una llama que después exhalaría dentro del farol. En un único y resplandeciente instante, labraría un futuro para los tres. El precio era el muchacho tendido sobre la cama. Un desconocido. Poco más que un niño. Pero ¿acaso no eran niños ellos también? Ulla se concentró en la melodía, expulsando los pensamientos de su cabeza. «Ese muchacho ha cometido un asesinato», se recordó a sí misma.

«Asesinato». Mantuvo esa palabra en su mente mientras la canción se elevaba, mientras el fuego del hogar brincaba, frenético y anaranjado, mientras la discordancia se intensificaba y el calor de su vientre crecía. «Asesinato», volvió a decir para sus adentros, sin saber ya si estaba pensando en el muchacho o en sí misma. El sudor le perlaba la frente. La canción llenaba el cuarto; sonaba tan fuerte que temía que atrajera la atención de alguien, pero todo el mundo estaba abajo, bailando y comiendo.

Llegó el momento clave, el agudo *crescendo*. Ulla bajó la mano, como si de una bandera blanca de rendición tratase. Por encima incluso del sonido de sus voces, oyó un horrible golpe húmedo, y el muchacho gritó, sacado violentamente de su sueño por el cuchillo que le perforaba el pecho. Oyó unos gemidos ahogados y dedujo que Roffe debía de haberle tapado la boca al muchacho mientras lo apuñalaba.

La mirada asustada de Signy se volvía furtivamente hacia la cama. Ulla se dijo a sí misma que no debía mirar, pero no pudo evitarlo. Se giró y vio la espalda de Roffe, encorvado sobre su víctima mientras llevaba a cabo la tarea. Sus hombros parecían demasiado anchos, y su capa gris se asemejaba al lomo peludo de una bestia.

Ulla miró de nuevo hacia el fuego y cantó, notando que le corrían lágrimas por las mejillas, sabiendo que acababan de cruzar una frontera que les conducía a tierras de las que quizás jamás lograrían regresar. Pero no pudo mirar a ningún otro sitio cuando Roffe se arrodilló a su lado y depositó dos pulmones humanos, frescos y rosados, en la pira.

Eso era lo que requería el hechizo: aliento. El fuego necesitaba aire, igual que los humanos. Necesitaría respirar por sí solo bajo el mar.

Las llamas se abatieron sobre el tejido húmedo, chisporroteando y silbando. Ulla sintió que el calor de su interior se apagaba, y por un momento creyó que ambos fuegos iban a extinguirse. Entonces, con un sonoro chasquido, las llamas se alzaron violentamente en la chimenea, rugiendo como si tuvieran voz propia.

Ulla cayó de espaldas, reprimiendo la necesidad de gritar mientras el calor de sus entrañas la rasgaba por dentro, ascendía por sus propios pulmones, por su garganta. Algo iba horriblemente mal. ¿O acaso era ese el dolor que requería su creación? Se le pusieron los ojos en blanco y Signy extendió un brazo hacia ella, pero retrocedió inmediatamente al ver que las llamas parecían resplandecer bajo la piel de Ulla, viajando por sus brazos, iluminándola como un farolillo de papel. Al notar el olor a quemado, Ulla supo que se le había prendido el pelo.

Soltó un gemido y este se convirtió en parte de la canción, mientras las llamas brotaban de su garganta y se vertían en el recipiente de plata. Signy sollozaba. Roffe apretaba los puños ensangrentados.

Ulla no podía dejar de gritar. No podía detener la canción. Agarró a Signy por el brazo, en actitud suplicante, y Signy se adelantó y cerró el farol de plata.

Silencio. Ulla se desplomó en el suelo.

Oyó que Signy gritaba su nombre e intentó responder, pero el dolor era demasiado fuerte. Sus labios estaban cubiertos de ampollas; la garganta aún le ardía. Todo su cuerpo se sacudía y convulsionaba.

Roffe sostuvo el farol de plata entre sus manos; el tridente de su familia resplandecía con una luz dorada.

—Roffe —dijo Signy—. Ve al salón de baile. Trae a los demás. Tenemos que cantar todos juntos para sanarla. Mi voz no será suficiente.

Pero el príncipe no la escuchaba. Caminó hasta el tocador y volcó la jofaina llena de agua sobre el farol. La llama ni siquiera chisporroteó.

Ulla gimió de nuevo.

—¡Roffe! —le espetó Signy, y una parte del espíritu de Ulla regresó al percibir el enfado que desprendía la voz de su amiga—. Necesitamos ayuda.

El reloj dio las once y media. Roffe pareció volver en sí.

—Es hora de irse a casa —dijo.

—Está demasiado débil —dijo Signy—. No será capaz de cantar su transformación.

—Tienes razón —dijo Roffe lentamente, y la pesadumbre de sus palabras llenó de miedo a Ulla.

—Roffe —dijo Ulla, sin aliento. Su voz estaba hecha añicos, convertida en poco más que un gruñido ronco. «¿Qué he hecho?», pensó, enloquecida. «¿Qué he hecho?».

—Lo siento —dijo Roffe. ¿Existen palabras más maldecidas que esas?—. El farol ha de ser mi regalo, de nadie más.

Pese al dolor, Ulla sintió ganas de reírse.

—Nadie... creará que... la canción... es tuya.

—Signy será mi testigo.

—Nunca —le escupió Signy.

—Diremos que tú y yo forjamos la canción juntos. Que el farol es un símbolo de nuestro amor. Que soy un rey digno y tú una digna reina.

—Has extinguido una vida humana... —dijo Ulla a duras penas—. Has derramado sangre humana.

—¿Ah, sí? —dijo Roffe, sacando de debajo de su capa el cuchillo *sykurn* de Ulla. Lo había limpiado, pero en su hoja seguían reluciendo restos de sangre—. No, tú le has arrancado la vida a un muchacho, a un inocente paje que te sorprendió mientras realizabas magia de sangre.

«Inocente». Ulla sacudió la cabeza, y el dolor brotó de nuevo de su garganta.

—No —gimió—. No.

—Dijiste que era un criminal —exclamó Signy—. ¡Un asesino!

—Tú ya lo sabías —dijo Roffe—. Lo sabíais las dos. Estabais igual de ansiosas que yo, igual de hambrientas. La única diferencia es que vosotras no queríais mirar a vuestra ambición a los ojos.

Signy negó con la cabeza, pero Ulla reflexionó. ¿Alguna de las dos se había molestado en examinar más de cerca las suaves manos del muchacho? ¿Su rostro limpio? ¿O su afán era tan grande que habían accedido a dejarle el trabajo sucio a Roffe?

Roffe dejó caer el cuchillo a los pies de Ulla.

—Ahora ya no puede regresar. Es un cuchillo sagrado. No puede tocar nada humano sin corromperse. Ya no sirve para nada.

Signy sollozaba.

—No puedes hacer esto. No puedes, Roffe.

Roffe se arrodilló. La llama del farol se reflejó en su cabello dorado, en el azul oceánico de sus ojos.

—Signy, ya está hecho.

Fue entonces cuando Ulla lo entendió. Había sido Signy la que le había pedido que abriera su cofre para fabricarle un vestido.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Por qué?

Me dijo que necesitaba tu cuchillo para asegurarse de tu lealtad gimoteó Signy. Por si cambiabas de opinión y te negabas a realizar el hechizo.

«Oh, Signy», pensó Ulla mientras sus ojos se llenaban de lágrimas frescas. «Mi lealtad nunca ha flaqueado, pero no es a él a quien era leal».

—Ya está hecho —repitió Roffe—. Puedes quedarte con Ulla y vivir en el exilio, pagar el precio con ella cuando los humanos descubran su crimen. O... —se encogió de hombros— puedes regresar al mar conmigo, como mi prometida. Es cruel, lo sé. Pero a veces los reyes han de ser crueles. Si quieres ser mi reina, tú también debes serlo ahora.

—Signy —logró decir Ulla. Pronunciar su nombre era más doloroso que cualquier otra palabra—. Por favor.

Las lágrimas de Signy brotaron con más fuerza, salpicando el cuchillo. Pasó los dedos por su hoja arruinada.

—Ulla —sollozó—. No puedo perderlo todo.

—Todo no. Todo no.

Signy negó con la cabeza.

—No soy lo bastante fuerte para esta lucha.

—Sí que lo eres —replicó Ulla con voz ronca, castigando aún más la maltrecha carne de su garganta—. Lo somos. Las dos juntas. Lo hemos sido siempre.

Signy acarició suavemente la mejilla de Ulla con sus fríos nudillos.

—Ulla. Mi fiera Ulla. Sabes que yo nunca he sido fuerte.

«Mi fiera Ulla». Comprendió entonces lo que siempre había sido para Signy: un refugio, un escudo. Ulla había sido su única roca, y por eso Signy se había mantenido aferrada a ella, pero ahora que los mares estaban en calma, se marchaba nadando en busca de otro refugio. La abandonaba.

Ulla se dio cuenta de lo cansada que estaba. El dolor había devorado sus fuerzas. «Descansa», le dijo una voz dentro de su cabeza. ¿Era su madre? ¿O la madre bruja a la que nunca había conocido? La madre que la había abandonado a merced de las olas. Si Signy también era capaz de abandonarla con tanta facilidad, tal vez fuera mejor no intentar retenerla.

Ulla había jurado proteger a Signy, y lo había hecho. Eso tenía que valer algo. Soltó la mano de su amiga, en un gesto final de generosidad. Al fin y al cabo, ella era la más fuerte de las dos.

—Deja el cuchillo aquí —gruñó Ulla con su voz quebrada, y rezó por que la muerte la cubriera como solía hacerlo el agua.

Pero Signy no recogió el cuchillo para dárselo. En vez de eso, volvió la mirada hacia Roffe... y con ese gesto selló el destino de todo Söndermane. Ulla podía perdonar la traición, un nuevo abandono o incluso su propia muerte. Pero no aquel momento: después de todos sus sacrificios, cuando le imploraba un poco de piedad a su amiga, Signy le pedía permiso a su príncipe antes de dársela.

Roffe asintió.

—Será nuestro regalo para ella.

Solo entonces, Signy puso el cuchillo en la mano de Ulla.

Roffe cogió el farol y, sin decir una palabra más, se marcharon.

Ulla se quedó en la oscuridad, aferrando el cuchillo *sykurn* entre sus dedos. Sentía la quietud de la estancia, la rejilla fría, la gélida presencia del cadáver vaciado sobre la cama. Podía terminar inmediatamente con su vida,

de forma sencilla y limpia. Nadie sabría jamás lo que había sucedido. La enterrarían en la tierra o la incinerarían, lo que hicieran allí con los criminales. Pero detrás de sus párpados cerrados veía el rostro luminoso de Signy girándose hacia Roffe, buscando la aprobación de su príncipe. No conseguía dejar de verlo. Ulla sintió que el odio florecía en su corazón.

¿Qué fue lo que le dio fuerzas entonces? Es imposible saberlo con seguridad. ¿Fue esa rebeldía que tenía en su interior? ¿Esa dura piedra de ira que posee toda muchacha solitaria?

Se arrastró por la habitación, mientras oía el reloj. Solo le quedaba un cuarto de hora. Había perdido la voz. Su cuchillo había quedado inútil, corrompido por la sangre mortal. Sin embargo, si por las venas de Ulla corría la sangre de una bruja, ¿por qué el cuchillo había funcionado en su cuerpo? ¿Era porque lo había creado ella misma, porque había cantado personalmente sus encantamientos? Tal vez hubiera estado corrompido desde el principio, al igual que ella. Eso significaría que el cuchillo podría funcionar de nuevo. Pero poco importaba. Ya no tenía voz. Podía realizar los cortes, pero sin su canción solo servirían para que se desangrara.

Ulla se levantó, agarrándose al borde del tocador, y contempló el horror en el que se había convertido. Sus labios estaban llenos de ampollas y tenía el cabello parcialmente quemado, dejando a la vista el rosado cuero cabelludo. Sin embargo, todavía veía la sombra de la muchacha que se había mirado a ese espejo y había visto belleza en su reflejo. «No estoy hecha para satisfacer a ningún príncipe».

Pero ¿para qué estaba hecha entonces? Ulla intuía la respuesta. En el fondo, bien podría haber apuñalado el corazón de aquel muchacho ella misma. Roffe la había convertido en una asesina; tal vez Ulla demostraría tener talento para ello.

Sonrió, y sus labios quemados se resquebrajaron. Le escurría sangre por la barbilla. Estampó el puño contra el espejo y sintió cómo el cristal le cortaba los nudillos al hacerse añicos. Cogió el pedazo mas grande y, con pasos temblorosos, agarrándose a las paredes, descendió por las escaleras hacia el vestíbulo principal.

Ahora estaba vacío. Todos los invitados se encontraban en el salón de baile. Podía oír el ruido de sus zapatos, el eco distante de la música. Por debajo de ella, al pie de las escaleras, dos guardias estaban apoyados en el enorme marco de la puerta, dándole la espalda a Ulla y vigilando imperturbablemente la entrada iluminada con antorchas.

Ulla se arrodilló y, gateando, se acercó al espejo mágico. Allí, a la luz resplandeciente de la entrada, comprobó con mayor claridad el daño que se había hecho a sí misma. Ulla levantó la mano para tocar el cristal, y la muchacha del espejo hizo lo mismo, con los ojos inyectados en sangre y llenos de lágrimas.

—Oh —dijo Ulla, sollozando en voz baja—. Oh, no.

—No, no —repitió lastimeramente la muchacha del espejo, con voz débil y quebradiza.

Ulla hizo acopio de sus escasas fuerzas. Aunque le dolía hacer vibrar la carne herida de su garganta y oír el débil sonido que emergía de ella, se obligó a separar los labios y a formar una nota. Temblaba, pero logró estabilizarla, y la muchacha del espejo también cantó. Sus voces seguían siendo débiles, pero juntas eran más fuertes. Ulla metió la mano en el bolsillo de su falda y sacó el trozo de cristal del tocador.

Lo levantó ante el espejo, buscando el ángulo adecuado, buscándose a sí misma en el reflejo. Allí. Los dos espejos se reflejaron el uno en el otro, creando infinitas muchachas destrozadas en infinitos vestíbulos vacíos... y también infinitas voces que crecían, apilándose unas sobre otras, mientras la nota crecía y crecía. Lo que al principio era un coro no tardó en transformarse en un torrente.

A medida que la canción crecía, Ulla vio que los guardias se daban la vuelta, vio sus miradas de horror. No le importaba. Manteniendo el espejo levantado, sacó el cuchillo *sykurn* con la otra mano, se levantó sus finas faldas de iris y se asestó un tajo en los muslos. La herida fue distinta en esa ocasión. Lo notaba. El cuchillo era distinto, y ella también.

Los guardias echaron a correr hacia Ulla, pero ahora ella solo era consciente del dolor, y sin dudar, modificó la canción, arrastrando consigo a su coro de muchachas destrozadas, pasando de la música de transformación a la música de tormenta, con el mismo talento y la misma destreza de siempre, a pesar de que ahora las notas le hacían sangrar la garganta. Estalló un trueno, sacudiendo los muros del palacio con tanta fuerza que los guardias cayeron escaleras abajo.

Magia de tormenta, la primera que había aprendido Ulla. La primera que habían aprendido todos. La más fácil, aunque imposible de lograr en solitario. Pero Ulla no estaba sola; todas aquellas muchachas rotas y traicionadas la acompañaban, y el sonido que emitían era terrible.

Ulla dirigió la canción, entretejiendo las dos melodías: mar y ciclo, agua y sangre. Con un relámpago, la transformación tuvo lugar. Su cabello ondeó

sobre el cuero cabelludo, y en el espejo vio cómo se hinchaba y se rizaba en forma de humo negro. Su piel se volvió dura como la piedra y se cubrió de líquenes, y al bajar la mirada se dio cuenta de que sus piernas se estaban uniendo. Pero las escamas que surgían no eran plateadas; ni siquiera eran escamas. Su nueva cola era negra, lisa y musculosa, como la de una anguila.

Las voces continuaron creciendo y creciendo, y Ulla creyó oír el gemido del mar, que la llamaba. «Mi hogar».

Una gran ola golpeó el acantilado con un estruendo brutal, y después otra, y otra. El mar trepaba con la canción de Ulla. El agua se alzó con un rugido por encima del acantilado y se precipitó sobre el palacio, haciendo añicos las ventanas y anegando las escaleras. Ulla oyó los lamentos de la gente, un millar de gritos mortales. El agua la alcanzó, la abrazó, le arrancó el cristal de la mano. Pero nada de eso le importó. Aquello era magia de sangre, y la canción tenía vida propia.

La tempestad que estalló esa noche separó la tierra del extremo norte de Fjerda y formó las islas a las que los hombres de la superficie llaman hoy Kenst Hjerter, «el corazón roto». Las arenas se volvieron negras, las aguas se helaron y jamás volvieron a calentarse, de modo que ahora lo único que hay allí son aldeas de balleneros y unas pocas almas valientes capaces de soportar tan desolados parajes. Söndermane, sus tesoros y sus gentes, la Torre Profética y todo el saber que contenía desaparecieron bajo el mar.

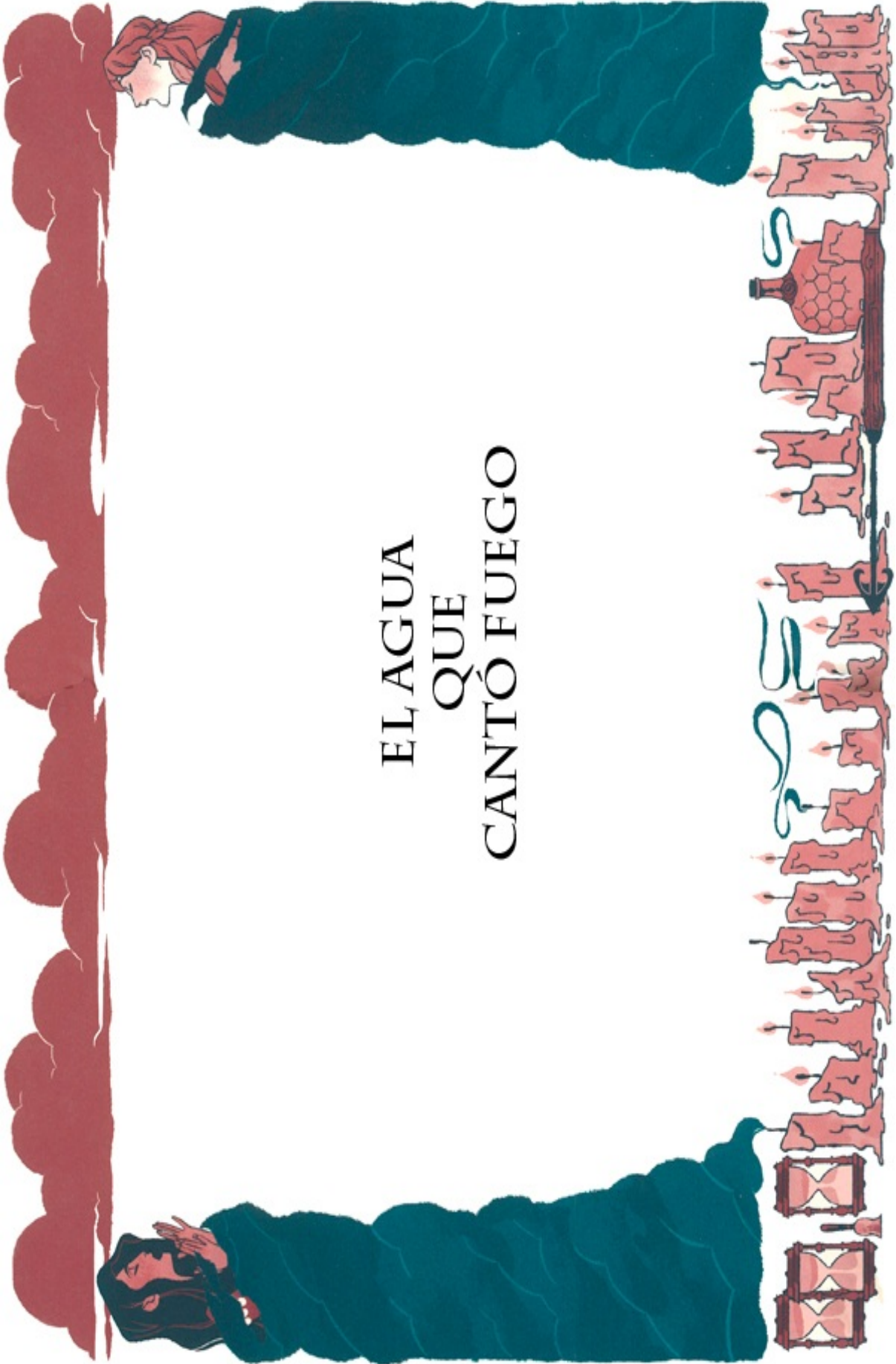
La tormenta arrancó el palacio de los reyes *sildroher* del lecho marino y destrozó los jardines que antaño habían erigido Ulla y Signy, sin dejar nada a su paso. Cuando finalmente las aguas se calmaron y el pueblo del mar volvió a reagruparse, Signy, Roffe y su farol de plata habían sobrevivido. A su debido tiempo, Roffe fue coronado rey.

Curiosamente, Roffe se mantuvo fiel a Signy. Tal vez porque siempre la había querido, o tal vez porque ella conocía demasiados secretos suyos. Se casaron y fueron coronados bajo los arcos de marfil de un nuevo palacio, mucho más pequeño y humilde que el anterior. Signy cantó sus votos, uniéndose a Roffe para siempre. Pero después de eso, la nueva reina jamás volvió a cantar, ni tan siquiera una nana. El pueblo del mar se volvió más receloso, más obsesionado con los desastres y más temeroso de la superficie. Con el tiempo, gran parte de su música también se desvaneció. Vivían vidas largas y con pocos recuerdos. Olvidaban los viejos agravios.

A diferencia de Ulla. Ella guardó cada una de sus cuitas como si fueran molestos granos de arena, y cultivó sus rencores como si fueran perlas. Cuando Signy dio a luz a sus hijas (fueron seis, y la más joven nació con el mismo cabello de su madre, rojo como las brasas), Ulla se regocijó. Sabía que estarían condenadas a desear aquello que no debían, igual que su padre, y también a entregar lo que les fuera más querido con la esperanza de conseguir algo mejor, igual que su madre. Y sabía también que, con el tiempo, terminarían por recurrir a ella.

La tormenta llevó a Ulla hasta el frío refugio de las islas del norte, hasta sus cuevas oscuras y sus pozas negras y lisas. Y allí permanece hasta el día de hoy, esperando al solitario, al ambicioso, al astuto, al débil... a todo aquel que desee hacer un trato.

Nunca tiene que esperar demasiado.



EL AGUA  
QUE  
CANTÓ FUEGO









## NOTA DE LA AUTORA

En 2012, poco antes de la publicación de mi primera novela, mi editorial me pidió que escribiera una precuela de *Sombra y hueso*. Me parecía genial, pero mi idea tenía muy poco que ver con los personajes de ese libro. Era más bien una historia que podrían haberles contado de pequeños a los personajes, mi interpretación personal de un cuento que me había afectado mucho de niña: «Hansel y Gretel».

Mi versión preferida de ese cuento es *Nibble Nibble Mousekin* (un título de lo más siniestro) de Joan Walsh Anglund, y no era la bruja caníbal la que me caía mal. Ni siquiera era la madrastra egoísta. Para mí, el auténtico villano era el padre de Hansel y Gretel, un hombre tan pusilánime y cobarde que permitía que su malvada esposa abandonara a sus hijos en el bosque para que murieran; en dos ocasiones. «No volváis», susurraba yo mientras nos acercábamos a la inevitable ilustración final (el feliz reencuentro del padre con sus hijos y la expulsión de la malvada madrastra), y siempre tenía una sensación de angustia al pasar la última página.

En muchos sentidos, esa angustia es la que me ha guiado a través de estos cuentos, esa nota de tenebrosidad que creo que muchos percibimos en los cuentos más conocidos, porque sabemos, ya desde niños, que realizar tareas imposibles es un curioso modo de elegir un cónyuge, que los depredadores pueden ocultarse bajo muchos disfraces y que los caprichos de un príncipe suelen ser crueles. Cuanto más escuchaba esa nota de advertencia, más inspiración encontraba.

También he tenido otras influencias. Las horribles leyendas de la polifagia de Tarrare terminaron encontrando hueco en el primer cuento de Ayama, aunque de una forma mucho más ligera. El trauma infantil que tuve con *El conejo de felpa* y la inquietante idea de que solamente el amor puede hacerte real adoptaron una forma distinta en «El príncipe soldado». En cuanto a mis sirenas, aunque el cuento original de Hans Christian Andersen fue el punto de partida, cabe mencionar que Ulla es el diminutivo sueco de Úrsula.

Espero que disfrutéis de estos cuentos y del mundo en el que habitan. Espero que los leáis en voz alta cuando haga frío. Y cuando tengáis la oportunidad, espero que remováis el caldero.

# AGRADECIMIENTOS

Las ilustraciones de Sara Kipin adornan prácticamente cada página de esta colección, y le estoy agradecida por cada pincelada y cada sorprendente detalle.

Mucha gente maravillosa de MCPG e Imprint ha trabajado sin descanso para dar vida a este proyecto, en particular mi mágica editora, Erin Stein; Natalie Sousa y Ellen Duda, que le dieron a este libro su hermosa portada y dirigieron el diseño del interior; a mis geniales publicistas Molly Ellis y Margan Dubin; a la implacable creativa Kathryn Little; a Raymond Ernesto Colón, que ayudó a gestionar el complicado proceso de producción de una impresión a dos colores; a Caitlin Sweeny; a Mariel Dawson; a Lucy Del Priore; a Tiara Kittrell, al equipo de Fierce Reads al completo; a Kristin Dulaney; a Allison Verost y, por supuesto, a Jon Yaged, que por algún motivo me sigue aguantando. Gracias también a Tor.com por publicar los tres cuentos ravkanos de este libro, y a Noa Wheeler por su cuidadosa labor de edición.

De algún modo, he aterrizado en el campo de tréboles que es la familia New Leaf Literary. Muchas gracias a Hilary Pecheone, que siempre encuentra el modo de lograr lo imposible; a Devin Ross; a Pouya Shahbazian; a Chris McEwen; a Kathleen Ortiz; a Mia Roman; a Danielle Barthel y, por supuesto, a Joanna Volpe, que alimentó el sueño de esta colección desde el principio.

Mi gratitud eterna a mi ejército de brujas y reinas que me ofrecen generosamente sus comentarios y su implacable apoyo: Margan Fahey, Robyn Kali Bacon, Rachael Martin, Sarah Mesle y Michelle Chihara. Junto con Dan Braun, Katie Philips, Liz Hamilton, Josh Kamensky y Heather Joy Rosenberg, ayudaron a dar nombre a esta colección. Aquella señora tan simpática de la fiesta también contribuyó. Creo que era arquitecta paisajista. Desde luego, fue una labor de equipo.

Sarah Jae-Jones me ayudó con la terminología musical. Susan Dennard me ilustró en biología marina y me reveló la existencia de la medusa luna. David Peterson me ayudó a dar nombre a mis sirenas y a mis cuchillos. Marie Lu, Sabaa Tahir, Alex Bracken, Gretchen McNeil, Jimmy Freeman y Victoria Aveyard me hicieron reír sin parar. Rainbow Rowell me alimentó con lágrimas de alegría y buenos consejos. Las Golden Patties me mantuvieron gloriosamente con los pies en la tierra. Hafsah Faizal aportó elegantes elementos gráficos en un pispás, al igual que Kayte Ghaffar, que según

cuentan es aficionada a la brujería. Hedwig Aerts me ayudó a poner orden en las festividades de Nachtspel, y gracias a Josh Minuto, que aguanta mensajes de texto que empiezan diciendo: «Hola, ¿qué tal? Tengo un dolor raro en el pecho. ¿Debería ir al hospital?».

Como siempre, quiero dar las gracias a mi familia: Emily, Ryan, Christine y Sam; a Lulu, que me dejaba leer lo que quisiera con tal de que leyera; y a mi abuelo, que nunca se cansó de contarme el cuento del monstruo al otro lado de la puerta.

Y un agradecimiento especial a mis lectores, dispuestos a adentrarse conmigo en un bosque de espinas.



LEIGH BARDUGO es la autora superventas del New York Times de novelas de fantasía y la creadora del Grishaverso. Con más de un millón de ejemplares vendidos, su Grishaverso incluye la trilogía *Sombra y Hueso*, la biología *Seis de cuervos*, y, ahora, su nueva colección de relatos, *El lenguaje de las espinas*. También ha participado en numerosas antologías como *Some of the Best*, de Tor.com o *The Best American Science Fiction and Fantasy 2017*. Nació en Jerusalem, creció en Los Ángeles, se graduó en la Universidad de Yale y ha trabajado en publicidad, periodismo y, más recientemente, en maquillaje y efectos especiales. En la actualidad, vive y escribe en Hollywood, donde ocasionalmente canta con su banda.

SARA KIPIN, es una ilustradora conocida principalmente por sus obras de fantasía en las que retrata personajes femeninos fuertes y hechos a sí mismos. Su estilo está inspirado en clásicos de la animación y en cuadros del Romanticismo. Sara se graduó en el Maryland Institute College of Art y en la actualidad vive en Burbank, California.